

NUESTRA CIUDAD

LUIS GARCIA DE VEGUETA



NUESTRA CIUDAD, DE LUIS GARCIA DE VEGUETA

El autor de este libro, nacido en Las Palmas de Gran Canaria, es reconocido como escritor de pluma ágil y con una cierta visión de la historia y el presente de su tierra natal. De los diversos testimonios y opiniones que se han publicado en la prensa local escogemos unos textos, necesariamente fragmentados, de tres notables figuras de la cultura de las islas, el profesor de literatura Pedro Cullen del Castillo, el director de la Real Academia de la Historia Antonio Rumeu de Armas, y el que fuera uno de sus más insignes miembros, el historiador y paleógrafo Agustín Millares Carlo.

Pedro Cullen del Castillo: *Luis García de Vegueta, maestro de cronistas.*

A través del tiempo la ya popular y consuetudinaria firma de Luis García de Vegueta ha aparecido firmando las breves crónicas que titula *Nuestra Ciudad*. Breves pero sustanciosas, modelos en su género, con la exquisita prosa del que es dominador del lenguaje y artífice de la expresión más lograda. Las crónicas muestran armonía y unidad en su concepción y trazado, mas son muy distintas unas de otras. Unas veces vemos aparecer tras sus líneas el erudito estudioso, apoyado en fuentes históricas o documentales; otras nos da a conocer anécdotas de épocas pasadas o detalles de nuestra peculiar idiosincrasia. Y, por encima de todo, la admirable elegancia del estilo. Las crónicas son realmente inefables y merecen el regusto de su repetida lectura.

DONACIÓN
Cabildo Insular
de Gran Canaria

NUESTRA CIUDAD

CS/

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 24615
N.º Copia 707336

LUIS GARCIA DE VEGUETA



NUESTRA CIUDAD



EXCMO. AYUNTAMIENTO
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

NUESTRA CIUDAD

1ª edición, 1988

Prólogo, Pedro Lezcano

Dibujos, J.F. López Aguilar

© Luis García de Vegueta

I.S.B.N. 84-505-8194-X

Dep. Legal, G.C. 851-1988.

Litografía Lezcano

Las Palmas de Gran Canaria

A Celia. A Virginia, Patricia y María
Luisa, nuestras hijas.



PROLOGO

ESTE último otoño, recordando los tiempos ya lejanos de juventud y egolatría, Luis García me enseñaba su colección de antiguas fotos de Canarias. Amarillentas y otoñales también, las estampas de ayer nos llenaban de melancolía. Era como mirar retratos infantiles de una novia común que ambos habíamos amado silenciosamente.

Sin una sola sombra de amargura, el semblante variable de nuestra ciudad parecía afrontar estoicamente las sucesivas crisis económicas de su cronología: aquí viñedos marchitados ya, espinosos paisajes de tuneras con las pencas manchadas por la cochinilla, cañaverales dulces destinados al fuego, ingenios humeantes, barquillos de dos proas que alcanzaban la costa africana cuando aún era nuestra la Mar Pequeña de la Berbería.

Luis García, entrañable amigo con el que he compartido numerosas formas de felicidad —la literatura, el arte, el ajedrez y las fotografías antiguas—, me concede el honor de acompañarle en el zaguán de este libro irrepetible de historia, de nostalgia y amor.

Cuando hace unos años Luis García remontaba la sorprendente cota de las mil crónicas publicadas en la se-

gunda página del diario matinal "La Provincia", sus lectores amigos nos hicimos coro de una admiración extendida hasta el borde de la incredulidad. Porque era proverbial la sureña apatía de nuestro prosista, del cual decíamos que era un escritor constante porque no dejaba pasar ni una sola jornada sin lamentarse de lo poco que escribía... Yo mismo publiqué una glosa sobre él conmemorando aquella efemérides de su fecundidad, uno de cuyos párrafos me plazco en reproducir seguidamente:

"Mil pensamientos, mil recuerdos emocionados, mil exámenes de conciencia ciudadana, escritos día a día, ritual, inagotablemente. ¿Qué escritor, qué edil o prohombre hizo otro tanto por su ciudad natal? Como el que no concilia el sueño sin oración diaria, Luis ha de vivenciar con ternura y humor cotidianos, las viejas y nuevas cosas de nuestro pueblo. Sentir esta honda relación entre los lugares y las gentes, el paisaje y sus hombres, la palabra y la sangre. Luis es como la conciencia de nuestra ciudad, alzando una llamada mañanera a las gentes que aún pisan el suelo urbano sin medirlo y lo aman sin tasarlo. Gracias al amor y la nostalgia el estilo de Luis ha desechado preciosismo para ganar hondura y sencillez. Su ternura gravita en un pasado próximo que aún podemos tocar, antes de que el día se convierta en fecha y el recuerdo en legajo. El pasado de Luis es todavía la sombra del presente, con detenidos pasos que aún resuenan, ojos recién cerrados, cosas que todos recordamos o deberíamos recordar. Crónica en carne viva y glosa diaria a la bonhomía canaria —no maleada aún entre foráneos— y al humor insular, triunfador siempre del resentimiento..."

Pero el tiempo que daba pátina a las estampas urbanas de Luis García de Vegueta pasó también sobre sus acostumbradas, perdurables, crónicas. Aquellas primeras

mil evocaciones ciudadanas se duplicaban un decenio más tarde. Y entonces la ciudad tuvo un gesto cálido y materno hacia su hijo vegetense nacido en el barrio comercial de Triana. El título de Cronista de la Ciudad, vacante desde la muerte de don Luis Doreste Silva, pasó, de Luis en Luis, al autor de este libro, tras unánime sesión plenaria del Ayuntamiento capitalino. Luis García, ausente en vacaciones otoñales, recibió un reconocimiento público a su vasta labor vocacional que ni siquiera disputó a cualificados rivales.

Al recogerse hoy en volumen una primera selección de sus crónicas, pasan de siete mil las que han visto la luz callejera de los amaneceres periodísticos. La obra de Luis García constituye una ingente recopilación histórica desenfadada y vivaz que, triunfante sobre la premura de cada aurora, alcanza sobrado rigor para pasar desde la hemeroteca a los más exigentes anaqueles de lecturas canarias.

Múltiples valores sustentan las crónicas de "Nuestra Ciudad". Sobre una contribución documental desplegada sin engolamiento, estas prosas bordean la poesía de las cosas triviales y añoradas, definen un casticismo de pura cepa insular con base en el humor y nunca en la arrogancia de otros casticismos ultramarinos, perfilan un estilo sobriamente denso y ofrecen, dicho a dicho, el compendio de nuestra sabiduría popular más fiel.

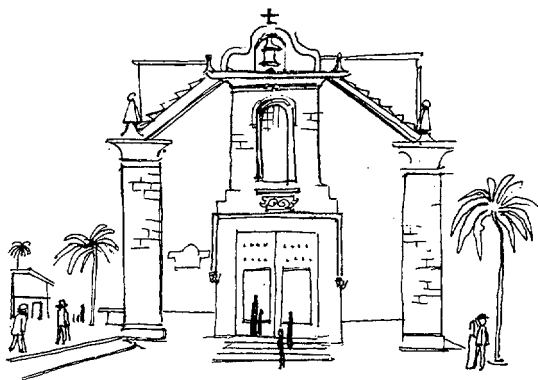
"La historia está en todas partes" —dice el autor en una de sus crónicas—. "La vida es humo y nada"... "Nada se vuelve la grandeza y la pequeñez crece de pronto como la espuma"... Y agotaríamos las comillas ortográficas si quisiéramos abundar en el carácter sentencioso—popular de nuestro escritor. A fuer de historicista callejero, Luis García nos impone un sabio distanciamiento

de las vanidades mundanas, una tregua en el tráfigo, una serena reflexión en la prisa y, milagrosamente, convierte en novedad el pasado y en última noticia la nostalgia de nuestros corazones.

Va a ser muy difícil reemplazar en el futuro a este cordial notario del recuerdo. Hallar cada mañana a otro escritor de ese discurso justo que nos transforme en espectadores sonrientes de nuestra propia angustia.

Y que haga todo esto en el lenguaje vecinal, pero sabio, que nuestro amigo Luis domina tan conscientemente cuando dice: "Las palabras al servicio de la vida, por encima de la lógica y de la literatura. Un diccionario se convierte en un cementerio cuando los vocablos caen en desuso por falta de amor a la tierra."

Pedro Lezcano



UNA ERMITA

Y ahí está la ermita. La ermita de San Telmo conserva ese regusto tradicional de los canarios por todo lo sencillo, humilde. Sus proporciones son un canto al equilibrio de masas y aristas; un templo de moderadas dimensiones, a escala íntima de las gentes del pueblo, y una oración hecha piedra a orillas del mar.

Nos complace volver al recuerdo de un pasado cercano con las barcas de los pescadores a la sombra de la ermita. El lugar era propicio a las tertulias, al cosido de redes, al disfrute de la brisa salobre. Un poco más allá trabajaban los carpinteros de ribera, y surgían de la nada los pailebotes de la Costa. El mar se deshacía en olas y espumas.

Han pasado los años; al perfil sobrio de la ermita, ya tierra adentro, se opone un edificio actual como una cortina de piedra. Una misa en San Telmo parece una vuelta al pretérito, aunque hayan desaparecido los veleros que pendían de las vigas en tiempos de don Benito Pérez Galdós. La ermita es un símbolo de permanencia.

El tiempo ha quedado cuajado en la techumbre de traza mudéjar y en el esplendor barroco de los retablos.

El interior de la ermita —madera policromada, oro, damascos— no se corresponde con la humildad franciscana de la fachada y paramentos exteriores. Aquí está reflejada la otra vertiente del espíritu insular, cuando la fe religiosa se transmuta en joyas y en una rutilante liturgia.

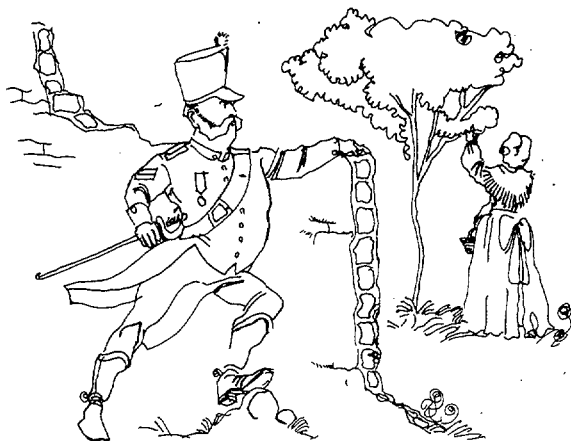
En una hornacina aparece una bella imagen de la Inmaculada Concepción tallada por Alonso Cano. Aquí el escultor granadino se sintió precursor de Modigliani al dotar a la figura de un esbelto cuello que realza la gracia sobrenatural de María.

Al salir de la pequeña iglesia, después de una boda o un funeral, el isleño conserva en la memoria el temblor del barroco canario, a medias entre Portugal y las tierras de Indias.

La ermita ha quedado en la ciudad como una barca varada en otra época. El parque de San Telmo sirve de elemento de transición al isleño que se reintegra a la vorágine del mundo actual: el ruido, las prisas, la angustia de lo inalcanzable.

No hay por qué sentir frustración ante la historia. Ahí está la ermita de San Telmo. Su humilde apariencia nos habla de otras generaciones; de un reconfortante sentido de la paz espiritual. Y de la vida, una vida ¿mejor? ¿peor?

El tiempo se hace presente en la ermita.



ALCALDE, SARGENTO Y VIDA COTIDIANA

LA vida transcurría en tranquila soñarrera mientras *El Tirano*, don Antonio López Botas, marcaba las directrices de la política municipal en materia de construcciones y urbanismo: terminación del edificio del Ayuntamiento, acueducto desde la fuente de los Morales, nueva Pescadería, puente de Palo, alumbrado de petróleo, naciente barrio de Arenales.

Y ¿qué hacían los ciudadanos? Escojamos un día cualquiera de la época en que don Antonio regía como alcalde los destinos de la ciudad. El sargento de la guardia municipal Luis Antúnez comunicaba, el 2 de agosto de 1861, a la autoridad suprema los acontecimientos que habían turbado el sereno discurrir de las horas.

“El Sargento que suscribe da parte a V.S. de que la hija de Cristóbal Aguiar le ha dado una bofetada a una muchacha que se llama María Rodríguez, porque dice la misma dolorida que había cogido una pera que estaba fuera del puesto donde estaba bendiendo la dicha hija de Aguiar.”

Y continúa el celoso guardián del orden.

“También doy parte a V.S. de que los cuatro cochi-

nos de Andrés Godoy, desde que V.S. me mandó a que los pusiera en el corral (el Corral del Concejo o Potrero), los puse en el mismo instante.”

Y un tercer asunto.

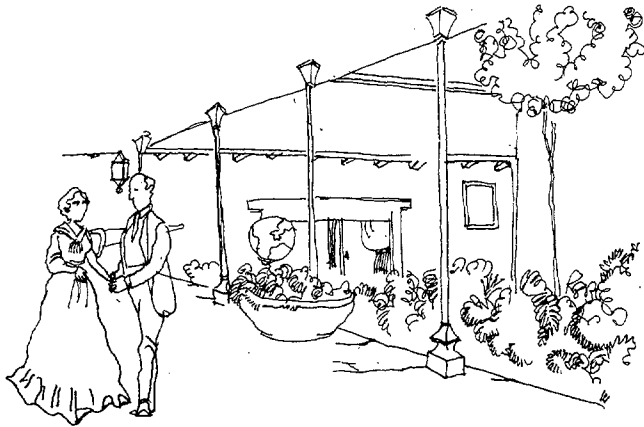
“El Muchacho que me mandó V.S. a buscar ayer, criado de la Señora de Baldés, el que se llevó el dinero que había cobrado, no lo encontré por ninguna parte y al fin averigüé que se había ido para la Vega, y la Señora dice que le diga al Señor Presidente que lo deje y que no se le haga daño.”

Y acaba así el parte.

“En la calle Torres está una cañería rota, que es la que va para el pilar de Triana y creo que es por causa de las carretas.”

Don Antonio López Botas, a quien se dirigía el sargento Antúnez como “Señor Alcalde constitucional de la ciudad de Las Palmas”, seguía en su puesto cuando estalló la Revolución de Septiembre, de 1868. Su trato con el duque de la Torre, deportado en la isla, y los conspiradores contra Isabel II, le valieron que el mismo general Serrano le reconociera como “un hombre superior”...

¿Respetan las revoluciones a los alcaldes de tal categoría? Eso, como diría Kipling, es otra historia.



AMBIENTE ISLEÑO

UN tono cordial y campechano reina por fortuna en las relaciones de los isleños, como si se tratara de una gran familia que ha decidido vivir por estos andurriales del Atlántico. Más o menos todos nos conocemos, aunque la ciudad crece que es un primor y a veces se piensa que existen más peninsulares por metro cuadrado que canarios de pura cepa. El peninsular, de todas formas, pronto se adapta al ambiente y se entrega con armas y bagajes al deleite de un sancocho, sin rehuir el mojo colorado, o un gol de la Unión Deportiva. Respecto a los canarios, desde que se hurga un poco aparecen los parientes. Y desde luego, los amigos.

—¿Tú no eres sobrino de doña Clotilde? Pues bien, doña Clotilde tenía un cuñado que se casó con la tía abuela de mi mujer. Como ves somos de la misma familia.

La cordialidad, como decíamos, impera en las relaciones de los isleños. No se puede pasear por la calle Triana sin tropezarse con amigos que se interesan por nuestras cosas: la salud o las peripecias de una letra de cambio. Y aprovechan la ocasión para contarnos que

don Raimundo, el boticario, está buscando recomendaciones para presentarse a senador por Fuerteventura.

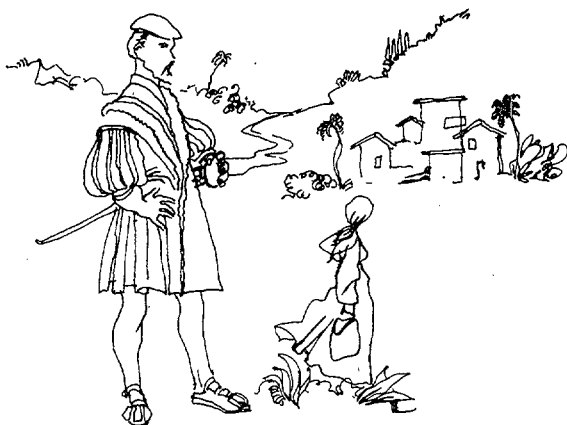
—Oye —añaden—; se ha comprado un magnetofón para aprender a hablar en público sin soltar palabrotas. Ahora dice ¡cáspita! cuando le pasan la cuenta de la luz.

En cualquier asunto que nos atañe la gente está dispuesta a echarnos una mano, a favorecernos con su ayuda y amistad. ¿Cómo no agradecerlo? Lo contrario sería un resentimiento sin sentido. El isleño, por naturaleza, tiende hacia la bondad y el espíritu de concordia, por encima de los pequeños roces que produce el trato continuo, a veces en competencia tras el potaje de berros cotidiano.

Las expresiones de afecto están a la orden del día, sobre todo cuando lo irónico se vuelve cordial. Si usted, amigo, se compra un coche, un apartamento o una simple corbata con pintas azules, siempre aparecerá un isleño que le diga con cierto aire de admiración respetuosa.

— ¡Gente rica, gente del diablo!

Ahí, a la vista, hay un isleño de verdad.



DON LOPE DE SOSA

ESTA fuera de toda duda que el gobernador de Gran Canaria don Lope de Sosa, nombrado para tal cargo por Real Cédula de 12 de agosto de 1505, es el mismo caballero que inspiró a Baltasar de Alcázar su celebérrima *Cena Jocosa*.

“En Jaén donde resido
vive don Lope de Sosa
y diréte, Inés, la cosa
más brava que de él has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
pero cenemos, Inés,
si te parece primero.”

Don Lope de Sosa era natural de Córdoba y de ilustre familia. Dos años antes de venir a nuestra isla ejercía en Jaén de Alguacil Mayor y allí le debió de conocer el poeta. Ya en 1506 estaba en Gran Canaria, donde vivió muchos años con breves intervalos en otras islas. Una de sus hijas se casó con el Señor de Fuerteventura Fernán Arias de Saavedra.

Durante la cena jiennense don Lope tomó ensalada, salpición, morcillas, queso, aceitunas... Y mucho vino.

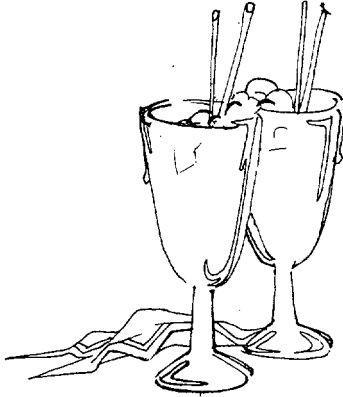
“Alegre estoy; vive Dios,
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿cómo me parecen dos?”

Don Lope de Sosa llegó a nuestra ciudad cuando escasamente habían transcurrido veinte y ocho años desde su fundación y unos cuantos menos de la pacificación general de la isla. ¿Cómo vino a parar a las que entonces eran unas tierras llenas de peligros y casi desconocidas? Quizá la clave pueda estar en el criado portugués. Don Lope fue un gran personaje en el Real de Las Palmas y ejerció la gobernaduría en dos etapas. Poseyó un gran ingenio de azúcar en la raya de Arucas y Moya. Muchos de los aborígenes vendidos como esclavos por Pedro de Vera andaban esparcidos por Madeira y Portugal y el gobierno de este país los retenía con diversos pretextos, incluso nombrándoles maestros de azúcar o de otros oficios. Algunos habían huído a Andalucía...

¿Le habría hablado el “criado portugués” a don Lope de Sosa de un lejano país con selvas vírgenes, ingenios de azúcar y bellas princesas?

“Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
quédese para mañana.”



SORBETE Y AMOR

CUAN diferente puede ser el ambiente de una ciudad en el transcurso de los años! Las postrimerías del siglo XIX significaron para nosotros la paulatina puesta en marcha de la era industrial.

—Niñas, hoy tomaremos unos sorbetes de fresa. Nos invita don Nicolás, el padre de Pepito.

Y allá iba la familia a la *Casa enterrada* de la plaza del Príncipe Alfonso, para disfrutar unos deliciosos refrescos cuya materia prima, la nieve escarchada, se traía a lomos de mula desde las Cumbres.

Esa primera heladería de la ciudad estaba situada en la esquina de la Plazuela y Muro. Una rampa conducía hasta el viejo edificio, al nivel de las orillas del Guiniguada.

Todavía no se había implantado la luz eléctrica; tampoco existía la fábrica de hielo. La invitación de don Nicolás daba un aire romántico a la aventura amorosa. Pepito, emocionado, repartía su atención entre los candiles, el sorbete y la niña mayor de los Estupiñán.

En un alarde de fantasía el dueño había dado a la heladería el nombre de *La mar Fea*, pero no era menor

el ingenio que suponía recurrir al Pozo de las Nieves, en el mismo centro de la isla, para elaborar los sorbetes y mantecados.

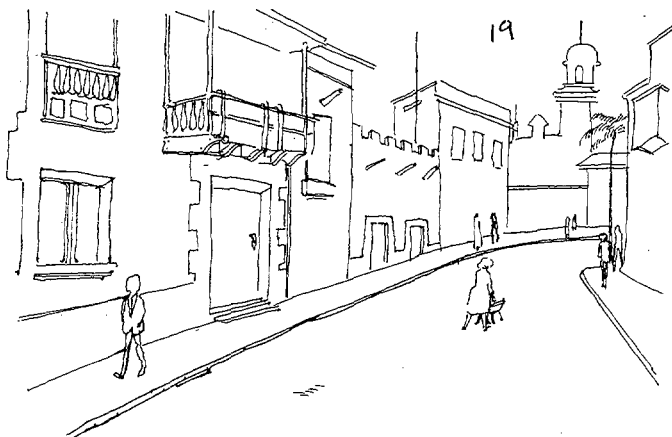
Y mientras las niñas de Estupiñán toman sus sorbetes de fresa, vamos a releer un anuncio publicado en **El Teléfono**, de Las Palmas, con fecha 3 de noviembre de 1891.

A MIS FAVORECEDORES

“Jerónimo Sánchez Rodríguez ofrece al público sus magníficos helados, de mantecado, leche y sorbetes de varias frutas, siendo el mantecado a 2 rvn. el vaso, y los demás a fisca; la subida del mantecado obedece a tener que traer la nieve de Sta. Cruz, por ser ésta a más subido precio que la de esta isla”.

Los dos reales de vellón o la fisca —treinta y cinco céntimos— dignificaban la invitación de don Nicolás, si tenemos en cuenta los costos de la época. Y ¿qué ocurría en la Cumbre? ¿No había nevado? ¿Acaparamiento de otros comerciantes? A estas alturas sería vana la investigación; lo cierto es que la nieve, a veces, había que importarla en un velero desde la isla vecina.

En la Plazuela —antes plaza del Príncipe Alfonso, de la Democracia, de los Patos— flota el recuerdo de los viejos tiempos, cuando un sorbete de fresa podía convertirse en un sueño de gloria para los enamorados.



LAS CALLES

UNOS paneles de cerámica, por iniciativa del Museo Canario, registran la denominación antigua y actual de las calles de Vegueta.

Los nombres de las calles forman en cierto modo un capítulo de la historia. La calle San Agustín, por ejemplo se llamó anteriormente Abades, pero si retrocedemos en el tiempo nos encontramos con otro evocador apelativo, calle de los Camelleros, por ser la parada de los primeros transportistas que hubo en la ciudad.

Muchos nombres se referían a particularidades del lugar o a alguna persona que vivía en la calle. ¿Recuerdan la calle Sor Jesús, junto al hospital de San Martín? Pues bien, en un documento antiguo recibe el siguiente título: “Callejón que va a dar a la cochera del canónigo Puertas”. Por otra parte el mismo personaje cedió su apellido, Puertas, a la actual calle Castillo y en otra época del Peso de la Harina.

En la zona antigua, tanto Vegueta como Triana, abundan estos sugeridores indicios del pasado. Un tonelero flamenco —a principios del siglo XVI— ocupó la denominación que ahora corresponde a calle de la Arena.

Un capitán de las Milicias, aunque se haya pensado en un corregidor e incluso en una oficina de tributos, fue el responsable del nombre de la calle del Cano. La calle de los Canónigos, hoy López Botas, se llamó de las hermanas Merinas y también de Damián de Azuaje, por un mercader genovés que fue regidor de la isla.

Y si el lector no está cansado de este ajetreante paseo por la ciudad de antaño, vayan otros nombres.

Malteses: calle de los Gotardo.

Santa Bárbara: El torno de las Monjas.

Travieso: calle de los Genoveses.

Espíritu Santo, en el tramo inferior: Portugueses.

Pedro Díaz: calle de la Cuna.

Estos nombres, como otros muchos, se han situado documentalmente, aunque algunos autores trastocan los lugares.

Y para terminar la crónica señalemos otro antiguo y delicioso nombre, correspondiente a las esquinas del cruce de los Reyes (por la virgen de los Reyes) y doctor Chil, es decir junto a la casa del conde de Vega Grande.

Los cuatro cantillos de Amoreto.



SILENCIO EN LA NOCHE

LA ciudad se recoge temprano; pasadas las once de la noche, poca gente circula por las calles o se detiene en las plazas con afán de tertulia. Los cafés están desiertos. No se oyen demasiados ruidos y hasta los autos parecen deslizarse por una mullida alfombra de silencio.

Existen, claro está, las excepciones. En el Catalina Park, y su prolongación, la calle Ripoche, se advierte la presencia de extranjeros y gente del país aficionada a la vida nocturna. También hay paseantes a la orilla de las Canteras. Y desde luego, el enclaustrado fulgor sonoro de las discotecas y salas de baile en la zona turística, aparte los diversos lugares de la ciudad donde se ejerce esa especie de ilusión prefabricada a base de champaña y chicas de descorche y destape que se prolonga hasta la madrugada.

A veces, una ruidosa moto, a escape libre, rompe el silencio de la noche.

Decíamos que la ciudad se recoge temprano. La gente llana, la gente del pueblo, contempla la tele en su casa

y luego duerme hasta el momento de emprender una nueva jornada laboral.

Esto sucedía también en el hogar de maestro Juan Matías, el fabricante de cometas más acreditado del barrio de San Nicolás. Nuestro hombre trabajaba de sol a sol en su taller de la azotea-terrace, y cuando oía las últimas campanadas de la catedral bajaba de su refugio para sumergirse en las delicias del potaje con gofio y las aventuras, por la tele, del detective de turno: Mannix, Cannon, Kojak o Barnaby Jones.

Una noche se le ocurrió a maestro Juan, aprovechando un fuerte brisote que soplabla del nordeste probar un cometón que había construido aquella tarde. Y para mayor efecto, colocó un farol en la cola. El cometón se levantó con majestuosidad, volando sobre los Riscos, pero nadie acudía a contemplar sus evoluciones. ¡Maldita tele! Maestro Juan recogió liña hasta que el artefacto volvió a sus manos; luego colocó una ristra de voladores junto al farol y lanzó el cometón hacia las estrellas.

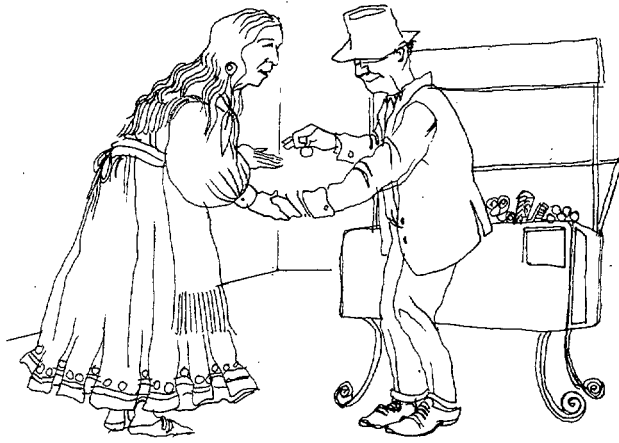
Pasaron unos instantes. Y de pronto, las explosiones... ¡Pum! ¡pum! ¡pum! La gente salió despavorida a las puertas de sus casas. ¿Se hundía el mundo?

No pasaba nada. El cometón parecía un pájaro de fuego.

Todavía estaba en el aire cuando surgió un guindilla y dijo la última palabra.

—Maestro Juan, esto le costará una multa por alteración del bando del silencio.

Y siguió su ronda por el barrio.



DÓN ANTONIO, EN LA PEREGRINA

LA vida menuda de la ciudad a fines del siglo XVIII y principios del XIX quedó reflejada con gracia sin igual en los apuntes que don Antonio Betancourt, comerciante de la calle de la Peregrina, iba trazando día a día al margen de sus libros de contabilidad.

Vayan algunas noticias, mondas y lirondas. De nada servirían los comentarios:

LA CATEDRAL: “En este día, 28 de agosto, de 1798, se sentó la santísima Cruz en el farol del sinborio, por averse concluido, y se enbanderó toda la nabe del medio, y hubo fuegos y repique a la ora de las onse del día.”

FUEGOS Y NAIPES: “En 20 enero 96, miércoles por la mañana, se prendió fuego al barco de Claudio de Vega, estando fondiado en el Puerto de la Lus y su tripulación jugando al naipe en el mesón.”

OBISPO CANARIO: “En este día, domingo 28 septiembre de 1806, se consagró el Señor Ilustrísimo don Luiz de la Ensina, natural de Canaria y obispo de Arequipa en el Reyno del Perú.”

ESPEJUELOS: “En este día, 4 octubre de 1806, estrené las gafas de plata que me hiso maestro Carlos, que me

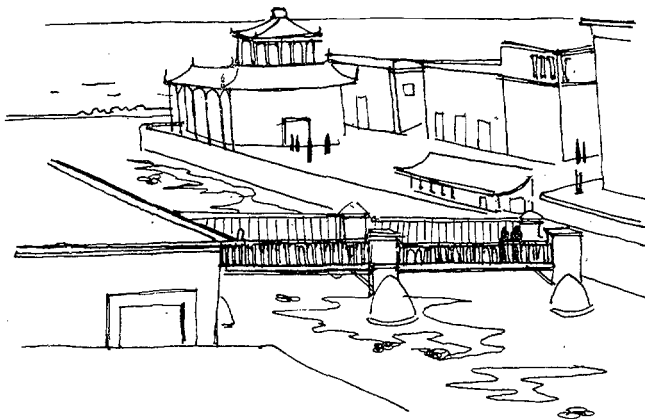
costaron, fuera de los bidrios, tres pesos, dos reales de plata.”

CARTAS, GUERRA, PIRATAS: “En 4 de febrero de 96 (1796), llegó el barco que fue mío *Santa Bárbara* a Canaria, del primero viaje que dio después del de Cadis donde vino el hijo de don Josef Verdugo, que vino de la guerra del francés. Y también trajo dicho barco una pipa de aguardiente de la tierra para don Antonio Piris; trajo también cartas de mi hijo Amaro de La Habana, y carta de don Roberto Madan y de don Sebastián Bordón en que me notician de la cojida del barco de Sipuriano Avilés, que se lo tomó el francés.”

Y así, o por el estilo, siguen los pormenores de la vida isleña: el hurto de una perrita a la hija de don Antonio; la llegada de un canónigo, desde Mogador, para optar a la “doctorala”; un pleito entre dos hermanos por la posesión de una yegua; una inundación en el istmo de Guanarteme, etc.

Una última noticia.

“En este día, 18 de enero de 1796, se sacó los premios del cochino de San Antonio Abá. Y le tocó la suerte a la hermana más pequeña de don Antonio Cabrera.”



LA CALLE DEL SOL

RESULTA agradable pasear por esos rincones de la ciudad que evocan el aire de otros tiempos y una manera diferente de entender la vida.

La antigua calle del Sol, hoy de Benito Lentini, corría paralela al Guiniguada. El resbaladizo empedrado se convirtió en una escalinata de amplios tramos de baldosas. Los gladiolos y buganvillas formaban una cascada de colores, entre el paseo y el barranco, y la gente que venía de la Plazuela se desparramaba por los puestos de baratijas, el corro del fotógrafo a la minuta, el tenderete de los Evangelios y novelas del Oeste.

Aquí estuvo la iglesia de los Remedios, con su fachada mirando las cumbres de la isla. Un poco más allá las tiendas de los palmeros y la farmacia de Vernetta y su famosa tertulia. En otro tiempo aquella zona se llamó la huerta de Juan el Alemán; luego, ya urbanizada, pasó por sucesivas transformaciones, y nacieron allí el hotel Monopol y el bazar de los Peñate. Un camino que llevaba al mar en la época de los duros de plata que añoraba Andrés Luján Déniz, el buscador de los tesoros del barranco, más conocido por Andrés el Ratón. Un día se

le ocurrió a alguien echarle tierra —cemento— al asunto, y desapareció el Guiniguada y un rincón entrañable de la ciudad.

Nos queda la memoria y al fondo, como un navío naufragado en espumas, la imagen del teatro con tritones y sirenas que satirizó el colegial de San Agustín Benito Pérez, el más chico de los Galdós de la calle del Cano. Y el rumor de las fiestas de Carnaval, cuando las máscaras surgían entre los patos de la Plazuela y bailaban al soco del quiosco *La Bohemia*, junto al barranco y el puente del obispo Verdugo.

Un lugar cuajado de historia, acotado por la estatua de un alcalde —don Ambrosio Hurtado de Mendoza— y el mundillo de los poetas, las actrices y los novelistas del café Polo. Aquí la calle del Sol, antesala de las tiendas de Triana, camino del teatro y el mar, y al otro lado las guaguas, las churrerías y los betuneros con cajas tachonadas de oro. Dos mundos diferentes: cara y cruz del Guiniguada, nuestro ex río de los tristes destinos.



LAS AGUAVIVAS

ESTABAMOS acostumbrados en otro tiempo a considerar la llegada del otoño como final de la temporada de playa, sin posible prolongación después de las mareas del Pino. El cambio de ideas y la tumultuosa invasión del turismo internacional, además de un trueque favorable en las condiciones climáticas —menos lluvias, más sol—, han permitido el disfrute del litoral isleño durante todo el año. Las muchachas nórdicas, con bikinis y reflejos dorados en el pelo, marcan el contrapunto a la gracia de miel y sal de las sirenas del país.

La llegada del otoño se advertía en la playa de las Canteras por las cebas, delgadas cintas de tonos verdes y canelos que las olas arrojaban en grandes cantidades sobre la arena. A marea vacía las cebas formaban una espesa alfombra, donde los niños buscaban cangrejos, lapas y diminutos trozos de coral. Era fácil llegar hasta la peña del Pastel, caminando sobre el fondo ondulado de la arena, con el agua fría y transparente hasta las rodillas y remangándose los trajes pues las madres no permitían usar el bañador en pleno mes de septiembre. En los charcos de la barra chica, completamente descubierta, se de-

batían los gueldes mientras los muchachos pretendían atraparlos usando los pañuelos a modo de red.

“Arena,
menuda arena de la playa,
regazo apacible de la onda dormida
que lenta resbala.”

Saulo Torón, nuestro poeta del litoral, recoge con sensible pálpito la vida de la ribera, del mar y su contorno.

Ningún poeta, o así lo creemos, se ha ocupado de las medusas —las aguavivas— que llegaban a la playa de las Canteras, después de otras breves apariciones, con el aire frío del otoño. Flotaban sobre las olas como grandes flores de cristal irisado, y los nadadores procuraban esquivarlas por temor a su urticante contacto. No obstante, las aguavivas atraían a los chicos, pendientes de descubrirlas en la arena, aún palpitantes y con los largos y viscosos brazos de tonos violetas confundidos con las algas.

Las aguavivas tenían una leyenda de mensajeras del mar, de los confines del mar. Al estrallar (no estrellar) un aguaviva, se conocía el secreto de las fuerzas oscuras que dominan las mareas, los vientos y las estrellas.

Total, cosas de chicos. Cosas, sin embargo, que no entienden los filósofos ni los poetas.



LOS PIRATAS, Y AL FONDO ARGOTE DE MOLINA

NO es difícil imaginar el revuelo que se produjo en nuestra ciudad a la llegada de la escuadra de Francis Drake frente a la costa. Era la madrugada del viernes 6 de octubre de 1595. Al surgir el humo en la Atalaya —“señales de avistarse más de cinco buques”, según Zuaznávar— el castillo de la Luz disparó un cañonazo y las campanas de las iglesias tocaron a rebato... En realidad, se trataba de una armada de veinte y ocho grandes navíos y otros de menor porte, dispuestos para el desembarque de tropas y ulterior ataque a la ciudad.

No se arredraron los isleños ante el poder y la fama de los corsarios ingleses. En el arenal de la costa, al otro lado de la puerta de Triana, se reunieron las fuerzas de la capital y las milicias que iban llegando del interior al propagarse la alarma.

“Todos van con fuerte brío
y con alegre semblante,
que alegría y fortaleza
de victoria son señales.”

Lo dice un testigo de excepción, el poeta y canónigo don Bartolomé de Cairasco de Figueroa. Allí, en el are-

nal, estaban también el general Alonso de Alvarado, los regidores Juan Ruiz de Alarcón y Hernando de Lezcano Muxica, el ingeniero de fortificaciones Próspero Cassola, y el obispo don Fernando Suárez de Figueroa que había llegado a caballo al frente de la clerecía con la bandera roja y azul del Cabildo. Y estaba —¿cómo no, pues su oficio eran las letras y las armas?— el provincial de la Santa Hermandad de Andalucía y presunto conde de Lanzarote Gonzalo Argote de Molina.

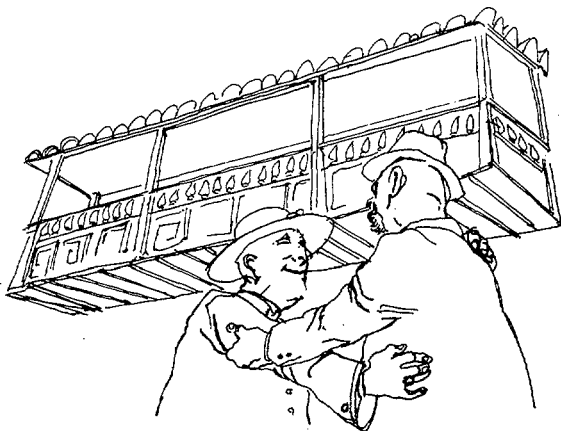
La victoria insular fue aplastante y quedó en nuestros fastos como de gloriosa memoria. Lope de Vega, en *La Dragontea*, inmortalizó esta derrota de Drake que...

“Volvió la espada e hízose a la vela.”

Y ¿qué hubo de Argote de Molina?

El historiador y genealogista andaluz tenía gran experiencia en la lucha contra los piratas. Su luna de miel con doña Constanza de Herrera, la hija forfolina del conde de Lanzarote, fue interrumpida precisamente por el ataque de Morato Arráez a las islas orientales. Luego se emperó en litigios con el suegro, con la Inquisición, con un tal Juan de Vega que le había vendido una pella de ámbar por 1.500 ducados. Desde 1589 no había vuelto a la Península. Aquí en Gran Canaria se le tenía por hombre de carácter difícil; Rodrigo de Cabrera, oidor de la Audiencia, hablaba de “marañas y enredos que Gonçalo Argote de Molina a andado haziendo y haze en esta ysla”.

Al año casi justo del ataque de Francis Drake moría Argote en nuestra ciudad. El Cabildo, con fecha 21 de octubre de 1596, dispuso que se le enterrara en la “capilla mayor de la Iglesia vieja”. Se perdió la lápida y hasta su memoria. Así pasan las glorias del mundo.



INGENIO Y VERDAD

NO es el ingenio *rara avis* entre los políticos isleños. Se cuenta de don Juan Melián Alvarado, el ilustre hijo de Agüimes y Comisario Regio de Enseñanza en la época de Alfonso XIII, que en cierta ocasión recibió amargas quejas de un amigo al no obtener ningún premio por sus servicios durante las elecciones mientras otros sin hacer nada ocupaban cargos bien remunerados en las corporaciones.

—Oye —intervino don Juan—, ¿cuándo has visto tú que quien menea la rama recoja las brevas?

La fuente del Espíritu Santo, una especie de templete neoclásico coronado por una paloma, fue construida por suscripción pública en 1867 de acuerdo con un diseño de don Manuel de León y Falcón.

Este monumento, que al principio contó con cuatro estatuas de yeso, arruinadas por un temporal, dio origen a una frase de don Fernando de León y Castillo durante su estancia en París como representante de la corte isabelina.

—Los canarios son muy originales. Un tío mío hizo

en Las Palmas una fuente con techo para que el agua no se mojara en caso de lluvia.

El político don Rafael Guerra del Río, ministro de Obras Públicas de la segunda República, inició su carrera en 1904 al fundar con Franchy el partido federal y el periódico **El Tribuno**. Había estudiado en el colegio San Agustín; fue también fundador de **El Galeoto**, un diario satírico en el que colaboraban Alonso Quesada, don Federico Cuyás y el célebre escritor y bohemio Rafael de Mesa. Andando el tiempo, después de su azarosa estancia en Barcelona y las aventuras con Lerroux y el partido radical, asumió la responsabilidad de una cartera ministerial en el gobierno de la República.

He aquí unas palabras de Guerra del Río, transcritas de unas declaraciones a un anónimo entrevistador en 1934. Nuestro hombre, por razones de su cargo, vivía en Madrid.

—¿Quién dice que no existe el hecho diferencial de los canarios? Un día estuvo en mi despacho un paisano y me contó que “un maúro había cogido una tupición al jincarse una cesta pedrera de tunos”. Un alto funcionario del ministerio que se encontraba presente me preguntó si estábamos hablando en guanche pues él no entendía nada de aquella conversación. Le contesté que sí, desde luego, y que los isleños poseían un lenguaje propio y una cultura autóctona sin que por ello mostraran la presunción de los catalanes, los vascos y los gallegos.

Los políticos y sus rasgos de humor. El ingenio hace resplandecer la cara oculta de la verdad.



ENDECHAS

LA literatura popular, o anónima, produce a veces una obra maestra; como tal pueden considerarse las endechas conejeras que le cantaron a Guillén Peraza de las Casas durante su peregrinaje, ya sin vida, por las islas orientales. ¡Qué maravilla de inspiración, de contenido sentimiento! Ninguna antología cortesana, ni el *Cantar de los Comendadores de Córdoba*, aludido en comparación por Menéndez Pelayo, hubiera podido mejorar la fuerza poética de nuestras endechas.

“Llorad las damas — si Dios os vala,
Guillén Peraza — quedó en la Palma,
la flor marchita — de la su cara.

No eres palma — eres retama,
eres ciprés — de triste rama,
eres desdicha — desdicha mala.

Tus campos rompan — tristes volcanes,
no vean placeres — sino pesares,
cubran tus flores — los arenales.

Guillén Peraza — Guillén Peraza
¿dó está tu escudo? — ¿dó está tu lanza?
todo lo acaba — la mala andanza”.

No son las endechas, si retrocedemos en el tiempo, ajenas al espíritu insular. Leonardo Turriano —¿confiamos en sus textos?— nos ofrece dos canciones aborígenes procedentes de Gran Canaria y el Hierro.

La primera dice así:

*“Aicá maragá, aítitú aguahae
maicá guere, demacihani
neigá haruuti alemalai.”*

(Bienvenidos; los forasteros mataron a nuestra madre, pero ahora, hermanos, nos uniremos para no perecer.)

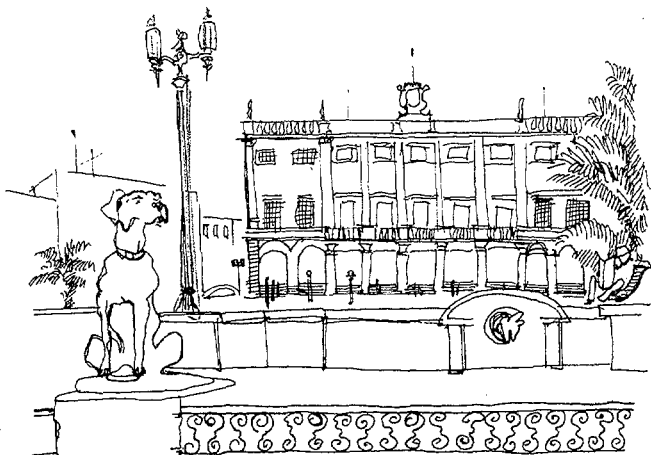
Y la herreña:

*“Mimerahaná, zinu zinuhá;
ahemen aten harán hua,
zu Agarfa fenere nuza.”*

(Aquí nos traes, aquí nos llevas. ¿Qué importa la leche, el agua y el pan si Agarfa no quiere mirarme?)

La poesía encierra siempre una verdad que trasciende de las palabras. Estas endechas reflejarían el alma canaria a través de sus acentos doloridos.

Se trata, sin duda, del lenguaje del corazón.



LOS PERROS DE SANTA ANA

POR las calles de Vegueta pasa una trotadora nube de turistas, capitaneada por un intérprete-cicerone, sin tiempo para detenerse ante la historia hecha piedra de muchos rincones del barrio. Y ¿qué importa? Los mismos habitantes de la ciudad se muestran indiferentes a lo que hicieron o dejaron de hacer sus antepasados. La caza del duro, cada vez más complicada, restringe la atención hacia esas bagatelas del espíritu.

La plaza de Santa Ana forma un conjunto de rara armonía, digno de parangonarse con los centros cívicos de las viejas capitales de Italia. Al principio nuestra plaza mayor era simplemente una huerta de la familia Ceverio Muxica; en torno a ella se construyeron la catedral, las casas consistoriales, el palacio episcopal—que sustituía a la modesta vivienda, levantada antes de terminar el siglo XV, del obispo don Juan Frías—, la casa del Regente, la residencia de los Alféreces Mayores y diversos edificios de carácter privado.

Y los perros..., ¿de dónde salieron los perros de la plaza de Santa Ana?

Por unos momentos vamos a suponer que estamos

en Londres, ya que el isleño es bastante aficionado a los viajes por el mundo. Nos encontramos en Picadilly Circus y emprendemos un paseo por Regent Street en dirección a Oxford Street. Al cabo de algún tiempo, para evitar la monotonía, decidimos cambiar el rumbo y como a la derecha está Soho y su turbadora leyenda, nos adentramos en el dédalo de calles y callejuelas del otro lado: Burlington, Savile, Madox... Y aquí viene la sorpresa —que ya sintió un artista insular, pionero de esta descubierta londinense—; ante nuestros ojos aparece, en una recoleta encrucijada, la iglesia de Saint George y a ambos extremos del atrio de sabor neoclásico... ¡los perros de la plaza de Santa Ana!

El mundo es así, pequeñito como una naranja.

El isleño metido a turista puede descubrir que existe una réplica de nuestra catedral en Buenos Aires; una copia del monumento a Hurtado de Mendoza, de la plazuela de los Patos, en el cementerio de Génova; una imagen de la Virgen del Pino en la villa andaluza de Niebla.

Desde 1506 figuran unos canes en el escudo de la ciudad, de acuerdo con una fantasía etimológica en torno al nombre de Canarias. Los perros de la plaza de Santa Ana son, desde luego, de época posterior, casi de ayer. La iglesia londinense de Saint George fue construida de 1721 a 1724 por John James, y restaurada por Blomfield en 1894. Si se recuerda que nuestra plaza de Santa Ana, en su estado actual, fue diseñada por el célebre pintor don Manuel de León y que las reproducciones perrunas proceden de una fundición anglobelga de fines del siglo XIX, no cabe duda de que son de una misma camada los perros de Santa Ana y Saint George.

En fin, que el mundo sigue siendo pequeñito como una naranja.



LOS FELIGRESES

EN las casas de gente acomodada —no había grandes fortunas, o muy pocas, en el país— se creaba una especie de corte a distancia mediante una feligrésía adicta. Los artesanos por una parte, el albeador, el latonero, el carpintero, y por otra los campesinos y sus mujeres, que traían las gallinas o el queso del consumo familiar, formaban esa movable prolongación de los hogares en una comunidad de espíritu y vivencias.

—Doña María, ahí está cho Manuel con las peras de San Juan y el pan de huevos. Dice que son un regalo.

Estas buenas gentes del campo jamás querían cobrar a los señores de la ciudad. Siempre había un pretexto más o menos válido.

—No, doña María. Ya sabe que don Rafael le curó el andancio a Juanillo.

La amable discusión se prolongaba por un rato sin que el campesino se dejara convencer. En vano doña María objetaba que su esposo, el doctor, había curado al chico de cho Manuel hacía más de siete años. Y que cada Navidad le llevaban un baifo o un par de gallinas.

Estas historias se repetían en casa de don Miguel, el abogado, y de don Felipe, el concejal. No sólo las parroquias tenían feligreses; las casas de Vegueta y Triana disfrutaban de los diezmos y primicias —cestos de fruta, dulces caseros, garrafones de vino— gracias a la generosa condición de los campesinos canarios.

Los artesanos formaban otro padrón suplementario en las casas de la gente acomodada. Aparte de su función específica siempre estaban dispuestos para echar una mano en cualquier asunto que requiriera su ayuda. Y esta colaboración era gratuita.

Siempre había un maestro Chano que sustituía a la criada de dentro durante las ausencias para llevar a los niños al colegio. O un maestro Pepe que traía una paca de alfalfa para la cabra de la azotea. Y si la latonería o la carpintería no podían ser abandonadas en aquellos momentos, surgía un maestro Juan, zapatero o albeador, que los suplía para esos menesteres con la mejor voluntad del mundo.

—Doña Juana, ha llegado Chonita con una cesta pedrera de tunos.

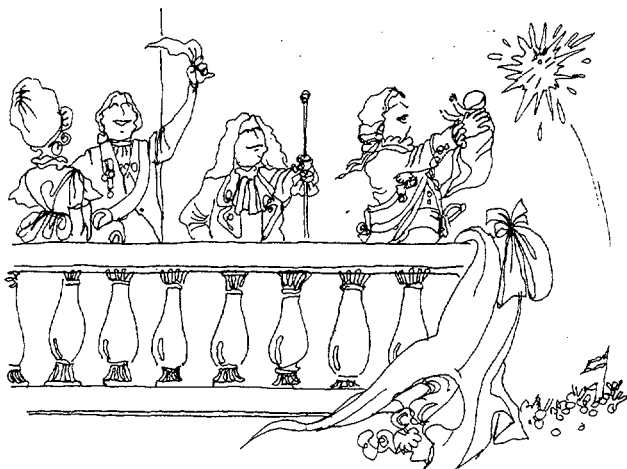
Se trata de una feligresa de Piquillo, de Tafira. Don Antonio, el marido de doña Juana, le había colocado a un hijo de guardia municipal hace catorce años.

Pum. Pum. Pum.

—¿Da su permiso, doña Luisa?

—Adelante.

—A la buena de Dios. Aquí le traigo, y dispense la poquedad, unas rapaduras de miel y gofio. Soy Jesusa, la de Utiaca, que no sé si me recuerda; son para don José que me libró del cuartel a mi Antonio cuando la guerra de Cuba.



FIESTAS POR UN PRINCIPE

A comienzos del siglo XVIII, concretamente en 1707, hubo grandes fiestas en Las Palmas para celebrar el nacimiento del infante don Luis, hijo de los reyes don Felipe V y doña María Luisa Gabriela de Saboya. Un pliego trajo la noticia por barco, y decía así:

“Día de San Luis, la Reina Nuestra Señora parió con felicidad un Príncipe. Dios nos le guarde...”

El alférez mayor don Pedro Agustín del Castillo relata puntualmente los diversos festejos, con duración de varias semanas, que conmemoraron el acontecimiento en nuestra ciudad. Hubo comedias, desfiles, fuegos artificiales, corridas de toros, funciones religiosas, etc. Y alegría general.

He aquí algunos fragmentos de la crónica: “La noche deste alegre día sólo se diferenció en el nombre, pues se vieron llenas de hachas las ventanas, de hogueras las calles, las soteas, terrados y balcones de artificiosas y vistosas luminarias, unas que formaban estrellas, soles, lunas, castillos y torres, y otras que en rótulos de letras de fuego mostraban el que ardía en los corazones... Salíó el Cabildo y Regimiento de esta Ciudad en forma

con sus maceros vestidos de damasco carmesí y muchos ministros que en público paseo a caballo alegraron más sus calles... los sombreros con preciosos cintillos y airo-sos penachos blancos... dióse vuelta a la Plaza donde había varias invenciones de fuegos en galeras y navíos que trabaron batalla y muchas ruedas y voladores...”

La plaza de Santa Ana era el centro del regocijo, pero las comedias se representaron en un teatro levantado por detrás de la catedral, en la plazoleta de los Alamos.

Delante del palacio episcopal se levantó una torre de tres cuerpos y una altura de “93 pies geométricos”, coronada por una gran estatua que representaba a una diosa con una espada en una mano y una bandera en la otra. Cerca de allí, delante del lugar que ahora ocupa el Ayuntamiento, “diez Caballeros desta Ciudad que fueron convidados por su Cabildo, salieron a correr toros”. Después de varias escaramuzas, se despidieron entre aplausos los caballeros en plaza, “saliendo heridos tres caballos y del mayor peligro sus ginetes”.

Los miembros de Milicias tomaron parte en los festejos, como todo el pueblo y autoridades: “Sus libreas eran franjeadas y bordadas de argentería... Llevaba cada uno su fusil, con que hacían continuas salvas; en el centro iba un carro triunfal de hermosa fábrica y en lo más eminente de su testera se veía una ninfa que representaba esta Isla Afortunada y el amor con que siempre ha estado rendida a la voluntad de sus Monarcas... Con esta orden entraron en la plaza mayor donde se les recibió con salva de artillería, tambores y clarines...”

Así —les perdonamos otros mil detalles— se celebró en nuestra ciudad el nacimiento de Luis, hijo de Felipe y de María Luisa.



AVENTURA MEDIEVAL

¿QUIEN no se ha deleitado con las célebres narraciones de Giovanni Boccaccio? No olvidemos, sin embargo, que aparte sus cantos a la lujuria y la muerte, escribió un texto latino que atañe a nuestra historia: **De Canaria y de otras islas recientemente encontradas en el Océano más allá de Hispania**. En este caso un canto a la aventura.

En los primeros días de julio de 1341, es decir en plena Edad Media, se organizó en Lisboa una expedición para reconocer y conquistar —si conviniese— las islas de nuestro archipiélago. La pequeña armada estaba compuesta por dos navíos de buen porte, pertrechados a costa del rey de Portugal Alfonso IV, con caballos, armas y otras “máquinas de guerra” (*machinamenta bellorum varia*), y una embarcación ligera tripulada por florentinos, genoveses, castellanos y quizá catalanes o aragoneses.

Al mando de la expedición figuraba el caballero florentino Angiolino de Tegghia de Corbizzi, quien guió a los navíos por todas las islas —“las unas habitadas, las otras enteramente desiertas, hasta el número de trece”— y se detuvo especialmente en Canaria, la principal. Aquí

el relato de Boccaccio se hace apasionante para nosotros al describir el aspecto de la isla y las costumbres de los aborígenes en tan lejana época.

Respecto a Gran Canaria asegura que al circundar sus costas los navegantes comprobaron que el Norte estaba mejor cultivado que el Sur; que había muchas casas, higueras y otros árboles, palmeras estériles y con fruto, coles y diversas legumbres. Las casas estaban construidas con piedras labradas y dispuestas con sorprendente artificio (*ex lapidibus quadris compositas mirabili artificio*) y cubiertas con grandes y hermosos maderos. Los interiores parecían blanqueados con yeso. La isla tenía buenos cultivos y los naturales comían, “a la manera de los pájaros”, la fruta y los cereales convertidos en harina o gofio.

Las noticias sobre Gran Canaria se multiplican: los isleños eran vigorosos; sus breves vestiduras estaban teñidas de rojo y amarillo. Las doncellas iban desnudas. Un pueblo feliz: “Su canto es dulce; su baile es análogo al de los galos; son vivos y alegres, y más sociables que los hispanos.

Pese a tantos atractivos los expedicionarios, después de llevarse cuatro isleños y una selección de productos del país, levaron las anclas de sus navíos y se hicieron a la vela con rumbo a la vieja Europa.

La aventura había terminado.



PRUDENTE, CONCISO Y GIRATORIO

UN socio del Gabinete Literario hizo durante una partida de dominó una observación digna de ser grabada en bronce: “El mirón ha de ser prudente, conciso y giratorio”. He aquí una frase cuya agudeza no puede escapar al que haya dedicado algún tiempo a los nobles deportes que se cultivan en los casinos. El mirón pegajoso, y además opinante, es una auténtica maldición para los jugadores.

(Tom, un curioso del siglo XI, fue el único que se atrevió a mirar a lady Godiva —desnuda y a caballo— en su paseo por las calles de Coventry. Desde entonces a un mirón se le conoce en Inglaterra por *peeping Tom*, equivalente al *voyeur* de los franceses.)

El mirón tiene pasaporte internacional. Otro socio del Gabinete decía al regreso de una larga estancia por tierras del Caribe:

— ¡Hay vistas que tumban cocos, caballeros!

El jugador está convencido del poder, casi siempre maléfico, que ejerce el mirón sobre las cartas, las fichas y el curso del juego. Si un trío no se convierte en póker o a alguien le escachan el doble seis, la culpa es del mi-

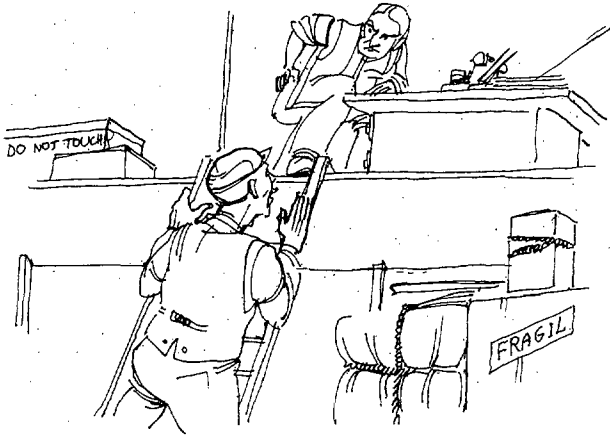
rón. Lo mismo vale para la ruleta, cuando la bolita se detiene en un número diferente al de nuestra apuesta. Y al surgir un alfil de forma inesperada e imponer su ley del jaque mate.

¿Existen remedios contra el mirón contumaz y no giratorio? Dicen los expertos que de nada sirven el cambio de silla ni las jaculatorias a los santos. El mirón, como asegura el profesor Robaina, de Tamaraceite, ve a través de los cuerpos *opatos* y disfruta de inmunidad para ejercer su contumaz ejercicio de fastidiar al prójimo.

Y lo más grave, según las experiencias de los técnicos, es la carencia de una tipología determinada para precaverse contra los estragos del mirón. El ataque se realiza cuando la partida ya está en marcha. Y nada de aire de ave de presa, ni de ojos saltones: el mirón es un señor corriente, casi siempre amable, que cae sobre la víctima como una llovizna de primavera, sin sentirse pero calando...

¿Qué piensa el mirón? No mucho, suponemos. Cuando se quiere mirar, y de paso desarrollar las aptitudes estéticas, lo mejor es tomar la guagua y trasladarse a la playa de las Canteras. ¿Qué supone el placer de un escachamiento de doble seis ante la presencia de una muchacha guapa y llenita, en bikini?

—No se haga ilusiones —comenta otro socio del Gabinete—; el mirón prefiere la jornada intensiva: guayabo por las mañanas, y por las tardes dominó.



CALDERIN

UNA estrecha escalera lleva a cualquier visitante hasta la caja de cristal situada en lo alto del almacén de empaquetado. La caja de cristal es el reino de Calderín, el encargado. Desde allá arriba vigila el raudo vuelo de las manos femeninas al envolver la fruta.

Llama el jefe.

— ¡Calderín!

Nadie, ni el propio jefe, conoce como Calderín el número de huacales enviados a Liverpool.

¿Cómo anda el mercado de Suiza? ¿Sube la cotización en Berlín? ¿Habrá exportación a Rusia? Las respuestas a estas preguntas son de la exclusiva incumbencia de Calderín, cuyo perfil de pajarraco se trasluce a través de las paredes de cristal de su oficina.

— ¡Calderín!

Alguien quiere saber a cuánto asciende la subida de los fletes hasta Noruega. Calderín trabaja en mangas de camisa, con el bolígrafo detrás de la oreja como el peine de un barbero. Acude al teléfono; medita; hace números; habla consigo mismo.

La responsabilidad de Calderín no tiene límite ya

que debe atender a los mil pormenores del negocio, desde la llamada de Hamburgo hasta el parto de Antoñita, la mujer de un aparcerero, pasando por la revisión de un lote de "3 M" con destino a Varsovia.

— ¡Calderín!

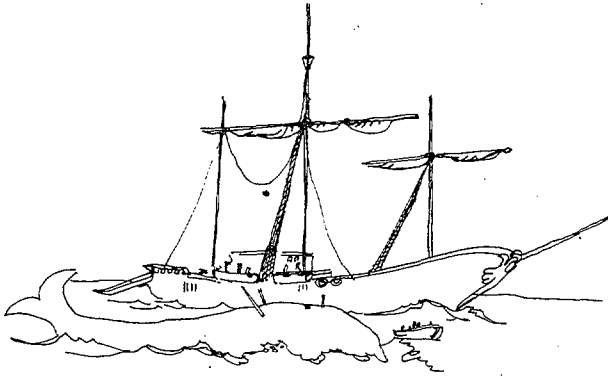
(El jefe, don Francisco, fue a la finca por la mañana. "—¿Cómo anda eso?" "—Bien, don Francisco." Luego toma el coche y va al almacén. "—¿Hubo averías?" "—No, don Francisco; ya está sobre muelle." Por último, en el Puerto, pregunta: "—¿Qué tal?" "—Todo en marcha, don Francisco." Entonces vuelve al coche, se dirige al Casino, y se sienta en una butaca. Y dice: "—Estoy rendido, caballeros.")

El tiempo discurre para los demás mientras Calderín sigue embebido en su trabajo; fuera de su jaula de cristal existe una cosa que llaman vida, pero que él sólo conoce por referencias. Calderín está casado y tiene varios hijos. Los domingos va al cine. Nada de todo esto —nebuloso, perdido en sombras— pertenece al verdadero mundo de Calderín, el encargado. Su vida está en los hilos del teléfono, en las *collas* del puerto, en las cotizaciones de Londres, en los camiones, en los aparceros del Sur, en los embarques para Rotterdam, en las chicas del almacén, en las averías y los fletes a Southampton.

— ¡Calderín!

En el almacén reina una febril animación. Tabletean los martillos al cerrar las cajas; las filas de bultos se deslizan sobre la cinta de transporte; crece el rumor de la prisa, del ajeteo.

Allá en lo alto está la caja de cristal, y Calderín con el bolígrafo detrás de la oreja.



COMO UNA VIEJA ESTAMPA

MUCHA gente recuerda todavía aquel navío de alto bordo —el bergantín *Sensat*, de la naviera Bosch— que ya desmantelado por el tiempo servía de Club de Natación a los veraneantes de la playa de Las Canteras. Estaba fondeado frente al balneario de Galán y se llegaba a él nadando o por medio de un bote que partía del pequeño muelle de madera construido en la orilla.

Un poeta y marino de Haría escribió un hermoso poema sobre el navío que luego habría de terminar sus singladuras en la playa de Las Canteras. Se trata de don Francisco Jordán Franchy, antiguo capitán del *Bella Lucía* en los tiempos heroicos de la navegación a vela.

¡Poeta y marino! Nuestras islas infunden a sus habitantes el amor a las espumas, a las olas, a la brisa salobre del mar. La poesía canaria se nutre en ese sentimiento de insoslayable presencia marina, al otro lado de la ribera. Y la tradición marca la ruta a los sueños: las sirenas, los corales, el temblor cristalino de las aguavivas. Nuestros hombres —antaño— hicieron la carrera de las Indias; más tarde, desde tierra, cantan el mar: Saulo Torón, Néstor, Tomás Morales. Y lo mismo ocurre en cualquier

rincón del archipiélago. Lanzarote, por ejemplo. Allí nació Francisco Jordán, poeta y marino, autor de unas *Tablas para corregir elementos de los almanaques náuticos, simplificando su uso*, y también de inspirados libros de poesía.

La playa de Las Canteras fue el último refugio del *Sensat*, pero Francisco Jordán lo describe en plena navegación por el Atlántico. Eran días de gloria.

EL BERGANTIN SENSAT

“Proa rampante que al misterio reta,
de elegante arbolar, casco bruñido;
bates las aguas con tu firme aleta
y alzas la estela cual dogal temido.

Bajo tu quilla quedó el mar vencido;
burlaste, ufano, del ciclón la treta
y fuiste a un tiempo trovador y atleta
que yende y canta a su epopeya uncido.

El blancor de tu vela me saluda
recitando en tus mástiles altivos
el himno espiritual de una quimera.

Y orgulloso pienso en la existencia ruda
que tus lobos de mar llevan, cautivos
en tus frías entrañas de madera.”

Queda aquí, como una vieja estampa, la imagen de un navío que surcó el mar de las islas.



LOS CAFETINES

LA gente del Mercado confluía en los cafetines para cumplir el rito matinal del café con churros o la postdata en *El Camello*, tras el biombo protector de las miradas indiscretas.

—Juanito, póngame un ron con pan bizcochado.

(El isleño no solía meterse en averiguaciones respecto al nombre de su interlocutor; llamaba a éste “Juanito” o “cristiano”, y todo quedaba resuelto.)

Los clientes del bochinche se sentían identificados con el letrero que adornaba el biombo. Un letrero sin desperdicio.

“El camello es el único animal que resiste una semana sin beber. ¡No sea usted camello!”

Al dar la vuelta a la esquina, junto a la parada de guaguas del barranco, había otro cafetín cuya fama procedía de un primor culinario: los rebozados.

—A ver, Juanito, despácheme un rebozado con vino del Hierro.

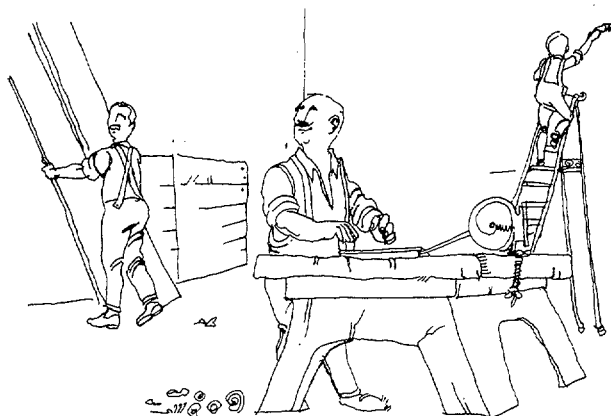
Aquí el nuevo Juanito servía un dorado revoltijo de harina y huevo, grueso como un puño, que ofrecía al final el premio de un diminuto trozo de pescado.

El vino herreño incitaba el apetito.

—Otro rebozado, usted.

Los cafetines del Mercado y alrededores tenían un ambiente cálido y acogedor dentro de su modestia, necesaria para no ahuyentar a los parroquianos del campo. El local solía estar protegido —contra los curiosos y las moscas— por cortinas de canutillos de colores que se alzaban y dejaban caer con las manos al paso del visitante. A la hora del almuerzo, sobre las mesas cubiertas de zinc galvanizado, a falta de mantel, aparecían los platos de potaje de berros, el estofado con papas y los plátanos del postre. La minuta no era muy variada, pero sí sustanciosa y asequible: un tostón (una peseta con veinticinco céntimos), antes de empezar el disparadero de los precios.

El cafetín con biombo o cortina de vaivén desaparece poco a poco de la vida ciudadana. Y si no desaparece, se transforma. El cafetín se llama ahora cafetería; total, lo mismo, aunque con la pequeña diferencia de que un rebozado de a perra gorda vale... tres duros, de momento. Mañana Dios dirá.



LA CARPINTERIA

A PARTE los casinos y sociedades de cierto rumbo existían en nuestra ciudad otros lugares de reunión más democráticos: las carpinterías. No se comprende el ambiente de berbiqués y garepas sin la correspondiente tertulia de los prohombres del barrio, a la tardecita, cuando ya empiezan a desfilar los aprendices y el maestro da los últimos toques a la cómoda de doña Fefa, la mujer del practicante. Las tertulias de las carpinterías eran, cordiales y querenciosas, animadas a veces por una partida de envite con su correspondiente pizqueo de ron y sardinas de Nantes con pan bizcochado. Lo corriente, no obstante, era la charla a palo seco con los tertuliantes sentados —en casa del herrero...— sobre cajones de belmontina y alguna silla desvencijada.

—Dicen que Soledad, la de Manolito Pitín, se entien-
de con el sargento de la batería.

—Oiga, caballero; aquí somos gente seria y no habla-
mos de machangadas. Deje eso para las mujeres. ¿Saben
lo de maestro Julián?

—Claro, se ha comprado un fotingo.

—Y ya no se llama maestro Julián *Potaje*, sino *Con-*

somé. El mismo dice que lo de “consomé” es más fino. Las cosas de maestro Julián. Y ¿para qué quiere el fotingo?

—¿Para qué va a ser? Para ir a Tafira a pelar a don Camilo y a los niños del alcalde. Oiga, ¡vaya labia la de maestro Julián! Sabe más cuentos que los Hermanos Milares.

En la carpintería se habla, sin malquerencia ni envidias, de todos los vecinos del barrio. Otro tema obligado lo constituyen las carreras (“carreras”, no regatas) de botes: el **Poeta** y el **Perico** atraen los domingos a la tertulia en peso hacia San Cristóbal, y los demás días se desmenuzan paso a paso las peripecias de la competición.

—El patrón del **Poeta** debió coger el barlovento en la misma Laja. Y ¡mira que tumbar hacia dentro al llegar a la Salazón!

—Gallo que no canta algo tiene en la garganta.

—Sí, la caña del timón. O el tolete del remo, con el estrobo y media chumacera. ¡Vaya falta de ignorancia, caballeros!

La tertulia se prolonga hasta bien entrada la noche. De vez en cuando se levanta el maestro para darle un toque a la cómoda de doña Fefa o alinear los cepillos y garlopas en la estantería del fondo, bajo el letrero de “No se prestan herramientas” erizado de serrín en polvo.

Al fin salen los contertulios; el maestro coloca la taramela de la puerta y echa el cerrojo.

—A la buena de Dios.

Acabó la jornada. Alguien añade, con aristotélicas e irrefutables palabras:

—Mañana será otro día.



LAS CUENTAS DE LA CONQUISTA

CUALQUIER empresa, tenga o no importancia, requiere una contabilidad para ser llevada a buen fin. Es el único sistema de evitar embrollos.

En el archivo de Simancas se custodia una documentación fundamental para nuestra historia: las cuentas de la conquista de Gran Canaria.

El dinero está detrás de todas las acciones humanas y los Reyes Católicos señalaron por propia autoridad a Pedro de Arévalo como banquero y jefe contable para “que pagase ciertos fletes e naves e carabelas que ovieran de llevar los dichos mantenimientos de pan, trigo e çebada e de otras cualesquier cosas que fuesen menester para la dicha conquista”. Todo referido a la “Grand Canaria” y a las necesidades de los “capitanes e gentes” que se encontraban en la isla de 1481 a 1483.

Las diversas expediciones estuvieron confiadas a los siguientes navíos: Gaeta, Cayada, Buenaventura, Buen Ihesús, Barvera, Papagayo... (Pedro de Arévalo compró la carabela Buenaventura a nuestro casi homónimo García Díaz, de Sevilla, y se encargó de pagar la soldada a la tripulación, formada por un maestro, un contra maes-

tre. un piloto, tres marineros, cuatro grumetes y un paje.)

Además del pan y cereales hacían falta otras muchas cosas para conquistar una isla. Véanse algunas de las partidas embarcadas, de cuyos precios en maravedíes hacemos gracia al lector;

Una caxa con çient espadas.
Un quintal de buen plomo.
Una sera con çinquenta camisas de lienço de Bretaña.
Dos libras de filo prieto para coser; çien agujas.
Diez instrumentos para meleçinas a los dolientes.
Caxa grande en que fue el ferraje e clavo.
Un quintal de estopa de cañamo.
Un pipote en que fue la pólvora.
Tres botes grandes de açucar rosado.
Sesenta pelotas de fierro.
Quatro ruedas de molino.
Syete botas de vino.
Dosçientos pares de çapatos vacunos; veynte pares de çapatos de Córdoba.

La lista sería interminable, pues Pedro de Arévalo no dejaba de apuntar ningún pormenor. También figuran en las cuentas los gastos de manutención de una “reyna de Canaria” confiada a la custodia del obispo don Juan de Frías, así como de las mantillas y ropa de cuna “para la niña que parió” antes de ser devuelta a don Fernando de Guanarteme, su marido. “Compré este día seys varas de lienço para camisitas e sabanillas, e un manto para el esclavito, a veynte e çinco maravedíes, que montan çiento e çinquenta maravedíes...”

Así, con espadas, pólvora, vino, agujas, cañamo y pelotas de hierro, Gran Canaria entró en el mundo de la civilización renacentista.



BARATILLOS

UNA tienda con rebajas es la imagen perfecta del paraíso para cualquier ama de casa. Si quiere usted complacer a una mujer, nada de regalarle flores o un jamón planchado; apúntele sencillamente “Hay un baratillo en los almacenes doña Pepa” y la verá usted feliz y contenta.

—Pero, chica, ¿qué voy a hacer con unos zapatos del 40? Ya sabes que calzo el 42.

—Y eso ¿qué? Los vendían baratísimos.

Y por las buenas o las malas el marido ha de estrenar los zapatos para no disgustar a su esposa.

Las gentes poco madrugadoras —ricachos, serenos, deportistas, funcionarios de alto copete— se pierden uno de los espectáculos más sugestivos de la mañana insular: el asalto a las tiendas que anuncian baratillos por grandes grupos de señoras. Son ataques a lo bravo, en manada, y las mercancías quedan agotadas en pocos instantes.

Las señoras se lo llevan todo y a cualquier precio. Para ellas basta la garantía de la tachadura de una cifra, ahora sustituida por otra de menor calibre.

—Es una ganga, niña — dice doña María a doña Dolo-

rés, al pie de los rolos de alfombras—; fíjate, antes valían 20.000 pesetas y ahora las dejan en 8.000.

—Pues me llevaré unas cuantas. Lo malo es que no tengo donde ponerlas, después de la rebaja de las alfombras persas de Lisboa.

—Lo mismo me ocurre a mí, pero pienso alfombrar la cocina y el cuarto de la chacha.

El cuco del comerciante, que conoce a fondo la psicología femenina, anuncia a cada momento la realización de sus géneros. Y las mujeres acuden como si se tratara de un bendito maná.

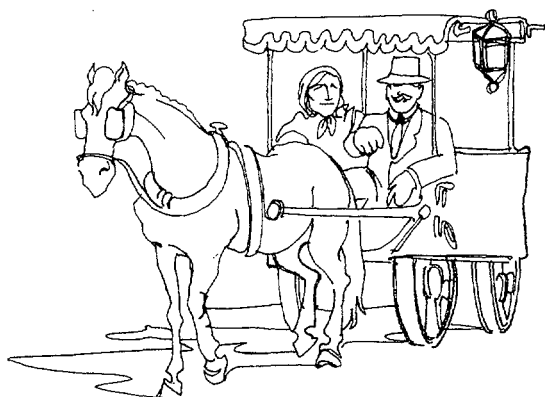
—Jesús, niña. He tenido que planear todos mis pasos para no perderme el baratillo de Rivero, las rebajas de Lozano y la realización de Campos.

—Y no olvides la super venta ante balance de Arencibia, que tampoco es manca. Tiene unos trajecitos pre-natales a 7.000 pesetas que son un primor.

—Pero tú...

—Oh, eso es lo malo; que no estoy así. Pero me he comprado un par de modelitos por si acaso.

Y las dos señoras siguen, de rebaja en rebaja, su paseo por la calle Triana.



EL MILAGRO

LA calle de la Audiencia, junto a la ermita de San Antonio Abad, es tan corta y estrecha que ni con calzador se puede meter en ella una tartana y su caballo. Incluso don Marcelino, el canónigo, yendo a pie como cualquier ciudadano, cogía la embocadura con precaución para evitar tropiezos en las molduras de las fachadas.

Don Marcelino había vivido siempre en la calle de la Audiencia; su oronda figura era consustancial con aquel viejo rincón de Vegueta, que sólo abandonaba para ir a la catedral a decir misa y cantar en el coro. La madre del canónigo tenía noventa años y acababa de superar una especie de gripe con desconchabadura del pomo. Una prueba casi insuperable a su edad. Y lo peor era que una vez curada se empeñó en ir a pagar una promesa —una Salve con música— que había hecho a la Virgen de la Luz.

—Mire, madre —explicaba don Marcelino—; lo importante es cumplir, sea en San Antón o en la catedral.

—Tiene que ser en la iglesia de la Luz, y en tartana.

—¡Jesús, madre! A sus años sería fatal un viaje en tartana.

—Déjate de tonterías. Así lo prometí a la Virgen y así se hará.

La vieja era terca y enérgica. “Cuando se enroña —decía don Marcelino— hay que atorrarse como la abubilla al venir una borrasca.”

Y hubo, claro está, viaje en tartana a la parroquia de la Luz. El canónigo llevó en volandas a doña Lucía hacia el vehículo, detenido junto a San Antonio Abad, y a poco las grandes ruedas amarillas saltaban sobre el empedrado de Vegueta camino de la carretera del Puerto. Después de salvar baches, montículos de barro y travesaños del tren de vapor, la expedición llegó a su destino.

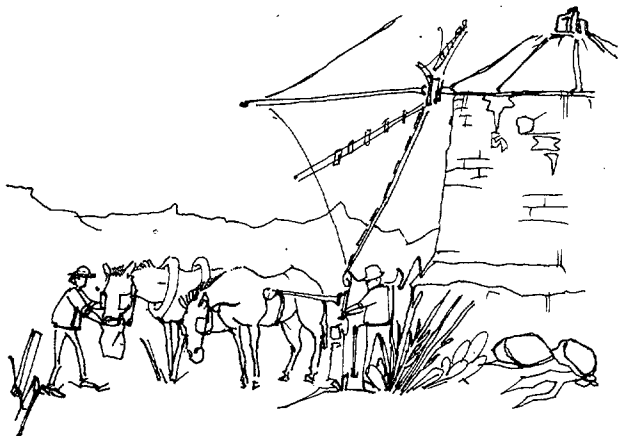
Salve. Música. Y un sermón de don Matías, el párroco.

El regreso fue la misma película con marcha atrás: la tartana volvió a recorrer los baches, el lodo, los travesaños y al fin el pedregullo y los adoquines de Vegueta.

—Quiero que la tartana se pare a la puerta de casa.

No había escapatoria. Don Marcelino sabía por experiencia la inutilidad de cualquier discusión con su madre. La puerta de la casa estaba precisamente en un recodo cortado a cuchillo entre las fachadas. Nadie ha conseguido explicar cómo la tartana llegó hasta la misma puerta de doña Lucía. Se dice que fue un milagro y que la tartana y el caballo se comprimieron como las tortas de millo en las fiestas de Teror.

El soponcio de don Marcelino —sin misa ni cantos gregorianos— duró tres días y tres largas noches.



AZUCAR = ARTE

NO es raro encontrar obras de arte de origen flamenco en algunas iglesias y casas de la ciudad. Las más antiguas, sin embargo, han desaparecido a consecuencia de saqueos o por el simple paso de los años.

Nos queda algún retablo, así como tablas e imágenes, producto de las relaciones comerciales con Flandes en la época de nuestros ingenios de azúcar.

En el Gabinete Literario se celebró hace pocos años una exposición de arte antiguo; descontadas las atribuciones optimistas, los isleños pudieron contemplar ciertas joyas de la pintura flamenca que se conservan en casas particulares.

Arte por azúcar... La fantasía isleña se hacía presente en el comercio de antaño. Y ¿cómo hubiéramos podido conseguir las tablas de Agaete o el famoso retablo de San Juan Bautista de Telde?

(En la época de la cochinilla se trajeron pianos de cola y Enciclopedias Británicas, desde luego en inglés, para los Ayuntamientos del interior de la isla.)

Nuestras relaciones con Flandes comenzaron una vez acabada la conquista. Véase un documento del escribano

de Sevilla Juan Ruiz de Porras, de fecha 9 de julio de 1505, es decir a unos veintisiete años de fundada nuestra ciudad, extraído de una recopilación de Francisco Morales Padrón. Ya estaba en marcha la exportación de azúcar.

“Contrato de fletamento de Pedro González de la Puebla (vecino de Triana, maestre del navío *Sancti Spiritus*, surto cerca de la puente del Río de Guadalquivir) a Alvaro de Briones (mercader, vecino de Sevilla, en la collación de Santa María) para que cargue hasta 50 toneladas de melazas e azúcares, que se entiende cuatro caxas de azúcar blanco por tonelada, e dos pipas de melaza otra tonelada; y se obliga a ir a recibirlo en la Ysla de Gran Canaria a los puertos de Las Ysletas, de Melenara o de Sardyna, o cualquiera dellos que su factor diere o nombrare a partir de ahora a mediados de agosto, y de cargar en 30 días, pagándole por cada día de demora, por no darle la carga, un ducado de oro para gastos de navío; y se obliga a partir para la Ciudad de Flandes, puerto de Amberes, cobrando de flete en este dicho puerto de Amberes cuatro coronas y media de oro...”

Los viajes de Gran Canaria a Flandes se repetían con frecuencia. Al regreso, entre otras mercaderías, llegaban a la isla tablas e imágenes flamencas.

El azúcar se había convertido en arte.



POTAJE FAMILIAR

AÑOS 20.
—Hoy viene maestro Rafael a empapelar la sala —dijo doña María con cierta emoción.

Los grupos sociales, en nuestra sociedad, se mezclan entre sí como el flujo y reflujo de la marea.

Maestro Rafael, por razones de oficio y de jefe de familia numerosa, vive inmerso en la barahúnda del mundo actual. Maestro Rafael domina la chapuza doméstica: de fontanero a electricista pasando por albeador y carpintero. Su esposa, seña Soledad, lava la ropa a las madritas de San Martín; dos hijos están en la Costa, al avío de la pesca del salado; la hija mayor y otra de las medianas se acomodaron en casas de Vegueta; Pepe lleva el fotingo de los Estupiñán; Maruca hace los recados en la tienda de doña Rosalía —“Últimas novedades de París y Londón, se cogen puntos a las medias”—; Manolo está de aprendiz en el taller del callejón del Diablito. Y todavía queda Pepa Juana, en la costura, y los dos gemelos que andan en pañales y el puro berreo por las raleras de leche y gofio.

Maestro Rafael extiende las poliadas —harina, agua y

un polvo de pimienta negra— sobre las largas tiras de papel, y poco a poco las paredes se van cubriendo de una maraña de flores y pavos reales.

—La sala está quedando preciosa, maestro Rafael —asegura doña María con admiración—. Ya verá como le gusta a don José, aunque decía que iba a parecer un criadero de pavos reales. Realmente preciosa.

San Nicolás, sobre el mar y las campanas.

A la atardecida, cuando todos se han recogido en la casita del Risco, menos los galletones de la Costa, se comentan en la sobremesa las incidencias del día.

—Tengo que arreglar el fotingo para las elecciones; don Felipe saldrá diputado, ya verán. Y me ha prometido llevarme a la Península.

—Doña Juana nos tiene tupidos a puchero y plátanos.

—Las novedades de París vienen de casa de las niñas de González, que saben costura y hacer sombreros. Y doña Rosalía no les paga casi nada.

—El hijo del Conde tiene una bicicleta nueva; me dio una peseta por guardársela un rato.

—Hay una chica nueva en la costura y doña Nina dice que es cuñada de Rosendo el Paletúo.

—Tendrán que adelantar la boda de la hija chica; fuerte relajo, usted. Hasta el canónigo Azofra tuvo que llamar al novio y hablarle en la misma plaza Sant'Ana.

La charla se hace interminable, infinita. La ciudad pasa por el colador de la familia del Risco, mientras maestro Rafael resume por su cuenta la fluctuación de los niveles sociales.

—Hay gente mala y buena, ricos y pobres, pero en el fondo todos somos iguales. Ahí tienen a doña María y don José, con su casa llena de dinero y pavos reales. Y comen potaje de berros como nosotros.



LA CALLE DE LOS REMEDIOS

LOS planos de la ciudad señalan algunos lugares que permanecen invariables desde lejanos tiempos; otros han sufrido ligeros retoques o una honda transformación. La calle de los Remedios y sus aledaños no han cambiado de topografía aunque sí de espíritu y de destino.

La calle debe su nombre a la antigua iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, que ya figuraba en la *Descrittione et Historia del Regno de l'isole Canarie dette le Fortunate* del ingeniero cremonense Leonardo Turriano por el año 1590. Ya en tiempos más recientes, la iglesia está en el plano de don Agustín Álvarez Rijo, de 1840, pero no en el trazado en 1833 por don Antonio Pereira Pacheco.

El templo había sido construido al naciente de la calle, junto a "la bajada" de San Pedro (otra denominación histórica, por la cofradía de las Lágrimas de San Pedro), y frente al edificio había una plazoleta y unas escalinatas de arenisca que llegaban hasta el cauce del Guinguada.

"De noche —asegura un cronista del siglo pasado— nadie se atrevía a pasar por aquellos contornos; tal era el

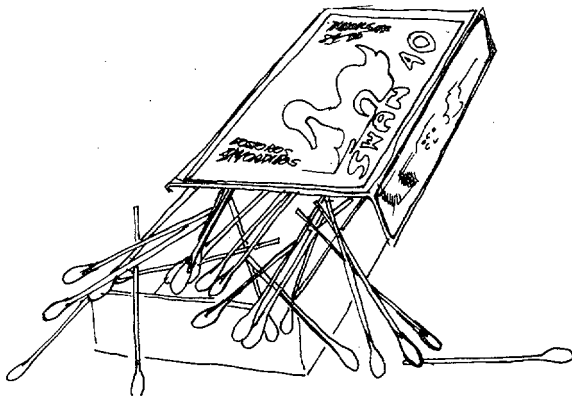
terror que infundía a los cándidos vecinos la aparición de fantasmas, penitentes, espectros, almas en pena y luces fatídicas.”

A la salida de la calle de la Peregrina, hacia la parte alta, estaban las lonjas de los palmeros —pañuelos de seda cruda, rapaduras, encajes, pan de gofio— y en frente las “cuatro esquinas”, donde se reunía toda la picaresca andante de la ciudad.

Para los que sólo han conocido la calle de los Remedios con tiendas de muebles y alguna librería, y si acaso en la época del Telégrafo y el hotel Europa, resultará reconfortante recordar que allí estuvo la famosa y por aquel tiempo única botica de la ciudad y de la isla.

Se trataba de la Botica de “las Cadenas”, del licenciado don Luis Vernetta, a la que se llegaba por cinco escalones de lajas, y sede de la tertulia y mentidero más célebre del país. En esta tertulia se hablaba de las campañas napoleónicas y de los últimos descubrimientos de la ciencia; de literatura y de los güiros sociales; del progreso y de la política insular.

Así era la calle de los Remedios. Luego vinieron las tiendas de muebles y los bazares, que deslumbraron a los isleños de principios de siglo, hasta que alguien fue a París y, al ver los grandes almacenes, exclamó: “— ¡A la porra los Peñate!”



LA CAJA DE FOSFOROS

LOS amigos y conocidos aprecian profundamente al profesor Robaina, de Tamaraceite, hombre bajito de estatura pero grande por su espíritu y el amor a la tierra canaria. En todas partes —la Ciudad Alta, la Plazuela o el parque de San Telmo— se oye hablar de él: su pericia para escuchar el doble seis al más pintado, si se trata de una partida de dómينو, y sus ideas fuera de lo común en materia de favorecer el adelanto de nuestra sociedad.

—La isla es lo primero, concio —explica el profesor—; si falla ese proyecto de traer el agua en barcos cisterna, podemos hacer una manga de plástico y enchufarla directamente a la desembocadura del Guadalquivir.

Nuestro hombre no descansa; su imaginación bulle sin cesar a la búsqueda de nuevas perspectivas para la economía isleña.

Hace unos días nos encontramos con él en las cercanías del Parque de San Telmo. Mientras fumaba un virginió daba vueltas en las manos a una caja de fósforos. Aceptó complacido nuestra invitación a una cerveza y

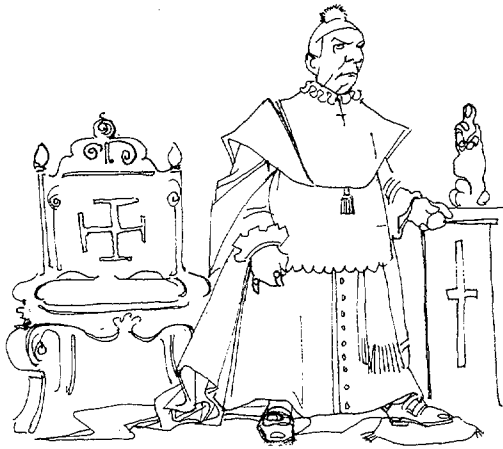
nos dirigimos al antiguo kiosco de la música. El profesor, algo nervioso, seguía dando vueltas a la cajetilla.

Consideramos un honor departir por unos instantes con el ilustre isleño. El profesor Robaina, de Tamaraceite, nunca defrauda la esperanza de sus interlocutores, aparte la posibilidad de contemplar una poderosa mente en acción.

—No me cabe en el coco —nos dijo— cómo los empresarios del país se pasan con armas y eso (bagajes) al monopolio de la Tabacalera. Ellos podrían hacer mucho dinero aquí si acostumbraran a la gente a fumar virginius, que se apagan mucho, y vendieran los fósforos con mi invento...

—¿Un invento profesor?

—Bueno creo que podemos llamarlo así. Es una cosa muy sencilla —añadió mientras me enseñaba la caja de fósforos—; se pone la etiqueta por el otro lado, ¿ve?, y al abrir la cajetilla, fíjese, se caen los fósforos... La gente, por no agacharse, compraría otra caja y el negocio sería redondo. ¿No le parece?



DON DIEGO DE MUROS

EL papa Alejandro Borgia nombró obispo de Canarias a Diego de Muros el 27 de julio de 1496, es decir cuando aún estaba reciente el descubrimiento de América. Fue el primer obispo que tuvo jurisdicción sobre todas las islas —tras la conquista de Gran Canaria, Tenerife y La Palma—, así como el promotor del primer sínodo celebrado en la diócesis. Una gran personalidad, cuyo sentido de la caridad cristiana tuvo el refrendo del famoso humanista italiano y profesor de Salamanca Lucio Marineo Sículo: “Si España tuviese muchos Muros, los muros de las casas de los pobres no estarían derribados.”

El Sínodo se celebró con gran pompa en nuestra ciudad; sus conclusiones llevan fecha del 23 de octubre de 1497. *En uno de los capítulos se ordenaba que todas las iglesias tuvieran un clérigo o sacristán para enseñar a los niños a leer, escribir y contar.*

Aparte las disposiciones sobre liturgia y ceremonial, son notables —y ciertamente curiosos— los capítulos dedicados al arreglo personal de los sacerdotes, así como su manera de comportarse ante el público. El rascarse o

mesarse los cabellos en un duelo se castigaba con dos meses de cárcel.

Y siguen las reglas. “Ordenamos que los clérigos, presbíteros, diáconos e subdiáconos, e los otros de menores órdenes e beneficiados, no traigan coletas, salvo cabello redondo a lo menos a media oreja, y los que lo contrario ficieren... caigan en pena de ciento maravedís... Asimesmo que todos traigan hábito muy honesto e ropas ni muy luenguas ni muy cortas, e no traigan colorado ni verde claro, nin zapatos blancos nin colorados, nin borceguíes salvo con zapato negro encima, nin cintos dorados nin plateados, nin seda salvo en los enforros de los capirotos e guarnesción de mantos...”

Las capitulaciones señalan que los sacerdotes no podían llevar luto por los particulares, o dejarse la barba sin afeitar durante un mes, o jugar en secreto o a la vista de los demás con naipes y dados. De la misma forma se prohibía montar en mulas con gualdrapas lujosas. Y se conminaba a los clérigos y beneficiados “aparten de sí las concubinas públicas si las tienen, e ninguno sea más osado tenerlas en sus casas ni en agenas”.

Un reflejo de las costumbres a fines del siglo XV en nuestra ciudad. Y tras las reglas, el obispo monseñor Diego de Muros.



LA PATINETA

EN la nomenclatura popular el mundo infantil estaba regido por dos clases de clara delimitación: los chiquillos y los niños de gente rica. Un chiquillo se criaba en la calle jugando a los trompos y al boliche, en una especie de educación general básica para obtener el título de mataperro. El niño de gente rica crecía en los patios o en los jardines, a salvo de tartanas y de corrientes de aire, y con la imaginación ahormada por el *Catón* y las *Lecciones de Cosas* de FTD. (Los libros escolares hacían sus pinitos de evasión: “A un panal de rica miel...”, pero enseguida volvían a la falsilla de la gramática o la tabla de multiplicar.)

Siempre hemos sentido simpatía por esos chiquillos del Risco, renegridos por el solajero, con el pantalón roto y lleno de parches sujeto por una tirilla; esos chiquillos metidos hasta las cejas en la caza de lagartos, en las pedreas al borde del mar, en lanzar cometas con navaja para cortar el vuelo a los papagayos.

Los chiquillos del barrio inventaron un juguete singular: la patineta, hermana menor del carretón. No se trata, desde luego, de la *patinette* de los niños de gente ri-

ca, sino de un artefacto que pudo nacer del cruce de una zapatilla con un *sidecar*. La patineta llevaba un tabladi- llo hecho de cajones de petróleo, con ruedas proceden- tes de algún depósito de chatarra y sujetas al chasis por medio de clavos de santorra o un trozo de barra metáli- ca.

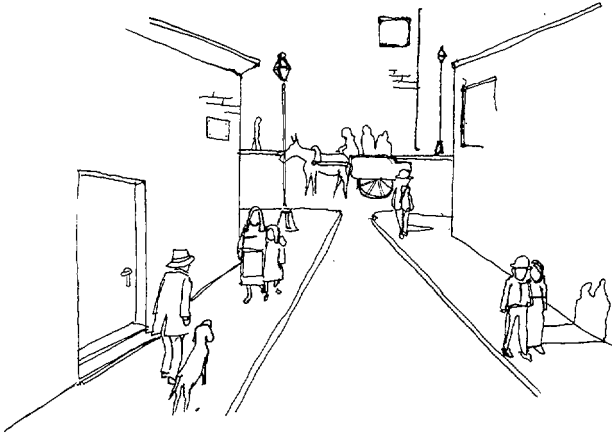
La patineta servía para acarrear a los hermanos me- nores o para deslizarse por una calle pendiente a tumba abierta, con riesgo de descalabrar a cualquier viandante desprevenido.

— ¡Ahí va!

Al conjuro de la frase sacramental venía la patineta —con uno, dos o siete tripulantes— rumbo abajo por el Risco, saltando sobre las piedras, como una tronadora máquina infernal, hasta que un obstáculo detenía la marcha y la pelota de chiquillos y vehículo se desinte- graba en sus parciales elementos.

¿Siguen todavía en activo las patinetas? Si usted, ca- ballero, tiene que hacer alguna gestión en el Risco, ¡ojo! Decía Maquiavelo en *El Príncipe* que “la prudencia hu- mana sirve solamente para escoger el menos perjudicial de los males conocidos”. Y el mal que puede generar una patineta no debe despreciarse.

O quizá prefiera usted subirse a una patineta para recordar otros tiempos... ¡Buen viaje, caballero!



LA FICHA

NADA de vivir al margen de los acontecimientos; la gente, por las buenas o las malas, le identificará antes de llegar a la esquina.

—¿En qué vapor...?

La pregunta es de doble o triple intención y se dirige a quien presume y no tiene de qué.

Es imposible hurtarse a la curiosidad ambiental. El hombre más sencillo, más ajeno a las vanaglorias del mundo, tendrá su ficha por si algún día trata de despuntar en algo.

—Ahí va Pepito; le quedó a deber catorce duros al zapatero.

Todo se sabe: don Anselmo se declaró a Pinito, pero ésta prefirió a un suplente de la Unión Deportiva. Y don Rosendo, el practicante, se compró una finca de treinta fanegadas para urbanizarla. Y Maruca pagó el coche con el aval de varios caballeros, uno para cada letra. Y Antoñito dijo que iba a Londres, pero se quedó en Tenoyá.

¿Por qué tanta manía indagatoria?

La gente no descansa. Ni duerme.

—Oiga, ¿quién es ese individuo?

—Lo más que usted conoce. ¿Se acuerda de don Francisco?

—¿Cuál don Francisco?

—El de la tienda de ultramarinos.

—No caigo.

—Sí, hombre; ese que siempre lleva calcetines encarnados y tiene un cuñado peninsular.

—Ah, ya. Pero ¿y el otro?

—Bueno. Se llama Calcines y se dedica a cobrar facturas, con un recargo, claro.

—¿Y qué tiene que ver con don Francisco?

—En realidad, nada. A no ser que también tiene un cuñado peninsular.

Ya en el despeñadero del diálogo, al fin resultará que don Francisco es agarrado, gordo, mal pagador y aficionado al vino tinto. Y Calcines flaco, embustero, feo, veleidoso y jugador.

Es inútil cualquier intento de soslayar este tipo de conversaciones. La discreción o la simple bondad —con el consiguiente respeto al prójimo— parecen moneda fuera de uso. Y siempre existe la traicionera curiosidad.

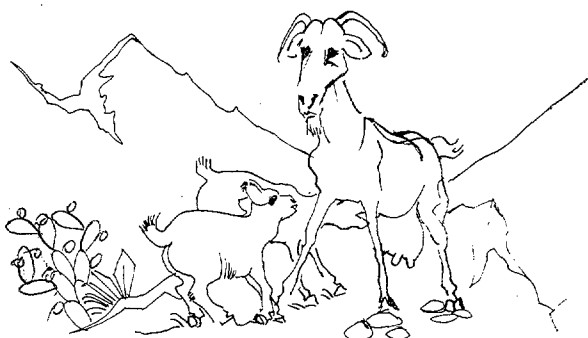
—¿Se ha enterado usted del asunto de los fósforos?

—No, ¿qué pasa?

—Pues verá usted, amigo. Resulta que don Antonio compró una partida de fósforos mojados. Y entonces don Juan le pidió unas muestras y se fue con ellas a don Federico...

¿A qué seguir? Don Antonio, don Juan y don Federico, al final del cuento, se llevan su clasificación personal: aprovechones, falsos, toletes y aficionados al ron con carajacas.

Y el mundo gira que gira, caballeros.



LOS BAIFOS

UNO de los pocos términos que nos dejaron en herencia los aborígenes, baifo, sigue siendo de uso común para designar a la cría de las cabras. ¿Qué isleño hablaría de chotos o cabritos? La gente del país, desde la infancia, mira con simpatía al baifo, un movedido rebujón de peluche que gira en torno a su madre o retoza con libertad por el campo.

—A don José se le fue el baifo...

El despiste del caballero queda sellado con una frase de neto sabor isleño.

(Una acotación del **Léxico de Gran Canaria**: “Se le fue el baifo al médico que erró en el diagnóstico, al abogado que planteó mal la demanda, al predicador que perdió el hilo del sermón”.)

La influencia en la terminología popular de plantas, animales y objetos de frecuente presencia en la vida insular es tan notoria como insoslayable. Los baifos no podían escapar a la costumbre. ¿Acaso es algo extraño? Se estima en quince mil los vecinos que han podido eludir las acechanzas municipales y siguen pastoreando sus cabras y baifos en las azoteas de nuestra ciudad.

Don Laureano se ha comprado un yate y dice que va a instalar en él una peluquería para los turistas.

—Está como un baifo —comenta la gente.

Antoñito lleva algún tiempo enamorado de una moquita del callejón de los Majoreros. En la plaza de Santo Domingo se despide de los amigos.

—Hasta luego. Voy a echarle un puño a la baifa.

En la verbena del Polonia se ha formado una revoletera a cuenta de un muchacho que sacó a bailar a Pinito la de doña Nicolasa.

—Es del campo, niña. Tiene aire baifudo.

Las cabras y baifos de la isla fueron en otro tiempo una preocupación para los dueños de los ingenios de azúcar, que veían desaparecer sembrados y bosques. Nada menos que el emperador Carlos I de España y V de Alemania, el 12 de enero de 1547, se preocupó de resolver el conflicto mediante una ordenanza dictada desde la villa de Madrid. Ya los regidores y el gobernador “vieron por vista de ojos el gran daño que en ella ay de ganados que comen los pimpollos que nacen en los árboles”, por lo cual se ordenó “que de aquí en adelante todo el ganado cabruno que entrare dentro de la dicha montaña o de los mojones della aya de pena por cada hato cincuenta cabeças arriba, por la primera vez, cinco mill maravedíes...” A la tercera vez perdería la mitad del ganado... “y cien açotes al pastor”.

Y aquí, amigos, acaba el asunto de los baifos.



PLAZA DE LA FERIA

LA Plaza de la Feria fue con el paso del tiempo una especie de plataforma de arranque para las conquistas urbanizadoras en dirección hacia la Isleta. Acontecimientos de diversa índole, tanto alegres como luctuosos, dieron al lugar una fisonomía de escenario público con trasfondo de circo romano. En la plaza de la Feria fueron ajusticiados en la horca, el 16 de enero de 1875, los tres autores del crimen del callejón de Botas; allí se celebraron grandes luchadas, con participación de Matías Jiménez, Mamerto, Juan Castro, Ramón Méndez y demás maestros de la época; hubo también ferias de ganado y exposiciones de pájaros, frutos y flores. En uno de sus costados —donde ahora está el Gobierno Civil— se instaló la fábrica de la luz eléctrica, que permitió a nuestra ciudad, en 1899, contemplar con alborozo el nuevo alumbrado a nivel europeo.

Un hecho insólito registraron nuestros anales a fines del XIX en la plaza de la Feria: una corrida de toros. Desde la fonda de don Ramón López, en plena Vegueta, salió en tartanas el brillante cortejo de la torería andante, encabezado por don Fernando Gómez, el Gallo, pa-

dre de Rafael y Joselito, con el banderillero Blanquito y el picador Pimienta. El ruedo de la plaza de la Feria estaba rodeado con tablones que protegían al público, aunque la mayor parte de la gente había preferido las azoteas de las casas vecinas para contemplar el espectáculo, a salvo del posible riesgo de algún toro saltarín que burlara la barrera. No hubo, por fortuna, accidentes y todos se divirtieron, mientras el Gallo recogía los trofeos: dos orejas y “una cesta con los mejores frutos del país” ofrecida por el alcalde de la ciudad.

Al principio de este siglo, la plaza fue pavimentada y se plantaron palmeras y otros árboles por iniciativa de la Asociación de la Prensa, presidida por el director de *Las Efemérides* don José Franchy y Roca. El costado del naciente quedó cerrado por la Comandancia de Marina, cuya fachada neoclásica fue muy celebrada en la época de su construcción. La gente de los alrededores, y en especial los niños, tuvieron entonces un buen lugar de esparcimiento; a veces, por las noches, una banda de música amenizaba los paseos con pasodobles y fragmentos de zarzuelas.

El armisticio de la guerra del 14-18 dio ocasión a verbenas y festejos populares en el recinto de la plaza. Años después, trasladada la fábrica de la luz a Guanarteme, se levantó el edificio del Gobierno Civil, haciendo *pendant* con la Comandancia de la Marina; luego surgió algún rascacielo y, por último, la estatua de Galdós, en medio del terremoto que conmovió el pavimento y lo dejó convertido en un delirante tobogán.

Así —de la horca a la luz, de los toros al terremoto— pasó la historia por un rincón de la ciudad.



CANARIA, LEJANA

ESTAMOS acostumbrados a contemplar el panorama, en este caso el pasado insular, desde nuestra propia atalaya, pero conviene a veces trasladarse a casa del vecino para ampliar la perspectiva. ¿Cómo llegaban nuestras noticias a Tenerife? La respuesta viene de la mano de don Lope Antonio de la Guerra y Peña, memorialista lagunero, amigo de Viera y asiduo concurrente a la tertulia de Nava.

He aquí algunas de sus anotaciones.

1767. “A principios del mes de septiembre de este año se celebró en la Isla de Canaria, con un extraordinario aparato, la colocación de María Santísima del Pino en su nuevo templo del lugar de Teror. Este es de los mejores i más bien acabados de las Islas, i gastaron mucho en erigirlo los Ilustrísimos Señores Obispos... Huvo buenos, i costosos fuegos i todos los castillos de la isla hizieron salvas...”

1775. “Ha dádose Principio en la Isla de Canaria en 26 de Julio, día de Santa Ana, a un hospital a expensas del Reverendo Obispo don fray Juan Bautista Servera, quien dicho día, que se sentaron las primeras piedras y

se echaron algunas monedas, hizo un espléndido refresco.”

1777. “En embarcación que llegó de España en 22 de noviembre se puso por la **Gazeta** de 14 de octubre que en atención a la notoria calidad y recomendables servicios propios y heredados de don Fernando Castillo Ruiz de Vergara había venido Su Majestad en concederle merced de título de Castilla con denominación de Conde de la Vega Grande de Guadalupe para sí, sus hijos, herederos y sucesores. Dicho don Fernando es de la Isla de Canaria y el primero que titula de ella, donde es la persona de mayor bulto.”

1778. “Han cumplídose en este año tres siglos en que tomada por los Señores Reyes Católicos la resolución de que por cuenta del Real Erario se adelantase la conquista de las Islas de Canaria, Tenerife y la Palma, vino de General a esta empresa Juan Rejón, natural del Reyno de León, y de Ilustre Familia, y con él otros famosos conquistadores que llegaron en 24 de junio de 1498, y se formó el Real de Las Palmas, en donde oy es Ciudad, que conserva dicho título.”

1783. “Se supo que en Canaria fueron muy célebres estas Carnestolendas, porque con la noticia de estar ajustada la paz (con Inglaterra) se iluminó la ciudad por las noches, y habiendo llegado por allí algunos operantes hubo conciertos, saraos, máscaras y otras diversiones.”

A la llegada del barco de Canaria (Las Palmas) se comentaban las noticias... y allá, en La Laguna, don Lope de Guerra tomaba la pluma y las trasladaba al papel, al regreso de aquella animada tertulia que acogía al humanismo tinerfeño de la época.

Canaria, un mundo lejano.



DIFERENTE

TIENE interés y no escaso valor artístico el San Cristóbal pintado al fresco que ha aparecido en el paramento interior de la fachada de la catedral. Se trata de una efigie entre barroca y popular con resabios románicos —más por impericia que por antigüedad— que concuerda con la tradición cristobalera de los grandes templos españoles. Y aunque el santo ha sido apeado de los altares, por no sabemos qué razones litúrgicas o ultrahistóricas, ahora resurge su gigantesca figura de más de cuatro metros llevando al niño Jesús sobre un río de azul y plata. ¿Por qué lo ocultó durante siglos una espesa capa de cal?

Y ahí la historia, la vida.

En la catedral se ha remozado el patio de los Naranjos y las salas destinadas a Museo Diocesano, biblioteca y archivos. La fuente sigue lanzando al aire la canción del tiempo que no cesa.

Hace algunos años visitamos la catedral en compañía del profesor Berenson, gran maestro del arte clásico y contemporáneo. Venía de Italia, precisamente de Florencia, y no sin cierto temor le preguntamos.

—¿Qué le parece nuestra catedral?

Y nos contestó.

—Me gusta. Es diferente.

A continuación elogió los pilares, que sin ayuda por nuestra parte le recordaban los tallos de la palmera. También se fijó en otros pormenores: un retablo, varios cuadros y la lámpara genovesa de plata.

Y seguía diciendo.

—Sí, es diferente.

Ahora, pasados los años, recordamos a Berenson al visitar la catedral. ¿Qué hubiera dicho del San Cristóbal primitivista y populachero? Por lo menos lo hubiera encontrado “diferente”.

Allí está también, y muy visible, la lámpara genovesa. Fue un obsequio de don Bartolomé García Ximénez de Rabadán, el obispo designado en 1665 por Alejandro VII para la mitra de Canarias. Don Bartolomé salió de Cádiz con destino a nuestra isla y llegó... a América, en alas de vientos y tormentas. Al regreso, después de tocar con el báculo la tierra canaria, y decir “¡Alabado sea Dios!”, hizo voto de regalar a nuestro templo la mejor lámpara que se encontrara en los talleres genoveses.

Cuarenta y ocho mil reales de plata costó la preciosa joya, pendiente ahora sobre el presbiterio. Y ahí sigue abriendo una brecha de luz en la catedral, nuestra diferente catedral.



RESTRICCIONES

DESPUES de una guerra, como la templadera sigue al ron, viene una época de restricciones. Y qué apuros, caballeros. Todo estaba medido: la luz, el gofio, el agua, la gasolina.

Para conseguir una cámara nueva —los que tenían coche, que eran pocos— había que entregar la ya usada. El azúcar del racionamiento apenas daba para unos cuantos desayunos, y durante el resto del mes había que recurrir a la miel o a la farmacia. Los suplementos —los célebres *tiques*— se exigían para ir al cine o tomar una cerveza.

Las colas hasta daban sentimiento, caballeros. No se podía comprar un kilo de rollón sin sufrir una enfilada de dos o tres horas. Y lo mismo sucedía para coger la guagua, franquear un sobre o visitar una señorita de buen ver en Fuera la Portada.

La escasez de gasolina tuvo inesperadas consecuencias: un buen día volvió a salir la Pepa, con su penacho de humo y su majo y limpio en las paradas. Las colas, no obstante, volvían a formarse tan pronto desaparecía en el horizonte la sonora trapisonda.

Y salieron a relucir las bicicletas, los viejos quitrines, las patinetas, los coches con tronco de caballos.

¿Recuerdan, caballeros, los gasógenos? La gente se hacía una caldera con el termo de la cocina o el bidón de la azotea, y ¡a echar chispas por calles y plazas! Algún conductor volvía a su casa rebozado en hollín.

—Ven, mamá —decía el niño al abrir la puerta—; ya está aquí el carbonero.

Muchas eran las delicias de aquella época, pero nada superaba a las colas. Igual que hay peritos en electrotecnia, entonces había peritos en colas. La gente aprovechaba las colas para hacer negocios o concertar matrimonios. Un señor de San Mateo hizo una fortuna vendiendo vacas lecheras a los campesinos que esperaban el coche de hora para regresar a los pueblos del interior.

¿Qué era peor la guerra o la postguerra? Las restricciones alcanzaban también a los espectáculos. No se admitían besos en las pantallas de cine. Y menos, claro está, entre las jóvenes parejas.

—Oye, niña —decía Juanito a su novia—, o los artistas se acaban de dar un beso o tiene un hipo como una casa.

Se trataba, desde luego, de una película atrevida. Y del tijeretazo de un censor.



ECLIPSE

EL cielo se oscurecía; las sombras caían sobre el campanario de San Agustín; en la azotea, las gallinas se preparaban para el descanso; tras un último destello el sol cedió su dominio a las estrellas. Vegueta —las casas, la gente, las campanas— se dormía en la brisa llegada del mar.

Y, no obstante, era de día: las 11,44 de la mañana del 2 de octubre de 1959.

Para un punto determinado de la tierra, en este caso nuestra isla, un eclipse total de sol es un caso infrecuente perdido en el tiempo con sus históricas y bíblicas resonancias. La gente andaba desconcertada, y por los barrios se decía que aquello era el fin del mundo. Se desempolvaron telescopios del año pum, catalejos, viejos prismáticos. El que menos contaba con un trozo de cristal ahumado o un cartón con un agujerito en el centro.

Los astrónomos de todo el mundo —universidades de Utrech, Michigan, Cambridge, Berlín, etc. y observatorios americanos, holandeses, italianos, franceses, etc.— establecieron sus campamentos en Jandía y Las Palmas. Había astrónomos profesionales junto al faro de la Isle-

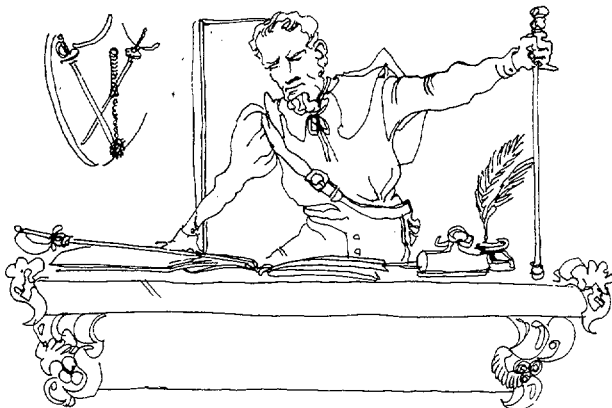
ta, en la azotea del colegio de los Jesuítas, en lo alto de San Roque, a dos pasos del monumento de Pérez Galdós, en la torre sur de la catedral de Santa Ana.

Al fin llegó el ansiado momento. Toda Las Palmas —la gente desde luego— había subido a las azoteas. El día había amanecido algo nublado, pero a partir de las diez de la mañana el cielo estaba limpio y por el naciente se perfilaba la silueta de Fuerteventura. Con la habitual precisión de los fenómenos astronómicos, a la hora fijada el disco de la luna mordía al sol y lo iba tapando hasta dejarlo sumido en la más profunda oscuridad. Y se hacía la noche, una noche matinal con brisa y estrellas.

En nuestra casa de la calle de los Balcones, en Vegueta, el pájaro pinto se había quedado dormido al conjuro de las sombras, mientras un hermano —nuestro querido Pepe, ya en el recuerdo— dirigía al cielo el viejo telescopio que antaño había sido una atracción en el Metrópol.

Y de pronto —después del lento proceso al revés—, se hizo la luz y volvió el día.

Los gallos, a lo lejos, cantaban al extraño amanecer.



VIAJERO Y POETA, 1520

A principios del siglo XVI visitó nuestra isla el poeta extremeño Vasco Díaz Tanco de Fregenal. Sus andanzas se reflejan en los poemas que dedicó al archipiélago, entre ellos el **Triunfo canario isleño**: en el qual se notan las admirables cosas que en las islas de Canaria hay y ha havido.

En el texto, cuajado de maravillas, no podía faltar la isla navegante de San Borondón.

“... de aquesta la octava que a nos es ignota,
marchada paresce, llamada Blandón ...”

Como un resabio medieval surge en otra isla el demonio, en figura de macho cabrío, que atacaba a las recién paridas.

“Allí Machías con monstrua figura
veyendo ella nudo qualquiera parida
con uso coytno dél era tañida...”

El poeta extremeño, en medio de su arcaizante estilo, señala el remedio insular contra la lujuria del demonio: la flor del tajinaste, a modo de cinturón de castidad.

“... por do le solían cubrir la natura

con el tabinaste que está en los desiertos...”

Así se va desarrollando el poema, a caballo de extrañas costumbres y descripciones —con cierto rigor realista— del medio ambiente. Resultan de sumo interés las referencias a la botánica del país, entonces en pleno esplendor de selvas y bosquecillos con las plantas autóctonas y otras de mayor amplitud en la distribución geográfica. El **Triunfo canario isleño** es fiel exponente de nuestra riqueza vegetal en el siglo XVI, mermada después al socaire de los ingenios de azúcar, el carboneo y la desidia de autoridades y campesinos.

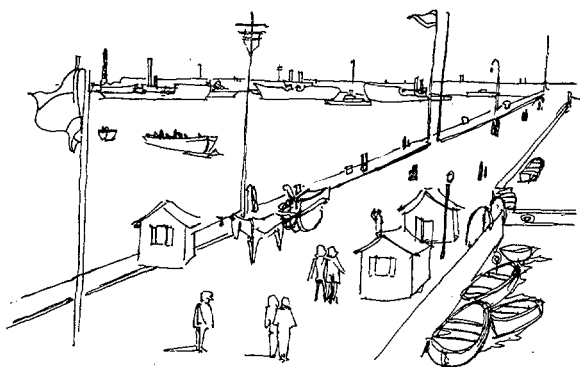
“Vi olmos y buxos y balos, sabinas,
vináticos, palmas, scipreses, laureles;
vi plátanos, cedros y linaloeles;
vi thiles, thabbaybas, también azevinas;
vi assaz marmulanos, pimientas muy finas;
vi thexos, codeços, también arovaes,
vi dragos perfectos muy medicinales,
también leña santa para medicinas.”

Las especies atlánticas y del país figuran con nombres casi idénticos a los actuales: balos, sabinas, viñáticos, palmas, laureles, cedros, linaloeles, tiles, tabaibas, acebiños, marmulanos, codezos, orovaes, dragos y taji-nastes.

A Gran Canaria la llama “mayor de las siete”, y añade otros versos ecológicos.

“De cañas de açucar estava poblada,
de cedros, limones y mil azahares
y en sí demostrava diversos lugares
de mil arboledas muy ramificada...”

Hacia 1520 pasó Vasco Díaz de Fregenal por nuestra isla; luego, como buen viajero y poeta, tomó rumbo hacia nuevos horizontes, nuevas sensaciones.



EL GUAPIDO

EL saludo del isleño adquiere toda su significación al convertirse en guapido, un mensaje entre cordial y burlesco que no excluye una singular carga afectiva.

En cierta ocasión don Francisco se sintió tentado de conocer mundo, y sin pensarlo mucho se metió en un barco de tres chimeneas y llegó hasta Londres. Su primera sorpresa fue comprobar que los nativos eran ciudadanos normales y él, precisamente, un turista. También le extrañó no tropezarse con las inglesas del *Yeoward*, cuyos estrafalarios indumentos y los sombreros con flores y pájaros había visto en Las Palmas.

Don Francisco andaba ensimismado entre la multitud que transitaba por Piccadilly Circus —que los isleños traducen por “Pilarillo Seco” haciéndose comprender por los nativos—, cuando de pronto sintió la llamada de la tierra en el inimitable guapido canario.

— ¡Ahí va el hombre!

Don Francisco sintió un vuelco de alegría en el corazón ante la proximidad de un paisano; miró a un lado y a otro, pero sólo veía a su alrededor los rostros imperturbables de los transeúntes londinenses. En vano per-

maneció a pie firme al borde de la amplia acera, entre la gente y los autobuses, pues nadie se acercó para sacarle de dudas. Al fin hubo de marcharse sumido en una honda perplejidad.

Pasaron unos días y ya casi olvidado del incidente, don Francisco hubo de discurrir por el mismo lugar para dirigirse a su hotel. Y de pronto, rotundo y sonoro, brotó de nuevo el guapido.

— ¡Ahí va el hombre!

Después de unos largos minutos de indagación en torno suyo, sin resultado, don Francisco quedó convertido en la imagen de la desolación. ¿Dónde estaba el desconocido paisano? Ya se marchaba cabizbajo, cuando un alto y rubio *policeman*, de neta estampa londinense, bajó de su pedestal y se dirigió al desconcertado don Francisco.

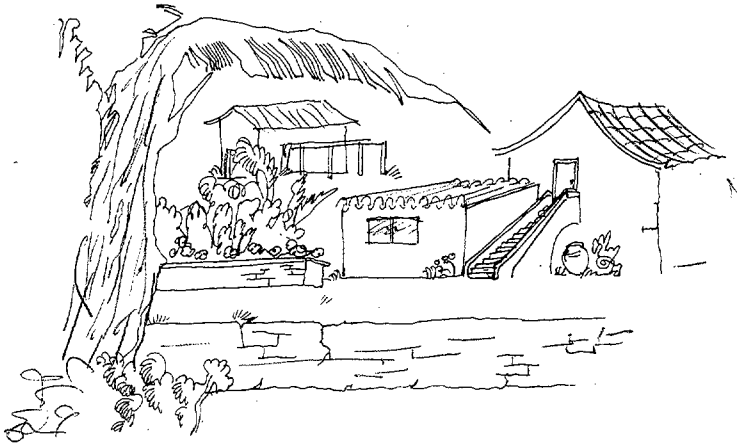
—Perdone, caballero. Yo fui el del guapido, pero no me atrevía a darme a conocer por si usted se había enfadado. Como lo vi con la cachorra, pensé que era canario.

—Y ¿no es usted inglés? —fue el único comentario que se le ocurrió al “turista”.

—No, caballero. Yo soy de los Mireles de la pila de Telde.

Ya de vuelta en nuestra ciudad, don Francisco contaba sus aventuras en la tertulia del parque de San Telmo. Habían sido olvidadas las visitas a los museos, las catedrales, la campiña inglesa, los lugares típicos. Todo, menos la imborrable escena.

—Y entonces, cuando iba yo por el Pilarillo Seco ese de Londres, voy y oigo un vozarrón que me dice: ¡Ahí va el hombre!, y yo me quedé abatado, usted. Y era un guardia como un leño, con casco y todo, y resulta que viene a ser de Telde. Viajar para ver, caballeros.



UNA CASA EN EL CAMPO

“Cuando en la era nos vimos
y en el monte nos citamos,
qué deprisita subimos
y qué despacio bajamos.”

ASI son las cosas del amor, pero no olvidemos que “el monte” supone una huída de la ciudad. La gente siente a veces el deseo de retirarse del mundanal ruido y escoge para tal fin el más entrañable de los refugios: una casa en el campo.

Nuestras casas de campo tienen el recatado sabor de la intimidad, como una isla dentro de otra isla, como un sueño dentro de otro sueño. Rara vez está en un altozano; los campesinos, fieles a su manera de ser, elegían para sus hogares el abrigo —el soco— de una colina o una suave depresión del terreno marginada del soplo del alisio. Los árboles, la enredaderas y las flores silvestres servían de transición entre la casa y el mundo exterior, más allá de las latadas cubiertas de pámpanos y los cercados de cultivo.

El aspecto de estas casas es inconfundible, con los tejados a dos aguas y la galería —¿acaso fallará el dosel de mazorcas de millo?— abierta hacia la vida del hogar más que al limitado horizonte de matorrales. Bajo la galería está la pila rebosante de culantrillos y el bernegal con su taza de picos. Y el banco y los taburetes de castaño, dispuestos para el sosiego y la tertulia del atardecer.

El ciudadano —cualquier isleño— se siente a gusto en una casa de campo, sobre todo si tiene ocasión de sumarse a las costumbres y tradiciones de la gente labradora. ¿Quién no añorará otros tiempos al conjuro de la recolección, de la trilla, de la matanza del cochino, de la pisada de la uva, de la romería a una ermita, de la descamisada del millo a la luz de la luna? Son cosas que conocimos en la niñez, vividas por nuestros padres, y que por fortuna siguen presentes en los campos isleños, aunque muchas de ellas se van convirtiendo en puro recuerdo del pasado.

El folklore insular, reflejo del espíritu del pueblo, ha recogido una aspiración latente en todos los canarios, de ayer y hoy. Y la música no engaña.

“Una casita en el campo
y una mujer que me quiera,
un barril de vino tinto,
y luego ¡que lluevan penas!”



¡OTRO A AFEITARSE!

EN esa enredina sin fin de las crónicas isleñas —originales, copias, recopias, cortes, interpolaciones y demás amenidades de los comentaristas de la historia— surge a veces algún dato revelador de la manera de ser o comportarse de los primitivos habitantes de las islas.

¿Se afeitaban la barba los isleños?

Un texto del setecientos, **Relación histórica de las Yslas de Canarias**, de la Biblioteca Nacional de Madrid, da un testimonio que corrobora la opinión de Núñez de la Peña, yendo más allá de fray Alonso de Espinosa al explicar las costumbres de los aborígenes. El fragmento se refiere a enfermedades, medicinas, sangrías, y algo que subrayamos: el modo de afeitarse los canarios en los albores de la historia.

“Sus enfermedades ordinarias eran dolor de costado y modorra. Su medesina se reducía a purgas, que hazían del sumo de mocanes, suero de leche y confecciones de hierbas, de las que tenían mucho conosimiento; usaban también de las sangrías, las que executaban con una especie de pedernal que llamaban “tabona”, con tal des-

treza que no se dio el exemplar que peligrase alguno. *Con esas piedras se hazían la barba.*”

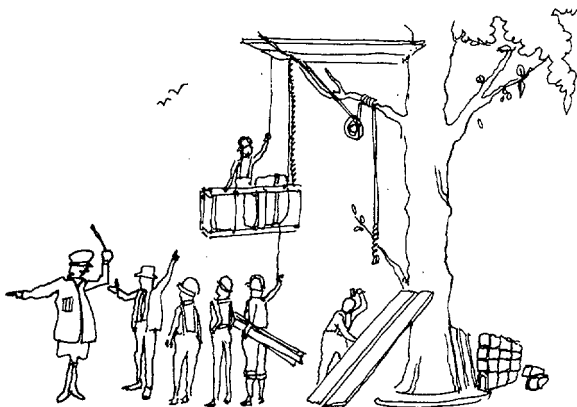
Larga y honda tradición, no sólo en la isla sino también en el resto del mundo, tiene el contacto de la práctica médica, y especialmente la cirugía menor, con el oficio de barbero. Una paradoja a primera vista, pero cuya reiterada vigencia hace pensar en una afinidad de vocaciones cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

La terapéutica científica ha llegado por el camino del herbolario, la magia y la barbería, pero ya que el resultado ha sido concluyente demos gracias a Dios por estos avances a trancas y barrancas en beneficio de la humanidad.

Y volviendo al tema de las barbas, ya puede imaginarse el lector la escena en un poblado de la isla, antes de la llegada de los españoles y... del jabón.

Un isleño con la tabona en las manos, bien afilada, y una hilera de nativos a la espera del correspondiente turno. De pronto suena una voz.

— ¡Otro a afeitarse!



DON LAUREANO

ALLA por los años cuarenta, recién terminada la guerra española, se le ocurrió a don Laureano una idea que podríamos calificar de genial: una mansión en las alturas.

Nuestro hombre vivía frente a la parada de las guaguas de San Roque, a la vista del barranco y del puente de Piedra, y como su casa estaba fuera de la línea de fachadas colindantes, el Ayuntamiento le planteó la expropiación para resolver el caos urbanístico. Después de muchos tira y afloja en torno al asunto, pues don Laureano era hombre de pro y muy respetado por su espíritu patriótico, el Ayuntamiento se avino a pagarle una crecida suma y a permitirle fabricar una nueva casa “en cualquier propiedad municipal desocupada o fuera de uso a elección del dueño de la finca expropiada”.

Sea por vivir en una isla, con el mar como telón de fondo, o por efecto de los alisios, sopladores de la fantasía, o quizá del solajero que raja los melones y las piedras, lo cierto es que el canario se destaca a veces con iniciativas que dejarían en ridículo a las historias del barón de Münchhausen.

Era en primavera, al filo de la amanecida.

Don Laureano llegó muy temprano a la Plazuela, con su corte de albañiles y carpinteros. De un camión cargado hasta los topes empezaron a surgir andamios, escaleras y un montón de tablones de todos los tamaños. Poco a poco se fue formando un corro de curiosos alrededor del corpulento ficus que parecía el objetivo de la operación. Los obreros habían amarrado las escaleras al tronco; claveteaban aquí y allá, subían por las ramas, se encaramaban a lo más alto para sujetar los tablones. Y sobre el ruido se elevaba la voz de don Laureano, imponente en su función de arquitecto director.

Los trabajos avanzaban con celeridad. Seguían llegando curiosos; un hombre de uniforme.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

—Pues ya ve; estamos haciendo una casa ahí arriba.

—¿Está loco, caballero? ¿Y el permiso?

Había aparecido un guardia, y don Laureano exhibía el célebre documento: "...cualquier propiedad municipal desocupada o fuera de uso..."

La incomprensión humana, por desgracia, puede acabar con el más hermoso de los sueños. ¿De qué sirve la ilusión ante la triste realidad de la vida? Ahí están las normas, los horizontes cerrados, la nada hecha piedra.

Y don Laureano, como era de presumir, se quedó sin su casa en el reino de los pájaros y de la fantasía.



CORRESPONDENCIA

A veces sentimos envidia de esas personas que son capaces de sostener una constante correspondencia con sus amistades. Nosotros, por desgracia, tenemos cartas pendientes de contestación desde la época del bachillerato.

Entre los muchos medios de intercomunicación de que disponen los seres humanos --del tam-tam primitivo al rayo láser, pasando por el teléfono y el telégrafo-- ninguno tan eficaz y afectivo para acercar a los ausentes como la palabra escrita. Una carta es un corazón que vuela, diría cualquier poeta con veleidades románticas.

—¿Ha llegado carta de mi hijo? —preguntó una anciana señora del campo en la Administración de Correos de Las Palmas. Y añadió: —Está en La Habana.

El funcionario se quedó perplejo, como si tratara de eludir un extraño sueño, pero al instante reaccionó y dijo:

—Creo que sí —y entregó a la campesina un sobre que tenía en el casillero de la mesa.

Era una carta venida desde Cuba con la siguiente dirección: “Pa’ mi madre. Canarias.”

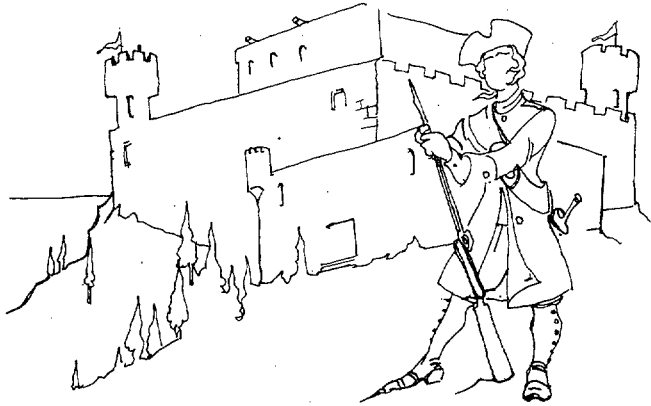
De tal forma, con un providencial cartero en funciones de ángel de la guarda, pudo llegar a su destino un mensaje de recuerdo filial.

Y ya que hablamos de cartas y gente del campo —tan sana e incontaminada de polución espiritual— vaya aquí la copia de la misiva que Pinito la de Teresa dirigió a sus padres a los pocos días de acomodarse como chacha en el domicilio de una familia de la capital.

“Queridos padres y hermanos: Sabrán que estoy contenta y tan buena como siempre mejorando lo presente que espero que ustedes también lo estén y la vaca y Perico que irá a la escuela y las gallinas y todos. Y doña María es muy buena y me dan muy bien de comer con gofio y todo y don José también es muy bueno y me da achuchones que es una risa y caramelos y el otro día me llevaron al cine muy grande y lleno de gente y a las Penícunas les dicen Flin que son muy bonitas y ahora me van a llevar a las fiestas del Parque por San Pedro Martín que canta gente de Pafuera y viene un Circo con un bicho que llaman Alefante más grande que el médico don Secundino subido en su mula y juntos. Y recuerdos a todos y a padre y a madre y a Perico que no se escape de la escuela y a Panchito el de Juana y la vaca y las gallinas que si ya ponen huevos y al señor Cura y a don Felipe si lo ven en la Botica que me mande las pastillas de engordar pero al revés para poder comer gofio y su hija que lo es, María del Pino.”

¡Que felicidad recibir cartas! Y leerlas con sana intención, sin interpretaciones retorcidas. El alma de la gente sencilla es transparente como el agua de un arroyo.

Una carta. Un mensaje de paz y buena voluntad.



HISTORIA, MILICIAS

LOS historiadores de las islas recogen las noticias de sus predecesores en sucesivas elaboraciones más o menos fieles respecto a las fuentes primitivas. Así vemos que cualquier pormenor de un cronista del siglo XV —el color de la piel o la estatura de los aborígenes— se decanta en un sinfín de pasos intermedios hasta llegar a nuestra época. La fila es impresionante: Espinosa, 1594; Viana, 1604; Abreu Galindo, 1632; López de Ulloa, 1646; Núñez de la Peña, 1676; Castillo, 1686; Marín y Cubas, 1687... (Olvidemos a Fiesco, Troya, Carvajal Quintana, perdidos en las sombras.) Y luego vendrá el XVIII, con Viera a la cabeza, y el XIX: Millares, Padilla, Chil Naranjo, Déniz, etc.

Y si copian los grandes ¿qué no harán los pequeños?

Las mismas descripciones de nuestra ciudad muestran una óptica pareja a través del tiempo con la salvedad de leves añadidos circunstanciales. Veamos un fragmento de una **Relación histórica de las Islas Canarias**, que Miguel Santiago considera anónima y escrita de 1723 a 1725, quizá en Tenerife. El manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

“De Canaria se reducen sus poblaciones a dos ciudades y 14 lugares principales en sus jurisdicciones. De todos habrá 12.000 vesinos; mucha nobleza y mayorasgos de crecida renta. La ciudad principal se llama de Las Palmas; en ella asiste la Audiencia, que se compone de quatro oydores, y los tribunales de Ynquisición y Cruzada; el obispo y su Yglesia Catedral, que es compuesta de 8 dignidades, 16 canónigos, 8 capellanes. Tiene tres combentos de religiosos: San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, y otros monasterios de monjas. Está fundada esta ciudad con buenas fábricas de casas y calles, alegres salidas y mucho recreo.”

El autor, que hasta ahora ha seguido a Núñez de la Peña, lo abandona para entrar en múltiples detalles de las fortificaciones. Explica que los castillos de San Pedro, Santa Ana y Nuestra Señora de La Luz “los munición la dicha Ciudad de Canaria, y nombra sus castillanos”, mientras las fortalezas de Santa Catalina y San Francisco del Risco, pertenecen a la jurisdicción real con toda clase de derechos y deberes.

Son interesantes los pormenores sobre las milicias isleñas, con tres tercios en Las Palmas, Telde y Tirajana, y Guía. Añade el manuscrito: “Demás destas compañías, hai una de cavallos, de 300 ombres, los quales y las referidas son en número de 4.500 ombres, los que sirven sin sueldo como todas las demás milizias de estas yslas.”

En fin, la historia.



EL CUARTO CHICO

EN las viejas casas de Vegueta y como un signo de otros tiempos se respiraba holgura, amplitud. Las habitaciones y dependencias estaban abiertas al patio o a la galería. La escalera principal, de cantería tallada, subía mansamente al piso alto entre las jardineras con helechos.

—Chona, vete al cuarto chico y trae las banderas.

En un rincón de la galería, al final precisamente, se interrumpía la celosía por medio de un tabique de madera que formaba el cuarto chico. Era la única habitación de tamaño reducido, junto a las salas, el despacho y los grandes dormitorios.

—Ya voy, señorita.

La chacha de dentro buscaba lo solicitado en los roperos y la cómoda del cuarto chico. En la ventana, hacia el patio, estaba colgada la jaula del loro.

Ni en una tienda de antigüedades se hubiese encontrado objetos más dispares y a veces absurdos. ¿Llegaban las fiestas patronales? En el cuarto chico había banderas para engalanar ventanas y balcones. ¿Se quedó sin cuerdas la guitarra? Allí aparecían los repuestos conve-

nientes, además de una trompeta y un acordeón. ¿Era el tiempo de vacaciones? Al abrir algún armario surgían bañadores del año pum, salvavidas y cañas de pescar.

Doña María reinaba en el cuarto chico como un lobo de mar en su isla del Tesoro.

—Mamá ¿tienes un disfraz de payaso? Y oye, ¿habrá algún traje de cartero para la fiesta del colegio?

—Claro, niños. Y lo que falte se inventa sobre la marcha con los trajes del tío Antonio.

Los chicos habían visto al tío Antonio en un cuadro de la sala vestido de diplomático.

—¿Era almirante tío Antonio?

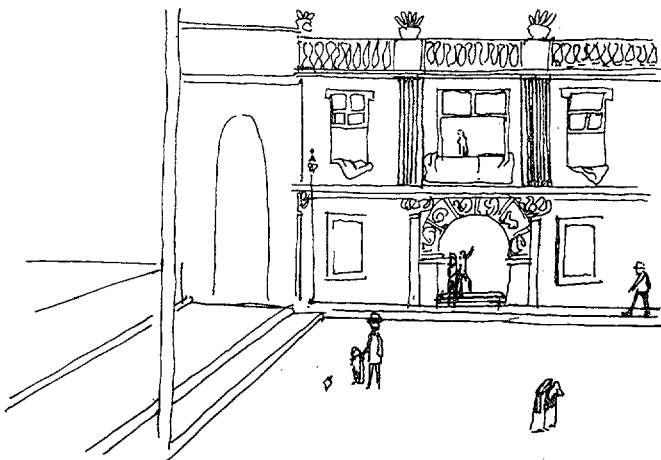
—No hijitos, embajador en Turquía, y el uniforme se parece al de un cartero imperial. Además tenemos la trompeta.

Las edificaciones actuales son cada vez más pequeñas y utilitarias, sin ese escape a la fantasía del antiguo cuarto chico de las casas de Vegueta.

Los arquitectos manejan el centímetro como si se tratara de una regla antigua, de esas que parecían una palmeta de colegio. Un par de milímetros de más en el baño o medio centímetro en la sala de estar permiten anunciar una vivienda como espaciosa y de gran lujo.

Doña María, por circunstancias de la vida, hubo de trasladarse a un piso moderno de la ciudad alta.

—Lo único que echo de menos —suele confiar a sus amistades— es el cuarto chico, con sus roperos, la cómoda y el piano. Sólo se llamaba así por comparación con el resto de la casa. Una vez vino a ensayar en él la plana mayor de la Filarmónica y lo pasamos tan ricamente.



SANTA ANA:
DE RINCON A RINCON

I GUAL que en el **Viaje alrededor de mi cuarto**, de Javier de Maistre, podría organizarse un recorrido alrededor de la plaza de Santa Ana, íntima recámara de la ciudad. Y como el camino sería largo, limitémonos a los extremos del eje noroeste-sureste, es decir el palacio Regental y la casa de los Alféreces Mayores.

Un puente unía el palacio Regental al antiguo Cabil- do de la isla, albergue también de la Real Audiencia, y así el regente se trasladaba cómodamente de su domici- lio al lugar de trabajo sin poner los pies en la calle. El pa- lacio fue saqueado e incendiado durante la invasión del corsario holandés Van der Does. Se reconstruyó en dos etapas; la planta baja en 1640, durante el mando del ge- neral Fernández de Córdoba, luego modificada en 1776 por el marqués de Tabalosos, y la planta alta en 1805, ésta de carácter neoclásico con frontones curvos y trian- gulares además de cuatro jarrones de cantería que rema- taban la balaustrada superior.

Así ha llegado a nuestros días, en que sigue el *tête - à-tête* con el Ayuntamiento.

Al otro lado de la plaza, en la esquina frente a la catedral donde hubo una farmacia y luego se instaló una galería de arte, se alzaba el viejo caserón de los Alféreces Mayores. Balcones canarios y ventanas, en siembra a voleo, animaban su destartalada presencia. Allí vivieron los personajes que ostentaban el derecho a llevar el pendón de la conquista el 29 de abril, como lejanos herederos de don Alonso Jáimez de Sotomayor.

La lista de los Alféreces Mayores es muy nutrida, a partir de don Alonso y su yerno Juan Melián, los primeros que disfrutaron el privilegio en pleno reinado de los Reyes Católicos. Entre sus sucesores citemos a Bernardino de Lezcano, Alonso Pacheco, Juan de Ceverio Muxica, Agustín del Castillo y León... La casa de los Alféreces Mayores, del siglo XVII a fines del XIX, mantuvo la tradición vinculada a la familia del Castillo y a ella venía el Municipio en corporación a buscar y luego devolver al portador de la enseña durante las fiestas de San Pedro Mártir.

La historia está en todas partes. También aquí, en este viaje de rincón a rincón por la plaza de Santa Ana.



ENYESQUES

LA fiesta está en su apogeo; cadenetas multicolores, repiques de campanas, turroneas, molinillos, voladores. La gente se arracima en torno a los ventorrillos, donde corre el ron y el vino de la tierra. Un tul de quita y pon protege de las moscas las bandejas de enyesques. Se oye el furrungueo de timplés y guitarras.

—Póngame chochos salados, usted.

—Yo quiero longorones.

—A mí unas buenas carajacas.

—Y a mí, dispensando la manera de señalar, cochino en adobo.

El pueblo se divierte: ¿qué sería una fiesta canaria sin timple, ron de caña y enyesques floreados? Saltan los compases de una isla parrandera mientras la juventud pasea bajo los eucaliptus. El tul de los enyesques vibra al compás de la música.

El vocablo *enyesque*, aparte su canarísimo acento, tiene indudables resonancias del latín y el antiguo castellano. Según el diccionario de la Academia, *yescas*, en su cuarta acepción, significa “cualquier cosa que excita la gana de beber y con singularidad de beber vino”. Nues-

tro *enyesque* no figura en el diccionario oficial —ni en el *Léxico de Gran Canaria* de los hermanos Millares—, pero Corominas sitúa en 1280 la aparición en la literatura castellana de *yesca*, del latín *esca*, alimento, con su sentido clásico de “alimento del fuego”.

El enyesque isleño, a medias entre el arcaísmo y la pura creación, forma parte de un conjunto de expresiones relacionadas con la gastronomía.

¿Quién olvida el queso como *conduto* en un potaje de berros? ¿Faltarán el *entullo* —los sustanciosos tropezones— en un buen caldo de carne?

Bien conocía estas palabras y otras similares el añorado Pancho Guerra cuando le soltaba el hilo de la cometa a Pepe Monagas por las taifas de la isla.

Pepe Monagas... El beletén con gofio debía parecerle cosas de mujeres; él prefería, aunque fuera para desayunarse, un vaso de ron con enyesques apropiados: carajacas, chochos, cochino en adobo, papas arrugadas y algún colorado y restrallón chorizo del país.

A la salud.



LA VIRGEN DEL PINO

UN día grande para los canarios: la festividad de Nuestra Señora del Pino. Y una ocasión para recordar curiosos pormenores de la devoción del pueblo isleño.

La imagen de la Virgen se traía a Las Palmas desde Teror en casos de sequía u otra calamidad pública, incluso la amenaza de los piratas y la invasión de la langosta berberisca. En la catedral de Santa Ana se reunían el Cristo de la Vera Cruz, patrono de la ciudad, la Virgen del Pino, diversos santos y Nuestra Señora de la Antigua. En una carta del tribunal de la Inquisición a la Suprema, con fecha 10 de septiembre de 1788, se alude al pleito surgido por cuestiones de ceremonial.

“El Tribunal ha creído que este lance, por los alborotos y pandillas que ha causado, tanto entre los canónigos como en el pueblo, necesita de remedio y más por la disonancia que causa la diversidad de cultos a la imagen de Nuestra Señora dentro de una misma iglesia, porque a la del Pino han de incensar, según el nuevo mandato, tres veces y llevar bonete en mano en sus procesiones, y a la de la Antigua solamente dos y bonete puesto.”

No es necesario describir, pues ya lo imagina el lector, esta guerra de bonetes e incensarios que tuvo fin con un decreto del obispo monseñor Antonio de la Plaza —el 15 de julio de 1791— que restituía la igualdad de trato a las imágenes sagradas.

Según el citado documento la Virgen pasaba por San José del Alamo, Santa Brígida, Arucas y San Lorenzo, en este orden, y luego se dirigía a Las Palmas. “Con todo este acompañamiento —curas y patronos de cada lugar— llega la imagen de Nuestra Señora del Pino al castillo del Rey, que está en dicha altura dominando la ciudad. En cuanto le da vista el castillo dispara sucesivamente hasta trece piezas de cañón, y desde el castillo bajan la imagen en hombros los oficiales de primera graduación de Milicias y guarnición de la plaza hasta la ermita de los santos mártires Justo y Pastor (junto al Guiniguada). A la primera pieza de cañón que dispara el castillo echan a vuelo las campanas de la catedral, de todas las capillas y conventos de la ciudad, y sale el Cabildo con la parroquia, todo el clero de la ciudad y comunidades religiosas, que obligan a esto, a recibir la santa imagen en una plazuela que hay ante la ermita de San Justo y Pastor, cuyas imágenes también sacan al recibo de la Virgen. En esta plazuela hay una mesa cubierta de damascos, con sus almohadones al pie, y allí hace el corregidor y regidores diputados obligación ante escribano, al alcalde y pueblo de Teror, de volverles la santa imagen después de la rogativa.”

En fin, ya estaba la Virgen en la ciudad. Y los bonetes e incensarios a la expectativa.



A MI LO QUE ME JERINGA SON LOS ABUSOS, USTED

DON Juan se ha levantado hoy con deseos de dar un paseo al campo. Y como don Juan no tiene coche se va hasta la parada y toma un pirata en dirección al centro de la isla. Ante sus ojos se despliega el cambiante panorama de las montañas, casas y jardines. En Tafira saluda a Panchito, el antiguo mayordomo de la finca familiar; en Santa Brígida aprovecha un breve descanso para estirar las piernas y ver el escaparate de la ferretería; en San Mateo, meta de su excursión, compra un queso tierno y dos kilos de duraznos. Y puesto que don Juan es generoso deja un par de duros de propina. Al poco tiempo nuestro hombre toma otro pirata para el regreso a la ciudad. Al llegar frente al Gabinete don Juan paga al chófer del vehículo y baja. Por dificultades de cambio el chófer-cobrador le ha retenido media peseta de la vuelta, y don Juan le cuenta lo sucedido al primer amigo que le sale al paso.

—A mí lo que me jeringa son los abusos, usted.

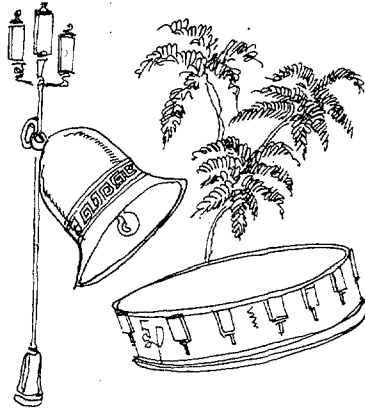
A Lolita, la mecanógrafa, se le pegan las sábanas casi todas las mañanas. Después de un desayuno a pie de cafetera llega a la oficina con veinte minutos de retraso. Y

así un día sí y otro también. Don José es muy comprensivo, pero no puede transigir con los malos ejemplos. Llama a su despacho a Lolita y le dice que cuando desee, por razones de compras u otros asuntos, puede tomarse una mañana completa de vacaciones. No aprueba, en cambio, el retardo por sistema, aunque se trate de diez o cinco minutos.

—A mí lo que me jeringa son los abusos, usted.

Un potaje de berros con gofio es una bendición del cielo. ¿Quién no lo reconoce en nuestro ambiente? En casa de maestro Santiago se presentó un cuñado —con prisas, por mor de las peleas de gallos— un domingo de lluvia y potaje de berros. Doña Juana invitó al hermano a pasar a la cocina y dejó ante él, mientras llegaba el resto de la familia, un caldero de potaje que parecía la presa de Arucas. Doña Juana siguió con el trabajo y nuestro hombre, después de despacharse a su gusto, se fue corriendo para no perderse al giro de cuatro peleas de don Nicolás. Al poco rato toda la familia —los padres y los siete hijos— se encontraban en la mesa, en torno al enorme caldero. Maestro Santiago lo destapó, vio como se clareaba el fondo y se dirigió con aire de enfado a su mujer.

—A mí lo que me jeringa son los abusos, usted.



TRANQUILIDAD Y ATAMBORES

AL filo de un siglo a otro, del XVIII al XIX, la ciudad parecía un remanso de paz entre el clamor de guerras lejanas, de revoluciones que no dejaban títere con cabeza. Y como las noticias llegaban muy de tarde en tarde, a bordo de un velero de lento navegar, ya habían dejado su posible virulencia en la estela de plata que marcaba el rumbo sobre las olas.

Las calles de Vegueta eran la expresión del silencio; apenas el rumor de unos pasos o el tañido de una campana; a veces una carreta o el coche del señor obispo, pero enseguida el ambiente recuperaba la calma, la serenidad, y el mismo aire hacía de sordina contra el ruido. En el interior de las casas, con sus patios llenos de sol, abiertos al cielo, sólo resonaba el eco de la vida propia, el latir del tiempo que se iba desgranando en pepitas de oro.

Como es natural existían excepciones a esta regla general del silencio. En la Recova, junto al Guiniguada, las mujeres formaban grupos y charlaban en voz alta; había disputas y correteos de muchachos. En las lonjas del Reloj o de los Remedios reinaba el bullicio, la algazara pro-

pia de un mercado callejero. No obstante, se trataba de focos aislados. También en las tertulias de Vegueta, al atardecer, se hacía música al amparo de chocolate con picatostes.

Entre los dos extremos, el ruido y el silencio, predominaba el segundo... menos cuando surgía por cualquier esquina un desfile militar.

Dejemos la voz a los canónigos, que a veces habrían de expresar sus quejas en las actas del Cabildo Catedral.

“Habiéndose hecho presente a este Cabildo la incomodidad y perturbación que causa el ruido de los atambores, así a los Señores que se hallan en el altar y coro en el ejercicio de los Divinos Oficios como a los predicadores, verificándose repetidas veces que con el ruido de las caxas y pífanos han parado sus sermones y se han visto obligados a sacar el cartapacio para proseguir; excusándose muchos de admitir sermones en esta Santa Iglesia por no verse en semejantes aflicciones, se acuerda pedir al Gobernador de las Armas que las tropas vayan por otras calles cuando se monte la guardia del presidio.”

En este texto, inédito hasta ahora, se descubre de paso que los predicadores llevaban apuntes en un cartapacio por si perdían el hilo del sermón.

Una lección para los políticos. Siempre, claro está, que no lean de cabo a rabo sus discursos, como hacen los diputados y senadores cuando les fallan las ideas.



ANDRÉS EL RATÓN, NUESTRO AMIGO

LOS nuevos rumbos que ha tomado nuestra ciudad en el caminar de los siglos impide el florecimiento de esos personajes marginados de la vida social —o a veces inmersos en ella— que tan frecuentes fueron en épocas pasadas. Baldomero, Juanito Argumento o Andrés el Ratón, por no citar sino a unos pocos, dieron un sello característico a nuestros ambientes populares. El último, Andrés el Ratón, pertenece ya a la historia. En realidad no pudo sobrevivir a la desaparición del Guiniguada: su memoria, sin embargo, perdura en bronce.

Dentro de la sencillez de su espíritu, de su elemental sentido de la condición humana, Andrés el Ratón fue un hombre bueno y merecedor de la simpatía de sus conciudadanos.

¿Quién no recuerda la efigie de Andrés el Ratón? Un día y otro día, en verano o en invierno, en otoño o en primavera, Andrés hacía acto de presencia por los alrededores del Puente de Palo, con una condecoración en el pecho y los pies —anchos, desparramados— siempre descalzos. Su atuendo, aunque llevara gabán, tenía un vago corte militar, quizá añoranza de los tiempos de re-

cluta en que aún culebreaban los vestigios de las guerras coloniales.

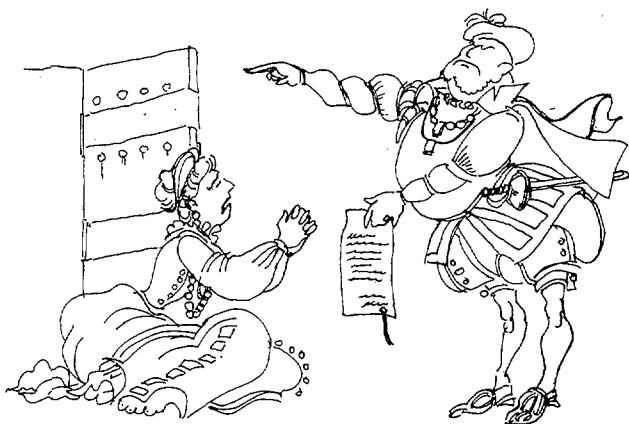
Nuestro hombre, a pesar de su refugio veraniego bajo los puentes del Guinguada, no respondía a la imagen popular del vagabundo o del *clochard* parisiense. Su campo de acción apenas traspasaba un centenar de metros alrededor del café Polo. Además tenía un oficio: buscador de oro. Encontraba el oro en el cauce del Guinguada, entre los guijarros, o en los objetos inservibles que le regalaban los joyeros del principio de la calle Triana.

Cualquier baratija en manos de Andrés se transmutaba en oro a fuerza de frotarla contra la manga o el faldón de su levita, gabán o capote a lo mariscal. (Su segunda profesión: alquimista.) Luego la ponía a la venta bajo el protector lema que santificaba su picaresca de arte menor.

—Aquí no se engaña a nadie, caballeros. Quien quiera picar que pique.

Andrés el Ratón, amigo de todos, sigue viviendo en el bronce de su estatua. En muchas ocasiones compartió su café con leche matinal con otro pobre aún más pobre. Y a nadie —obispo, alcalde o simple ciudadano— le negó su sonriente saludo.

Andrés se ganó a pulso un entorchado de honor: Gran Mariscal de la Orden del Guinguada.



CARTA DE PERDON

EN los anaqueles del Archivo Provincial se alinean unos legajos forrados en pergamino que contienen sugerentes pormenores de la vida de antaño. Se trata de los protocolos de Cristóbal de San Clemente, Hernando de Padilla y otros escribanos que desde la fundación de la ciudad dejaron constancia de múltiples aspectos del ambiente comunitario, a través de contratos, reconocimientos de deudas, testamentos, cartas de perdón y demás documentos suscritos por toda clase de gente, vecinos o estantes en la isla. Un singular muestrario de los afanes cotidianos.

Veamos una ficha correspondiente al escribano Hernando de Padilla (legajo 749, folios, 79 v. y 80 r.), con fecha 21 de junio de 1535.

CARTA DE PERDON

Juan Quintero, vecino de la isla, otorga a su mujer Isabel Díaz carta de perdón por los adulterios cometidos y se compromete a no querellarse contra ella ni civil ni criminalmente.

Testigos: Francisco de Vitoria, Cristóbal de Merlo,

Francisco Pérez de Vitoria, Pedriálvares y Juan de Contreras.

Un documento curioso, desde luego, y que revela que ya entonces existían maneras de precaverse contra las leyes protectoras de la moral. ¿Qué dirán las feministas de ahora, al alcanzar la despenalización del adulterio por vía parlamentaria? La historia es una fuente de sorpresas, caballeros.

También llama la atención el nombre de los testigos: un Francisco de Vitoria, como el coetáneo teólogo y jurista español (1486-1546); un Francisco Pérez de Vitoria, como el catedrático de la Universidad de Barcelona, y un Juan de Contreras, como el marqués de Lozoya. La Carta de Perdón parece convocar un mágico aquelarre de figuras ilustres, de ayer y hoy.

En el mismo legajo a que hemos aludido, del escribano Hernando de Padilla, saltan a menudo las personas y los hechos de 1535 revestidos de fuerza evocadora.

Juan Cortés, candelero, vecino de la isla, mayordomo de la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios...

Una orden para depositar cargas de leña "en la Calata de los Barcos, en la calle Triana"...

Pedriáñez, orchillero, vecino de la isla, otorga poder a...

En fin, la ciudad y los entresijos de la pequeña historia.



AGUA Y VIENTO

EL sol brilla en el cielo. Ni una nube. El aire parece dormido.

Todo es relativo en este mundo; el isleño añora el *mal tiempo*, que aquí se considera bueno, y en especial el regalo de la lluvia sobre los campos.

¡La lluvia! El campesino mira al cielo mientras reza a la Virgen del Pino por si le quisiera traer un agua serena y en la medida de lo posible sujeta al ritmo periódico de las dulas.

Porque no siempre ocurre así, y la estela de viejos temporales —con su turbión de desgracias— recorre las páginas de nuestra historia.

Vayan algunas precisiones sobre el tema.

Un gran aluvión se llevó en 1615 el puente de sillería que unía los dos barrios principales de la ciudad. Resultaron inundadas, entre otras, las calles de la Herrería y de los Remedios.

La tormenta que en 1645 hundió ochenta casas de Garachico repercutió en nuestra isla. Los pescadores de San Cristóbal perdieron las barcas varadas a más de veinte metros de la orilla, en alto.

El llamado “Temporal de Reyes”, del 6 de enero de 1766, se desató con inusitada furia sobre Vegueta y Triana. Las aguas del Guiniguada alcanzaron los dinteles de puertas y ventanas en las casas terreras.

El 25 de marzo de 1791 otro aluvión que fue conocido por “Temporal de la Encarnación”: sus estragos se hicieron sentir principalmente en los barrios de San Nicolás y San Francisco y la zona del Terrero y Pambaso.

Una de las mayores tormentas que se recuerdan, la del 6 y 7 de noviembre de 1826, asoló toda la isla y los barrancos se llevaron tierras, ganados y casas. La ciudad quedó anegada bajo las aguas y se hundieron muchos edificios, aparte grandes daños en la Recoba vieja y el convento de San Agustín.

Sería demasiado prolijo el recuento de las tempestades del siglo XIX —hagamos una excepción con el “Temporal de San Andrés”, del 30 de noviembre de 1834, y la tormenta del 18 y 19 de diciembre de 1851—, pero el siglo siguiente no le ha ido a la zaga en ventarrones y marejadas, rayos y barranqueras. Un repaso a la prensa de esta época sería aleccionador para los desmemoriados.

—Que llueva sí, pero menos —dijo don Bartolo, el párroco de Tafira, después de un temporal que se llevó la campana de la iglesia.



AQUI, DON MIGUEL

ALLA por el año 1910 pasó una pequeña temporada en nuestra ciudad don Miguel de Unamuno. Había llegado en pleno verano y se alojaba en el hotel Continental, en una habitación que daba a un jardín con cactus y un gigantesco laurel de Indias.

En compañía de sus amigos recorría las calles y plazas o asistía a las tertulias de la prima noche en Vegueta. Luis y Agustín Millares, Alonso Quesada, Domingo Dorreste, Manuel Macías Casanova le mostraban la isla y la ciudad. Al año siguiente, desde Salamanca, escribiría a Alonso Quesada diciéndole que a veces se creía encontrar en camino de la casa de Luis Millares y del patio, al pie de las enredaderas. “Ahí —decía don Miguel—, en esa ciudad de Las Palmas, dejé algo que vale tanto o más que amistades y afectos, dejé costumbres.”

El pretexto para el viaje fue la presentación de unos juegos florales celebrados en el Teatro Pérez Galdós, pero las verdades más hondas las reservó para un mitin republicano, emparedado entre Guerra del Río y Franchy y Roca, que tuvo lugar el 6 de julio de 1910 en el viejo barracón de madera del Circo Cuyás. He aquí algunos

fragmentos del discurso, recogido por el periódico **La Mañana**, que don Miguel pronunció ante la enfervorizada multitud que llenaba el local.

“¡Patria! Está ese mismo concepto de patria en dos ideas opuestas, contrarias, localismo, universalismo. El hombre oscila entre el amor al campanario de su pequeña aldea y su amor al espacio, al universo. Un poeta hijo de esta tierra, conocido no como poeta, ha dicho que su patria es un almendro...”

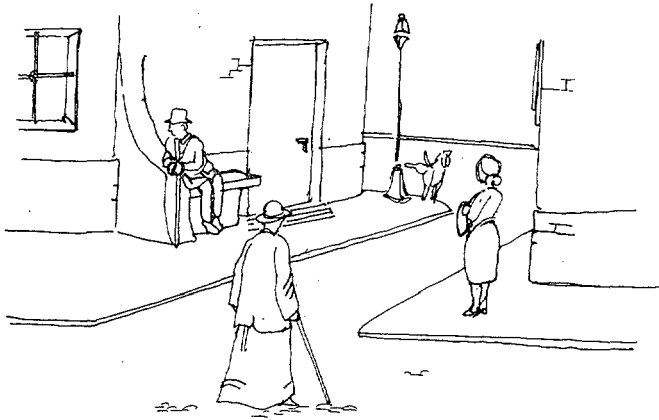
(Se refería a don Nicolás Estévanez y a su célebre poema.

“Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra...”)

Y seguía don Miguel: “Yo creo que vuestro problema no se soluciona ni con la división ni con la autonomía. Creo sin embargo que tenéis un problema. ¿Cuál?... El del aislamiento. Vivís aislados y aislándoos... Vivís cerrados frente a todos los pueblos. El mar que os abre horizontes de prosperidad y riqueza, os cierra los horizontes del espíritu y del alma... Tenéis que hacer ciudad, civilizar el campo que os rodea. Tenéis que hacer la conciencia canaria.”

Esas fueron las palabras de don Miguel de Unamuno a su paso por la isla. Añadió que no pretendía dar soluciones, sino alborotar el cotarro para que los canarios pensaran en su destino.

Y aquí estamos, amigos, lejos ya de 1910 y de don Miguel. Los problemas siguen planteados.



DEJENSE IR AL GOLPITO, CABALLEROS

A veces nos quedan en la memoria retazos de lecturas o conversaciones cuyo origen no podemos precisar. ¿Rosenblat? ¿Bally? Quizá no importe tanto el autor como la verdad de sus palabras: “El lenguaje no está al servicio de la lógica ni de la literatura, sino de la vida...” Aquí, en nuestro rincón atlántico, el habla es un producto del aislamiento, de los solajeros, de la manera de ser y pensar.

—Bartolito no sirve para diputado; es un fachento.

Y el último vocablo lo dice todo: engreimiento, presunción, vanidad.

Un rumor de máquina de la china, de hacer y deshacer en el trasiego cotidiano, con disgustos y sinsabores.

—Jesús, niña, cuánta traquina para conseguir el subsidio, y total nada.

La traquina, sin embargo, anima el trasfondo conflictivo de la existencia.

Y ¿a quién le sobra el tiempo para desperdiciarlo en largas y sosegadas visitas? Han variado las costumbres. Afuera, en la calle, nos esperan el coche y las preocupaciones.

—Perdón, sólo dos palabras. Vengo a echar un sahumero...

Los isleños se entienden entre sí sin demasiadas explicaciones: Juanito es un arrancín, que equivale a un pobre diablo; doña Fefa quedó asmada al enterarse del precio de los tollos; don Miguel permanece asorimbado mientras contempla a Pinito, dulce y remenienta, paseando por la oficina.

Y ¿qué es la vida? Apenas el furrungueo de una guitarra o el engodo para empenicarse hacia las estrellas, con el correspondiente talegazo. La felicidad sólo llega de raspafilón, si llega. Todo se pierde en el rebumbio.

Las palabras al servicio de la vida, por encima de la lógica y de la literatura. Un diccionario se convierte en un cementerio cuando los vocablos caen en desuso por falta de amor a la tierra.

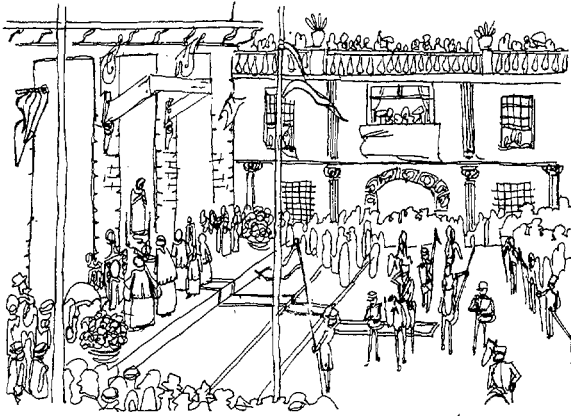
El isleño conserva su personalidad a través de los siglos y le sigue la variada, sin hacerle demasiado caso, al tiempo veletero e innovador.

¿Por qué precipitarse?

Las aguas volverán a su cauce, amigos. Tras la tormenta vendrá la calma.

Y no desoigan, por favor, la voz de la prudencia.

—Déjense ir al golpito, caballeros.



SEMANA SANTA

NUESTRA Semana Santa nunca tuvo demasiado relumbrón de fiesta sacra ni ese aparato de cofradías con capirote del folklore nacional de la muerte. Fue, eso sí, una Semana Santa apañadita, casi íntima, que la gente se *gozaba* desde dentro, metida en la procesión y no contemplándola como un espectáculo.

(Según cuentan los cronistas de la mitad del siglo anterior nuestros abuelos dulcificaban la cuaresma con jícaras de chocolate y ciruelas en almíbar. Cuando llegaba la Semana Santa las damas y caballeros asistían a las procesiones con sus mejores galas, como un prelude de los “corrillos de amena tertulia” en plazas y paseos, hasta la ceremonia final del Sábado de Gloria en el recinto de la catedral con un diluvio de aeluyas que caían desde el cimborio para regocijo de la multitud al recogerlas.)

Ya en tiempos de nuestra niñez, la época de los trompos y cometas, la gente había adquirido consciencia de la Semana Santa, viviéndola con cierta humilde compostura. Las cofradías del siglo XVII habían desaparecido, y su cortejo de plañideras y penitentes, y el pueblo se identificaba con las procesiones como parte integrante

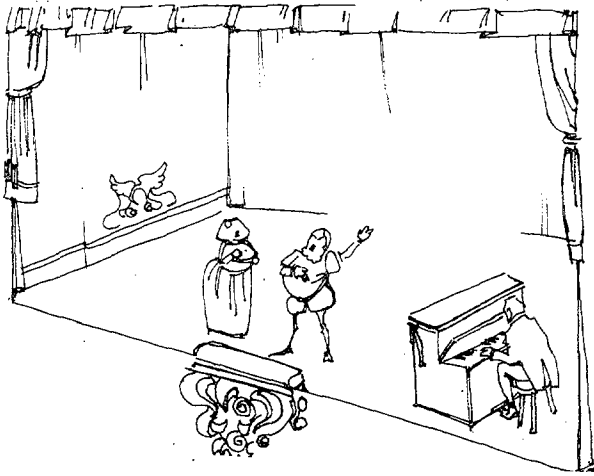
de su liturgia. Mucha gente llegaba del interior, de los más apartados rincones de la geografía insular: los trajes de color alegre de las campesinas y la severa vestimenta de los hombres, con la clásica cachorra negra, eran un obligado y entrañable tributo a la tradición.

La procesión de los palmones y palmitas, con un Jesús de merengue olotino sobre la burra, abría desde la ermita de San Telmo la Semana Santa isleña. Luego venían las imágenes de Luján; los floridos sermones del canónigo Azofra; el *Encuentro* en la plaza de Santa Ana, entre motetes y nubes de incienso; el paseo nocturno de la Virgen de la Soledad a la luz de las bengalas. Y surgía, por último, el Sábado de Gloria.

El Sábado de Gloria era una fiesta para la chiquillería de la ciudad. A media mañana —como una gran explosión— sonaban al unísono las campanas de la catedral y de las iglesias, las bocinas de los coches y las sirenas de los barcos. Y llegaba el momento esperado: un tranvía, después del largo silencio de la Pasión, pasaba por la calle Triana haciendo estallar los triquitraques que los chicos habían colocado en los raíles.

Así terminaba la Semana Santa, y los campesinos volvían a sus tierras y sus trabajos.

Y hasta el año próximo.



CAVALLERIA RUSTICANA

LOS caballeros y damas de nuestra sociedad, hacia principios de siglo, sentían debilidad por la ópera y especialmente por *Cavalleria rusticana* de Prieto Mascagni. Quizá fuera la exaltación de la hidalguía campestre, quizá el vigor de su expresión dramática, quizá la simple brevedad del libreto de Verga, lo cierto es que nadie imaginaba una programación sin la obra del maestro de Livorno. Pero... había otras óperas.

Al puerto de La Luz llegó el Tomasso di Savoia con un cargamento de cantantes y atrezzo operístico, de paso para Buenos Aires. Al punto se organizó una velada en el Gabinete Literario, a las cinco de la tarde, con la participación de los artistas viajeros: Gabriela Bezanzone, Ofelia Nieto, Hipólito Lázaro, Walther Kirchoff, Della Rizza.

“En los anales artísticos —decía *La Provincia* al día siguiente— de la ciudad de Las Palmas, plétóricos de hechos extraordinarios y de efemérides, se ha señalado con letras de oro la fecha del 3 de mayo de 1922.”

Y ¿qué había ocurrido? La actuación de los cantantes fue sensacional. Gabriela Bezanzone se lució en “A

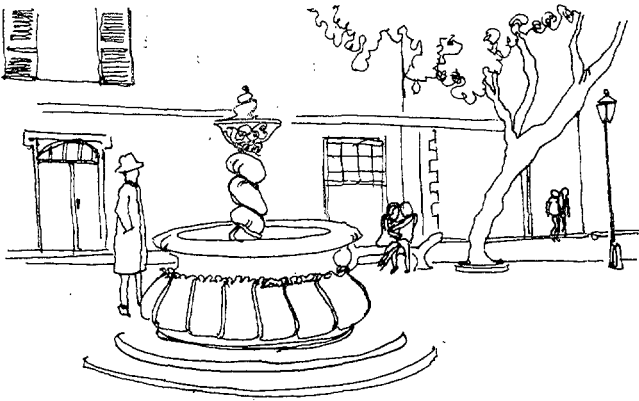
te questo rosario”, de *La Gioconda*. Kirchoff, acompañado al piano por el maestro Winnetgarnez, cantó la canción de primavera de *Las Valkirias*. Luego surgió el “Visi d’arte” por Ofelia Nieto y un vibrante “Adiós a la vida”, de *Tosca*, por Hipólito Lázaro.

Las ovaciones se sucedían, y todo parecía acabar allí. ¿Y *Cavalleria rusticana*?

“Por invitación de la Junta del Gabinete —explicaba la crónica periodística— los artistas pasaron al salón de lectura, donde se había dispuesto un exquisito buffet, y cuando todos habían creído que habían terminado las emociones de tan inolvidable tarde, descubrióse al insigne Prieto Mascagni, quien correspondiendo a la ovación estruendosa que se le tributó, dirigióse al salón y sentándose al piano, acompañado de Gabriela Bezanconi, cantó la ópera *Cavalleria rusticana*...”

Fue una jornada memorable, apasionante, con otro aditamento fuera de serie: un dúo de la soprano Della Rizza y el tenor Lázaro —y al piano el maestro Mascagni— de la nueva obra *Il piccolo Marat*, “recién estrenada en Italia y aún no cantada en España”.

A poco salía el *Savoia* del puerto de La Luz. Los artistas se iban con la música a otra parte.



VÍCTOR APRENDE LA "A"

LA bibliografía humana registra a veces ejemplares únicos, irrepetibles, y tan breve edición pasa a la historia como un reflejo de la inagotable fuente creadora. Víctor Doreste fue así: un milagro de originalidad, de independencia, de insularidad. Y al ingenio peregrino —el texto— se unía una encuadernación de extraña vitola, con perfil de milano y un aura de mago en ejercicio.

Entre los variopintos quehaceres de Víctor en su deambular por el mundo —música, literatura, pintura, simple bohemia— descolló siempre otra profesión: el amor a la tierra canaria. Nunca le abandonó ese pálpito de las cosas del país, en nuestra ciudad o fuera de ella. En sus *Narraciones canarias*, con los recuerdos de niñez y juventud, se mezcla la nota sentimental en torno a la plaza de Santo Domingo y el barrio de Vegueta, escenario de sus primeras correrías tras un paréntesis en tierras peninsulares. (Fray Lesco, su padre, ejercía la carrera judicial en Salamanca, donde hizo sus estudios y entabló una duradera amistad con Unamuno.)

Víctor Doreste cuenta las pequeñas aventuras escolares en Las Palmas de principios de siglo, en el colegio de

doña Nieves, situado en un costado de la plaza de Santo Domingo. No recuerda lo anterior, antes del viaje a Salamanca —“De aquel período de mi niñez apenas vaga en mi conciencia algún que otro celaje desvaído, que se convierte en humo cuando intento concretarlo...”—, pero nosotros hemos tenido la suerte de descubrir un dietario íntimo de los padres de Víctor, donde la madre llevaba la cuenta de los gastos caseros y el padre anotaba las “cosas” de los críos, e incluso la fecha en que Víctor aprendió la A con las monjitas de San Lázaro, en un parvulario a donde asistían los pequeñines de la vecindad.

Don Domingo Doreste, Fray Lesco, apuntaba el 28 de febrero de 1905 en el dietario de su esposa: “Tanto Manolo como Víctor van ahora al asilo de San Lázaro, de nueve a doce de la mañana y luego vuelven a las tres de la tarde. Manolo ha aprendido ya unas cuantas letras, salteadas. Algunos días viene muy contento, pues las hermanas, tan sólo por hacérselo creer, le nombran monitor (!) y le dejan llevar una bandera. Vitito sabe la A. Manolo ha aprendido a persignarse. Todavía no sabe el *Bendito* de corrido. Víctor sabe tanto de éste como su hermano. En cuanto a persignarse, hace unas rúbricas y un embrollo muy gracioso. Uno y otro repiten en casa fragmentos de cantos de escuela, que nos hacen reír por lo embarullados.”

He aquí un relato de auténtico sabor humano y que completa los rasgos infantiles olvidados por el propio protagonista. Por su parte, doña Paz Grande, la madre, anotaba meses después: “Viaje en tartana al Puerto, para ir a recibir a Domingo (volvía de Guadalajara), 4 pesetas.”



PANCHITA

¿QUIEN gana en gracia y hermosura a las chicas del Risco? Ahí está Panchita —trigueña, ojos claros, el corazón alegre— que sube por los empinados vericuetos de San Nicolás. Ya se han encendido las luces allá abajo, en Triana; Panchita pasa junto a las tertulias, a la cabra de maestro Pepe, a los muchachos que juegan a la siete y media. “—Adiós, Panchita.” Es una tarde fresca, con vago aroma de geranios y tuberosas. “— ¡Guapa!” La brisa se enreda en la cintura, en los pensamientos. “—Hasta luego; ya te veré en el baile del Polonia.” Ella vuelve del trabajo —unos grandes almacenes del centro— tan pimpante como la primavera: un sueño de simpatía, de cordial entusiasmo, de alegría de vivir.

Y ¿cómo no? La gente de San Nicolás quiere a la muchacha como cosa suya, como algo que pertenece y representa al barrio en el resto de la ciudad.

—Hola, Panchita —saluda doña Soledad—, ¿quieres tomarte un refresco? Pasa, mujer; todos están viendo la tele. Yo salí porque no me gustan las películas de bandidos.

—Gracias, señora, pero me voy corriendo; tengo un compromiso para esta noche. Mañana vendré a pasar un ratito con ustedes.

El corazón de Panchita está en su barrio: sea de día o de noche, ella piensa en su gente, en sus amigos, en aquellas casas colgadas de las nubes.

Y pasa el tiempo. Panchita sigue su vida normal: la tienda, los paseos al campo, la pandilla de chicos y chicas, los bailes, las conversaciones con la gente del barrio. Un día, sin saber por qué, siente unos mareos, se desmaya.

Todo ocurrió como en un sueño, desde el embarazo y las palabras de consuelo hasta el nacimiento del crío. Nadie, ni siquiera sus propios padres, tuvieron valor para recriminar —por la *falta*— a Panchita.

El juzgado parecía una cueva —sombras, legajos, aire de misterio— y Panchita preguntó dónde podía registrar al niño. Le señalaron a un funcionario, viejo y con gafas de media luna.

—¿Nombre del niño?

Se decidió por José María que le parecía muy bonito.

—¿Nombre de la madre?

Panchita dio el suyo.

—¿Nombre del padre?

Preguntó si eran necesarios tantos requilorios. El anciano funcionario le contestó distraído que sí, pues para eso estaban las casillas en blanco, y mantuvo la pluma en el aire. Panchita se quedó pensativa.

—Pues mire usted, caballero; si no hay más remedio, ponga usted la verdad: unos muchachos de San Nicolás.



LUCHA CANARIA

LOS contendientes salen al terrero y se colocan frente a frente; luego se llevan la mano al calzón, se colocan en posición de lucha y pasan la otra mano a la espalda, y a la voz de ¡estamos! comienza el forcejeo en busca del triunfo.

La lucha canaria ha tenido muchos altibajos a lo largo del tiempo, pero su importancia radica precisamente en su talante histórico. Los aborígenes canarios practicaban la lucha como un juego o deporte antes de llegar los conquistadores a la isla. Y no sólo en Gran Canaria sino también en el resto del archipiélago.

El médico y poeta lagunero Antonio de Viana, que publicó en 1604 sus *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, describe una luchada de los primitivos isleños enmarcada por cantos y danzas pastoriles.

“Estaba de Bencomo el real alcázar
enramado de yerbas olorosas,
entreveradas de esmaltadas flores;
ocupado de nobles capitanes,
lleno de luces de encendidos hachos...”

En este escenario se enfrentan los luchadores y hacen temblar la tierra por la fortaleza de sus acometidas. Después de las vueltas y revueltas, zancadillas, enviones y levantadas, uno de ellos queda en pie y al hacerlo

“gana debido lauro y premio justo”.

La fiesta acaba con nuevas danzas y la participación en el jolgorio de todo el pueblo guanche.

Pasados varios siglos la lucha canaria se mantiene en el fervor de las gentes, sobre todo en las pequeñas comunidades del interior.

“La lucha canaria tiene
tres maneras de pechada:
mano arriba, mano abajo
y cango con revoliada.”

Esta copla popular refleja la síntesis del deporte vernáculo, con la primacía del geito sobre la potencia física. El cango y la revolera pueden dar en tierra con un gigante; la mano abajo ha vencido a la mano arriba, otra forma de la victoria contra la fuerza bruta.

La gente no olvida las antiguas luchadas en el Potrero, al final de la calle de los Balcones. Allí se celebró el desafío de Matías Jiménez y Sebastián Jiménez, de Agüimes, en 1875. Y en la plaza de la Feria tuvo lugar otra gran luchada en presencia del general Serrano y los demás deportados de Narváez, participantes luego en la revolución de septiembre de 1868. Y había luchas en el Guiniguada, en la plaza de Santa Ana, en el circo Cuyás. Y se recuerdan los nombres de los grandes luchadores: Juan Castro, Ramón Méndez, Mamerto Pérez, Herrera el Gato, Mandarria, Justo Mesa...

Al terrero, amigos, y cuidado con las pardeleras.



CUENTOS DE ANTAÑO

EN otra época había innumerables tertulias por todos los rincones de la ciudad: las plazas, las esquinas, los patios y zaguanes de las casas. A la gente le gustaba hablar —entonces no había radio ni televisión—, y cualquier suceso servía de pretexto para el comentario. Lo mismo salían a relucir los cuentos de doña Teodomira que las historias de la División o las cartas de don Fernando. La cuestión era charlar, y las *víctimas* caían por turno.

Doña Teodomira Martínez de Escobar había regresado de una temporada en su finca de La Guirra, en Telde. Sale de compras a Triana. Durante su ausencia llega de visita una señora, que la criada hace pasar al salón. Mientras espera la señora advierte el polvo sobre una consola y escribe con el dedo “cochina”. Va a borrar el rótulo cuando aparece de nuevo la criada y aprovecha la ocasión para despedirse. Ya volverá otro día.

A la semana siguiente se encuentran en la calle las dos amigas. Después de saludarse amablemente, doña Teodomira pregunta:

—¿Tú estuviste en mi casa, verdad?

—Sí, te estuve esperando un rato. No sabía que tu criada me conocía.

—No, no te conoce.

—Entonces, ¿cómo supiste que era yo?

—Muy sencillo. Vi tu tarjeta de visita sobre la consola.

La historia corrió por las tertulias, como aquella otra de su sorpresa al encontrarse al marido abrazado a la cocinera.

—Bien —dijo doña Teodomira—, ¿cuál de los dos se va *pa* La Bana?

Por la misma época hubo otro acontecimiento que mereció el pase a las tertulias. Sus protagonistas fueron don Francisco González —el caricaturista de la actualidad desde la librería *High Life*— y un canónigo con fama de buen orador e inmejorable criador de loros.

El canónigo había prestado un loro al artista, pero éste tuvo un apuro y transformó el ave en dinero. La escena se desarrolló en la plaza de Santa Ana durante un encuentro casual.

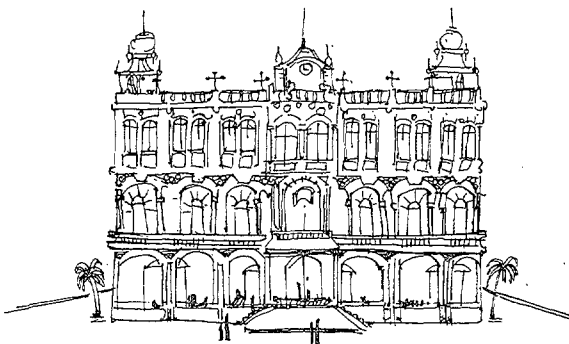
—Oye —dijo el canónigo—; ya es hora de que me devuelvas el loro.

—Lo siento, pero se me escapó.

—¿Cómo? ¿Se te escapó? Entonces devuélveme la jaula.

Don Francisco, muy serio, puso el punto final.

—Es que voló con jaula y todo.



Y DESPUES, LA VIDA

LA Alameda y los laureles, el Gabinete Literario, la fuente de Cairasco, San Francisco y su espadaña... He ahí uno de los rincones más nobles de la ciudad.

Ya el caserío había cruzado el barranco, camino de nuevos horizontes. Triana crecía en dirección al norte, hasta el límite de San Bernardo, y luego se desbordaría por la llanura y la costa y llegaría a la Isleta.

1851: Tras la epidemia del cólera la población empieza a recobrar su ritmo anterior, y se supera con nuevos bríos.

El mismo año don Agustín Millares escribió un poema sobre la mortífera epidemia.

“Es el Cólera homicida,
ángel exterminador,
que enviara el Criador
para envenenar la vida
con su aliento destructor.”

Había que olvidar la tragedia, y la gente volvió a los paseos, a la tertulia, al teatro. Un cronista anónimo des-

cribe el teatro Cairasco, o Coliseo, que ya albergaba en su piso alto el Gabinete Literario.

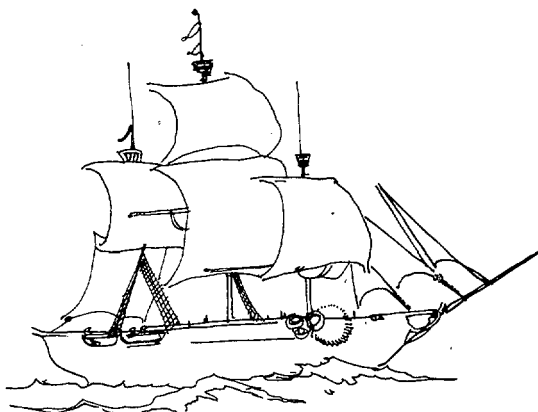
“En el escenario de este teatro suelen algunas veces representarse óperas heroicas y bailes históricos o altamente fantásticos, exornados con todo esmero y pompa.”

El cronista, quizá estudiante del Seminario, habla también del “Salón de Literatura”, con los retratos de don Bartolomé Cairasco de Figueroa y el escultor Luján Pérez (“por él fueron echas las imágenes que se hallan adornando el simborio de la Santa Iglesia Catedral”), y de las dependencias de la planta baja: “en el inferior está el café, pieza muy bien amueblada y con bastante aseo, dos billares y la entrada al teatro”.

Ha pasado más de un siglo desde que fueran trazadas esas líneas, llenas de amor por la ciudad, por sus rincones, por sus gentes. El anónimo cronista nos habla de los paseos por la Alameda, y de las muchachas que competían en belleza con azucenas y nardos, y de las noches primaverales mientras la luna recorría su camino de plata sobre los laureles.

“Adiós amores y días dichosos de la Primavera...” Así acaba el cronista su canto a la Alameda, pura nostalgia de ayer y hoy.

Había que volver —manto castaño, bonete de picos, beca azul— a los libros y al latín.



LAS VELAS DESPLEGADAS AL VIENTO

LOS habitantes de la ciudad, como buenos isleños, vivían pendientes de los veleros que llegaban a nuestras costas. Hacia 1861 el censo marítimo constaba de cuatro mil personas matriculadas: pilotos, calafates, pescadores, carpinteros de ribera, marineros. Casi todos los barcos dedicados a la pesca y cabotaje habían salido de los astilleros de Gran Canaria.

Los nombres de los veleros evocan un mundo ya desaparecido; la aventura, el sueño, el misterio del mar surgen al conjuro de unas letras pintadas en el casco de una goleta o un bergantín. Recordemos *La Venus*, *El Victorioso*, *La Sirena grande*, *El poder de Dios* construidos en San Telmo antes de 1819, año en que fue lanzado al mar el bergantín *Gran Canaria* con destino a la pesca del salado en el banco sahariano. Un gigante para la época: 190 toneladas de registro bruto.

Veamos una relación, algo abreviada, de otros buques salidos de nuestros astilleros.

1820, bergantín goleta *Nuestra Señora de la Concepción*, 60 toneladas.

1821, bergantín *Soledad*, 49 toneladas.

1822, bergantín goleta **Esmeralda**, 42 toneladas.

1824, bergantín goleta **Flor de Mayo**, 35 toneladas.

1826, balandra **Fénix**, 15 toneladas.

1833, bergantín goleta **Relámpago**, 32 toneladas.

1834, bergantín goleta **Veracruz**, 33 toneladas.

1836, goleta **Rosario** (conocida por **Ciriilo**), 30 toneladas.

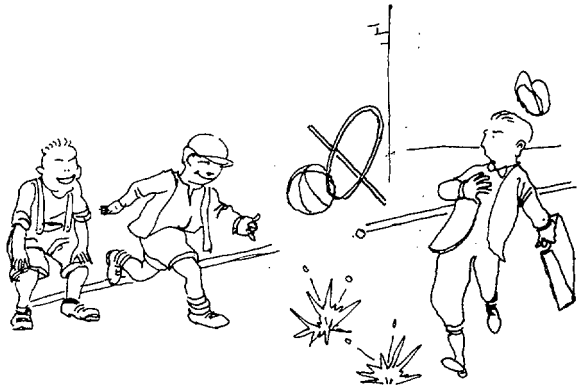
1840, polacra **San Antonio**, 61 toneladas.

En esos veinte años fueron botados muchos más barcos; por ejemplo en la última fecha, 1840, aparte el **San Antonio** o **Diligencia**, pues fue conocido por ambos nombres, hubo otro **San Antonio** —por sobrenombre **Liberal**—, y los bergantines goletas **La Estrella** y **Nuestra Señora de los Remedios**.

La historia de los veleros insulares recoge todo un mundo de fantasía brillante y sugeridor: la **Joven Anita**, **Telémaco**, **La Aventura**, **Virginia**, **El Silbador**, **Nueva Estrella**, **Delfín**, **Hermosa Beatriz**, **Trueno**, **Las Animas**, **La Buenaventura**, **Vencedor**, **La Peregrina**. En 1846 se botó el **María Julia**, de tres mástiles y 300 toneladas de desplazamiento; el record fue batido en 1860 por la fragata **Gran Canaria**, de 523 toneladas. No se delimita la construcción de navíos a los astilleros de San Telmo; el 6 de abril de 1852 se lanzaba al mar en Agaete un bergantín goleta de 70 toneladas, el **San Francisco Benigno**.

¿Quién duda de nuestra vocación marinera?

Frente a la ciudad, ahí cerca, pasaban los barcos con sus velas desplegadas al viento.



SALTAPERICOS

LOS juegos infantiles que estuvieron vigentes hasta hace pocos años han desaparecido del panorama actual y quizá para siempre al perderse la continuidad en las últimas generaciones.

Es difícil ver a los chicos con trompos, boliches o cometas. Ya no se juega a guirgo (escondite) ni a piola. Las diábolos, el aro y los zancos pasaron también a la historia. Y lo mismo ocurrió con el yo-yo y sus variantes. Los niños de ahora, sin duda más despabilados que los de antaño, prefieren entretenerse con la ciencia ficción y los juguetes electrónicos. Y si andan ya a mitad del bachillerato aspiran a conseguir un ligue o a colarse en una *boîte* con música y oscuridad ambientales.

Los chicos de los años veinte se entretenían con los juegos tradicionales en el parque de San Telmo y lugares parecidos. Había zonas —la plaza de Santa Ana, la plaza de Santo Domingo— donde abundaban los patinadores. En los Riscos y barrios altos se sentía predilección por los cometonos y papagayos. En la plazuela de los Patos se jugaba con las frutillas de los ficus y clavos de cabeza cuadrada en simulacro de gallos de pelea, su-

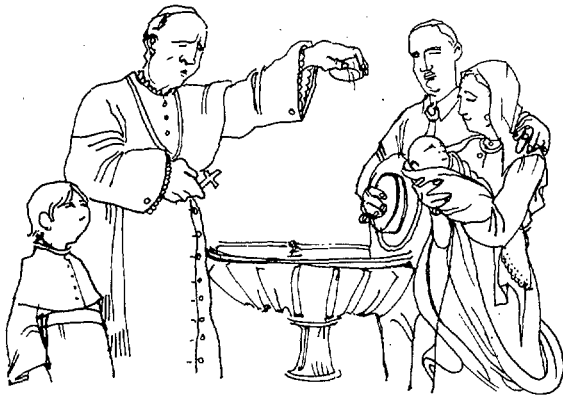
jetos por hilo acarreto, que picoteaban con fiereza al adversario. Estas y análogas diversiones se practicaban en el parque de San Telmo, a orilla del mar. Del apayo al marro, pasando por el tejo, el bate, la piola corrida, el monto-la-burra..., la gama de los juegos era infinita.

También han desaparecido unos modestos juguetes que se podían comprar en el mercado y en las tiendas de barrio. Entre ellos podría citarse una rueda que giraba al apretar una palanquita y lanzaba un surtidor de chispas producido por piedras de encendedor ocultas tras unas ventanillas de celuloide coloreado. Y las carracas, y los saltimbanquis —articulados como los mata-suegras peninsulares—, y las piedras de fuego, y los saltapericos.

Las piedras de fuego saltaban por las aceras detrás de los chicos que iban al colegio, lanzadas por algún mataperro con afanes anticulturales. A cada bote daban estallidos y lanzaban chispas de colores. Y los colegiales corrían asustados.

El hermano menor de las piedras de fuego, el saltaperico, era espectacular pero también podía convertirse en una fiesta del Pino en pequeño por sus brincos de volador desrabanado. Había muchachos capaces de hacerlos estallar entre las dos manos unidas en forma de globo. Aunque a veces se les ocurría lanzarlos bajo las faldas de alguna señora que a prima noche acudía a la iglesia de San Telmo.

Ahora aquellos niños se han convertido en personas mayores y dicen que los críos actuales son más díscolos. Es posible —¿o no?— que tengan razón.



AGUA BENDITA

A los isleños que se persignan al acudir a la catedral de Santa Ana sin duda les gustará conocer los pormenores sobre las pilas de agua bendita que registró en sus papeles un ilustre aficionado a los temas del país: don José María de Zuaznívar y Francia, fiscal de la Real Audiencia de Canarias.

Nos referimos a uno de sus trabajos, **Diario de mis ocupaciones en Telde a fines del año de 1805 y principios de 1806**, que se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. El doctor Millares Carlo lo transcribió como una fuente de conocimiento de Viera por contener la correspondencia Telde-Las Palmas, y viceversa, de Zuaznívar y el arcediano de Fuerteventura.

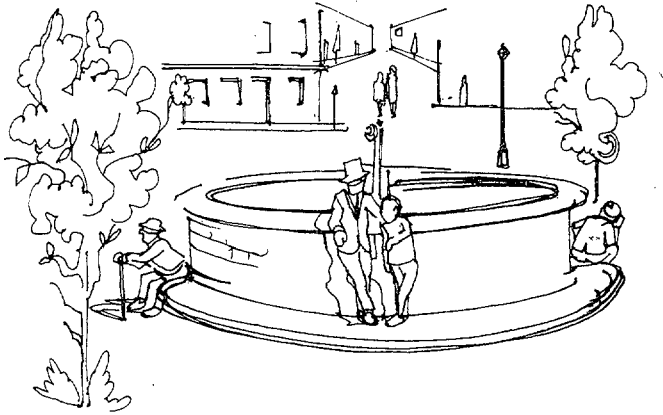
Cuenta el autor del Diario, con fecha 10 de enero de 1806, que según noticias fidedignas de varias personas, y entre ellas el testimonio de don Valentín Hernández de la Cámara, conocido por *el Músico*, las pilas de agua bendita de la catedral e iglesia del Sagrario habían sido talladas en 1711 por “un cojo pedrero”, en mármol procedente de una cantera de Jinámar. Añadía Zuaznívar que

el padre del racionero de la catedral don Vicente Sánchez, según confirmaba su propio hijo, había dado el permiso para la extracción del material de una cantera de su propiedad en dicho término.

En carta a don José Viera y Clavijo el fiscal relata su expedición a un lugar llamado Hornos del Rey, cerca ya del barranco de las Goteras, donde pudo localizar una capa de “espato” o “piedra blanca caliza cristalizada”, además de unas rocas sueltas con vetas amarillas, negras y de otros colores, al parecer dimanadas de las sales disueltas por el agua corriente. “Yo encargué —dice Zuaznávar —que me traxeran en vn burro dos pedruscos tremendos de esta especie”, y unas muestras fueron remitidas a su vez a su amigo y corresponsal de Las Palmas.

La inmediata respuesta del arcediano, con fecha 14 de enero, expresa el agradecimiento por el envío de las piedras y dictamina que aparte las vetas, producidas en efecto por tinturas metálicas, en algunos trozos de la capa principal se advierte el grano y opacidad del mármol, siendo susceptible de pulimento aunque se trata de *espato estrellado* según la nomenclatura de los naturalistas. No deja de consignar, como refrendo de la teoría de su amigo, que “hai tradición de que las pilas del agua bendita de la catedral fueron sacadas de ella”, es decir de la cantera de Jinámar.

La historia está en todas partes. He aquí unos datos, simples pero curiosos, que pueden surgir en la mente del isleño cuando se persigna con agua bendita al acudir a la catedral de Santa Ana.



GUARIN

EN esa rueda giratoria de la vida algunas personas obtienen puestos importantes y luego caen para dar paso a otras que esperan su turno y se encaraman en las alturas. Y así sucesivamente pues el torbellino nunca cesa y la grandeza se vuelve nada y la pequeñez crece de pronto como la espuma. La fama, no obstante, mantiene a ciertos elegidos —años y años— sobre su pedestal: coleccionistas de records o millones, tonadilleras del año pum, académicos que firman con el dedo gordo, toreros, pintores de rayas y pajaritos, poetas. Las veleidades de la gloria o de su más cotizado subproducto, la popularidad, son incomprensibles y poco tienen que ver con una auténtica calidad humana. El sabio no suelê transgredir su modesto escalafón de ciudadano común, atento a la cuesta de fin de mes y a los pasos de peatones. Quizás su sabiduría, o al menos su fuerza, consista en desdeñar los halagos del mundo: nadie, por fortuna, le hace caso.

Y ¿qué es la sabiduría?

Hace ya bastante tiempo conocimos —de lejos por cierto— a Guarín, un exiliado en su propia tierra que se había retirado a vivir entre las ruinas del fuerte de Santa

Isabel. Hasta allí llegaba el ruido del mar, y la brisa. Las olas batían la orilla pedregosa y se desparramaban en un halo de gotitas iridiscentes. Guarín nos observaba —unos colegiales que lanzábamos al aire nuestras cometas— mientras bebía ron y hurgaba con un trozo de pan en una lata de sardinas. Luego miraba al mar, al cielo, a la nada.

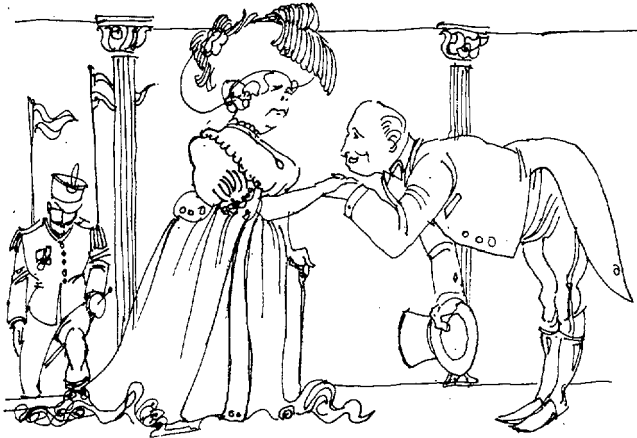
Al construirse el colegio de San Ignacio, en cuya esquina del sureste quedó embebida la fortaleza, Guarín se trasladó a un nuevo refugio hecho con latas y sacos de guano al borde de la playa. Seguía en su papel de vagabundo sedentario, a la entrada de su alcázar, con la eterna botella de ron y su inagotable lata de sardinas —¿o era otra?—, y la ausente mirada en el confín del horizonte.

Nunca nos atrevimos a acercarnos a Guarín, pero presentíamos su brumosa cordialidad de hombre silencioso y dado a la vida contemplativa. Más de una merienda quedó olvidada por voluntad propia, en los veriles que salpicaban la playa junto a los charcos con anémonas de mar y bullones.

Pasó el tiempo y la aventura de las cometas.

Ya no teníamos ocasión de sentir la presencia del Robinsón playero, aunque alguna vez nos pareció vislumbrar su fugaz silueta en las noches de Vegueta, por los alrededores de la catedral o de las tabernas del mercado. Mas ¿quién conoce las andanzas de la sabiduría?

Guarín, sin duda, volvería a su choza de latas y arpillera; a su vida solitaria, a sus sueños perdidos en el mar, en el cielo, en la nada.



LA INFANTA ISABEL

LA llegada de cualquier personaje de calidad —lo que ahora llamaríamos un VIP— se convertía en un acontecimiento para la sociedad de principios de siglo. En el año 1910 recaló por la ciudad la Infanta doña Isabel; las autoridades y la gente se volcaron en múltiples atenciones. Fue alojada en el palacio episcopal, debidamente arreglado para la ocasión, y el Ayuntamiento que había gastado tres mil pesetas en banderas dedicó una cantidad parecida a un banquete en el Salón Dorado.

Véase la nota que pasó el señor Netzer, dueño del Hotel Continental, por los servicios prestados el día de la comida. La factura figura en un expediente conservado en el Archivo Histórico Provincial.

“Grand Canary, 20 de junio de 1910.

Cuenta del banquete en el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas en honor de Su Alteza Real la Infanta doña Isabel de Borbón.

Banquete de 85 cubiertos, 3.000 ptas.

Comidas servidas después del banquete a varios señores y empleados del Excmo. Ayuntamiento, 60 ptas.

Pérdidas

5 cuchillos grandes, 20. 3 cuchillos pequeños, 9;
1 cuchara de postres, 4.

Roturas

7 platos, 47; 58 copas de Jerez, licores y champagne,
58,50; 14 vasos de agua, 10,50; 5 bombillos, 10;
4 espejos, 30.

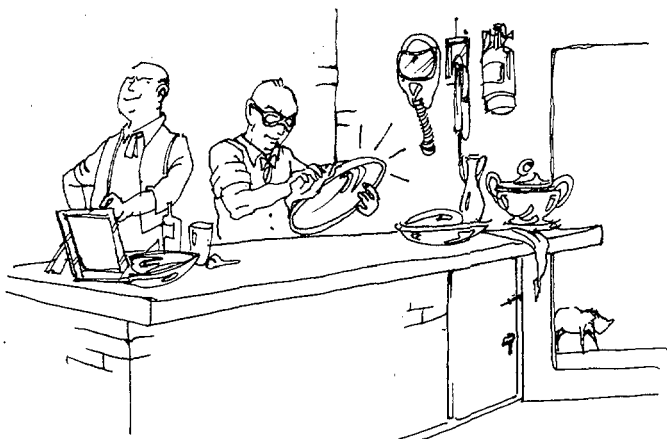
Total, 3.248 ptas.”

La comida debió ser muy animada si nos atenemos al asunto de los platos rotos (que pagó el Ayuntamiento), y las copas convertidas en añicos. Respecto a la pérdida de una cucharilla de postre, a lo mejor se la llevó alguien como recuerdo del real banquete.

La Infanta Isabel, famosa por su cordialidad y simpatía, tuvo tiempo en el intervalo de los actos oficiales para visitar como una turista más las tiendas de los Indios, en Triana. Existe otra factura de Metharam Brothers —pues el alcalde don Felipe Massieu estaba al quite para evitar molestias a la viajera— que revela los gustos de la Infanta: cinco vestidos de seda, una colcha calada, un pañuelo de gasa y diversos abalorios y encajes.

Y un último detalle.

También hubo una cuenta de cigarros puros, pero se supone que no los fumaba la Infanta, digan lo que digan las malas lenguas, sino los caballeros de chaqué y sombrero de copa que formaban su séquito. La vida, de todas maneras, es humo y nada.



LOS PLATEROS

NO es difícil imaginar al platero de otros tiempos mientras trabajaba en su taller. De sus manos salía un anillo, que luego iba a realzar la belleza de una dama; en otra ocasión, el sueño se convertía en una campanilla, un relicario, una flor de filigrana.

Y el tiempo discurría con lentitud.

El arte de la orfebrería contó con grandes maestros en nuestra ciudad; ya en las ordenanzas de Melgarejo, de 1529 a 1531, se decía que quien pretendiese disponer de “tienda de platero no la pueda poner syn ser primeramente examinado, so pena de dos mill maravedís”. Al terminar el siglo XVIII había en Las Palmas cinco maestros y trece oficiales y aprendices.

La catedral de Santa Ana disponía de un platero a sueldo para ocuparse de la conservación y limpieza de los objetos del culto. Según los libros de cuentas del Cabildo Hernán García recibe en 1632 varios reales de plata, a modo de gratificación, por el arreglo “que hizo en los caños del órgano grande quando lo adheraron el maestro de la Capilla y Alonso Ramos”. A un siglo de distancia, en 1769, el también platero Francisco Ansel-

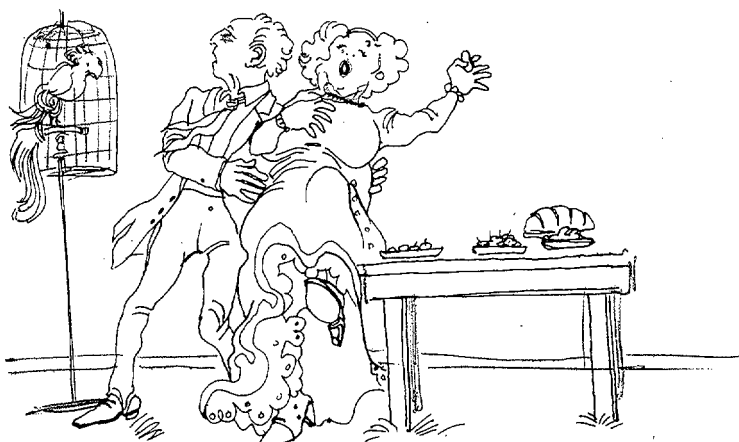
mo Rodríguez vuelve a reparar el órgano y se le gratifica por “una rueda de boquines y chapa de metal para las trompas”.

Y no se trataba de latoneros o amañados de la platería; estos mismos orfebres labraban piezas de oro y plata de gran valor artístico. Su trabajo en la catedral, aparte la seguridad del sueldo, significaba un honor dentro de las categorías gremiales.

Se conservan muchas obras de los orfebres catedralicios. Uno de los últimos, cuando el cargo se había suprimido oficialmente, fue Miguel Macías (1796-1844), autor de varios cálices y la remodelación de los ciriales que ya en 1662 había construido el alférez Alonso de Ayala y Rojas.

Miguel Macías recibe un encargo, hacia 1810, que podríamos juzgar de pintoresco si no hubiera coincido con una epidemia que asoló la isla. La tragedia acechaba desde las sombras.

Una breve nota nos revela el ¿santo? temor de los canónigos. El Cabildo Catedral, en efecto, gratificaba con una cantidad “al maestro Masías por pinsas y punteros largos de plata para la administración del Viático y Santolio en tiempos de epidemia”.



LAS CROQUETAS

DON Manuel, el doctor, tenía una finca en San Lorenzo, dos casas en Fuera la Portada y un hijo —el mayor— que iba para capitán de la marina mercante. La esposa era peninsular, importada por don Manuel al terminar la carrera. Vivían en un ático del parque de Santa Catalina, con vistas a los muelles y la zona alta de la Isleta.

— ¡Hijo! Tu llegada nos hace felices —dijo don Manuel al ver al muchacho, que llevaba un loro al hombro como los antiguos bucaneros. — ¿Y ese bicho?

Manolo se había embarcado como segundo oficial en un carguero de ruta variable, según las necesidades de transporte, y estaba a punto de completar las singladuras exigidas para el examen del grado superior. Siempre volvía con algún objeto exótico: ídolos, colmillos de elefante, caretas, lanzas y escudos.

— Me lo regalaron en un puerto africano. Habla por los codos, pero en *pichinglis*. A ver si los niños le enseñan a expresarse en cristiano. Y sin palabrotas.

Los tres hijos menores de don Manuel —de doce a dieciseis años— eran negados para el estudio, pero unos

auténticos genios en materia de fútbol playero, montar en bicicleta o enseñar picardías a un loro. Enseguida pusieron manos a la obra, aprovechando la ausencia de los padres, y el loro se reveló como un buen alumno. Los galletones hicieron hincapié en una palabra, “frangollo”, que servía de clave para desatar la verborrea del pajarra-co. Aunque no conocieran a Pavlov y su teoría sobre los reflejos condicionados, sí sabían la mejor manera de gastar una broma a doña Lola, la amiga de su madre y vecina del piso de abajo.

El loro disfrutaba de la vida en el balcón de la casa, viendo a los turistas pasear por el parque o silbando al divisar algún guayabo. Al atardecer lo pasaban a la sala de estar pues se había distinguido como admirador del fútbol televisado.

Transcurrieron unos meses y al fin surgió la ocasión de probar la capacidad lingüística del loro. Había llegado el primogénito con su flamante título de capitán y los padres organizaron una fiesta casera para celebrarlo. Allí estaba doña Lola, feliz y oronda, liada con los pastelillos, las croquetas, las aceitunas, las salchichas... Su voracidad era legendaria entre las amistades.

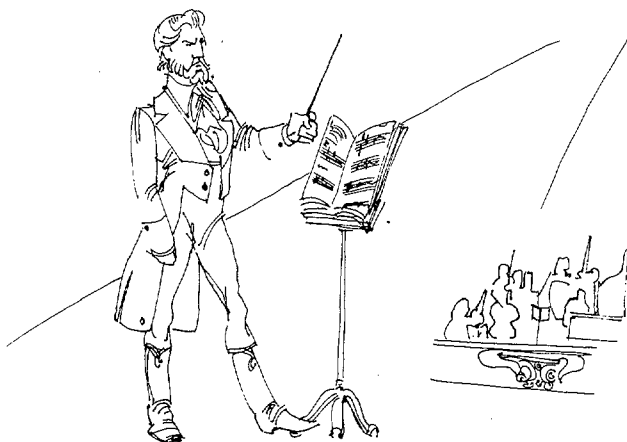
Los muchachos permanecían a la expectativa, impacientes porque doña Lola empezara a hablar. Y al fin lo hizo con su frase predilecta.

—Este mundo es un frangollo.

Los chicos miraron al loro, cuyo estudiado parlamento no se hizo esperar.

—Mire señora, menos frangollo y más respeto, que no ha dejado ni una croqueta...

El patatús de doña Lola fue de campeonato.



TACHAI-KOUSKY

EL mundo está lleno de pequeñas sorpresas.
¿Podrían ustedes descifrar el significado de la siguiente combinación de letras?

TACHAI-KOUSKY

Se trata de un problema sin gran dificultad, equiparable a los temas del primer curso del bachillerato elemental para crucigramistas.

Corría el mes de abril de 1913, en pleno apogeo de las fiestas de San Pedro Mártir, y en el viejo edificio del teatro Pérez Galdós actuaba la compañía de Margarita Xirgu.

De pronto, como resultado de gestiones de última hora llegó a nuestra ciudad la Orquesta Sinfónica de Madrid, al frente de la cual figuraba el maestro Arbós. Después de algunos cabildeos, con idas y venidas de las fuerzas vivas; doña Margarita hubo de suspender la temporada y la primera batuta de España subió al podium para dirigir dos conciertos.

El primero de los recitales se celebró el día 25 de abril de 1913 con asistencia de un numeroso público. En

el programa que se repartió a la entrada, junto a Weber, Bach, Beethoven y Wagner, destacaba un compositor de nombre extraño: Tachai Kousky. De él se iba a interpretar “Francesa de Rímini”, una fantasía sobre motivos de **La Divina Comedia**. En el ambiente se advertía interés y emoción por conocer al creador musical.

Ya el lector habrá adivinado, salvando esos misterios de la grafía eslava, que se trataba del compositor que después conocimos como Tchaikowsky, o algo parecido, según transcribiéramos el nombre directamente del ruso o a través del francés.

Ambos conciertos —el segundo se celebró al día siguiente— fueron un éxito para la Orquesta Sinfónica y su director. La gente se extasió con la brillantez de ejecución y la sonoridad de los instrumentos. En un descanso del primer concierto, según cuentan las crónicas, el señor Estupiñán manifestó su opinión ante un corro de entendidos.

—Para mí, la verdad, ese Kachusqui es un muchacho que promete. Y si no, al tiempo.

La predicción ha resultado confirmada.



TAVIRA, OBISPO

UN manuscrito del Museo Canario, el *Diario Cronológico Histórico* de Isidoro Romero Ceballos, permite la contemplación del panorama insular en un amplio período del siglo XVIII al XIX, tan cargado de hechos menudôs como de sucesos memorables para la historia del país. El cronista —nacido en Caracas— estaba identificado con el ambiente y las costumbres de nuestra ciudad. Véase su relato de la llegada del obispo Tavira Almazán en un pasaje correspondiente al año 1791, preludio de la ventolera jansenista que sacudiría a la intelectualidad isleña de la época.

“El día 30 de noviembre, a la una de la tarde, dio fondo en el puerto de la Luz la fragata de guerra española *La Santa Cecilia* que conducía a su bordo al Ilmo. Señor Obispo, nuevo de estas islas, don Antonio Tavira, el cual fue conducido a esta ciudad según costumbre en medio de la diputación del Ayuntamiento a caballo y de un numeroso acompañamiento de los más nobles y principales de la isla.”

En el relato, henchido de pintoresca ortografía, se recoge también la ceremonia de presentación en la cate-

dral de Santa Ana, bajo palio y con asistencia de ambos Cabildos, aunque el acto resultó deslucido por un temporal de lluvia “que empapó bastante los dos altares y doseles de terciopelo carmesí galoneados”. Los altares estaban situados ante el palacio episcopal y el templo catedralicio. La comitiva, según el texto de este testigo de excepción, aceleró el paso para soslayar la inevitable mojadura.

Aparte las teorías que le hicieron figurar en la *Historia de los Heterodoxos* de Menéndez Pelayo, el obispo Tavira dejó en nuestra isla un buen recuerdo por su decidida aplicación al desarrollo cultural y económico de la sociedad canaria. Su intervención ante Carlos IV retrasó la concesión, en 1792, de la Universidad de La Laguna, pero la suerte ya había sido echada y no consiguió que el Seminario de nuestra ciudad se convirtiera en el centro universitario de las islas. Antes de partir para una nueva diócesis, por aquello de pelillos a la mar, Tavira regaló 147 volúmenes de su biblioteca a la *non nata* institución lagunera.

Durante la francesada el general Thibaut, considerándolo de los suyos, lo llamó “el Fenelón español”. Al menos había que considerar su espíritu abierto y liberal.

Tavira, un obispo de vanguardia.



“SE PUSO CONMIGO”

EL tono del habla local viene dado por el ambiente y la manera de entender la vida. El canario tiene expresiones propias, para andar por casa, y no merece que su heterodoxia de lenguaje sea tachada de desviacionismo. Se trata, simplemente, de formas verbales nacidas al calor de la convivencia, en nuestro propio mundo.

—Juanito crece como un descosido. ¡Fuerte soyajo, usted!

El idioma de un país aporta ideas generales, con contenido abstracto —el bien, la sabiduría, el temor—, pero ha de delegar en el pueblo la creación de expresiones afectivas y vitales. La nación ideará la justicia, pero el pueblo hablará de los picapleitos o acuñará un refrán: quien hizo la ley, hizo la trampa.

Los isleños han añadido perfiles nuevos al habla común de los españoles como resultado de su alejamiento de la meseta. Todo grupo tiene su léxico particular, una forma de decir, un acento. Tras cinco siglos de hablar un idioma, lo extraño sería que no hubiéramos inventado palabras o expresiones de sabor popular.

—Pepito, mira que ha llovido; no te vayas a sorroballar en los charcos.

—Entré en la casa y al ver tanta gente quedé asorimbado.

—Fíjate, niño, y no comas a trangullones.

—A mí, la verdad, me molesta esa gente que todo lo hace al trancazo.

—Está enamorado, usted. Cada vez que ve a Pinito se le ponen los ojos como chernes.

Los vocablos de estirpe isleña saltan por todas partes, en la guagua, el café o cualquier tertulia de esquina. Muchos de ellos van perdiendo vigencia por falta de uso —la gente joven se ha creado su propio vocabulario—, pero la mayoría se resisten a desaparecer de nuestro horizonte vital. Vaya como colofón una frase de los hermanos Millares en su **Léxico de Gran Canaria**, un libro que refleja nuestro espíritu a través del habla popular.

PONERSE CON UNO

Incomodarse, montar en cólera, recibir agriamente al que viene a dar una mala noticia o a cumplir una misión desagradable. Buscar camorra, provocar una disputa.

—Fui con la cuenta a casa de don Bartolomé, y en lugar de pagarme, *se puso conmigo*.



LAS SEÑORAS GORDAS

NO se crea que está a la altura de cualquiera constituirse en señora gorda; la señora llenita tiene sus derechos y obligaciones como cualquier hijo de vecino, pero ha de preocuparse de muchos pormenores que atañen a su personalidad y a su comportamiento en la vida social. Una de las primeras reglas consiste en soslayar el paso por la calle del Cano para no caer en la tentación de las dulcerías, ya que la señora gorda no quiere convertirse en señora gordísima, e ir de compras a Triana que es una gimnasia muy adecuada por el esfuerzo que ha de realizarse para obtener una rebaja en los géneros adquiridos.

—Jesús, hija, ¡qué bien estás! Y ese modelo te va de maravilla.

—Pues el tuyo, niña, parece de Dior. Y como sigas adelgazando te veré con *shorts* dentro de poco.

(Ambas piensan lo mismo de la otra: “Parece una vaca vestida de mamarracho”, y se despiden con mutuas expresiones de afecto.)

Existen varias distracciones aptas para las señoras que han perdido la línea: los canapés de caviar y el jue-

go de bridge. El caviar, como ocurre con la langosta, consume en sí mismo su valor energético durante la digestión sin redondear la silueta. El bridge, juego típico de *gentlemen* británicos y señoras gordas (en especial si se evitan los “nulos”, salsa picante al estilo español), es una manera tan decorosa como otra cualquiera de perder el tiempo, pero con la ventaja de no engordar por el continuo sobresalto ante las reprimendas de los compañeros de juego.

—¿Viste el *Burda*? Trae modelos para señoras llenitas.

—Sí, hija, pero dice mi marido que así se visten las damas prusianas y con bigote. Prefiero ir a una *boutique* a lo que salga.

Existe también la señora gorda de barrio —vamos, la que ustedes y nosotros tratamos—, sin tantos requilorios de Gabinete y fiestas en los hoteles del Sur. Estas señoras sí que entienden la vida y no temen jincarse un sancocho o un buen caldero de papas sancochadas.

—Mira, mi niña —dice doña Nicolasa— para cuatro cochinos días...— Y sigue con su tupidera de potaje con gofio.

Sentimos debilidad, lo confesamos, por esas señoras gordas de San José o Schamann, del Risco o la Isleta, con su afición a los duelos y a los seriales de la tele. Son gente buena, de tierno y fofo corazón, dispuestas a ayudar al prójimo y a llorar con él en sus momentos de tristeza.

—Sí, mi niña, me gocé la misa de corpo sepulto de Mariquita. Y me harté de llorar, usted. Era más santa que el agua bendita. Y ¡fuerte mano tenía para los tollos en salsa!



TRIGEMINO, HONGO

FUE una revolución en nuestra ciudad: hombres, mujeres y niños vivieron ansiosamente aquellos días, pendientes de las curas milagrosas. La novedad había llegado del norte de la Península, concretamente de San Sebastián, donde el doctor Asuero había hecho renacer la técnica china de la acupuntura aplicada a un nervio de la nariz. Bastaba un leve toque del trigémino para que desaparecieran las neuralgias o el lumbago y los cojos pudieran correr como los futbolistas hacia la meta contraria.

Aquí, en la isla, pronto surgieron los imitadores del médico vasco, al amparo de la imaginación más calenturienta que científica de algunos Esculapios del país. Los curanderos, claro está, no les iban a la zaga, y las consultas de unos y otros se llenaban de gente anhelante de obtener una rápida curación de sus dolencias.

Todo el mundo hablaba del trigémino. La novelería en torno a la nueva milagroterapia abarcaba a todos los estamentos y a todas las edades.

—A Pepe el jorobeta le tocaron el trigémino. Se ha quedado más derecho que un pírgano, usted.

—Mira, niño, no molestes; vete a que te toquen el trigémimo.

La fiebre del trigémimo no duró mucho tiempo, quizá menos que la del hongo.

¡El hongo! La masa turbia y viscosa —como una gigantesca aguaviva de tono ámbar— flotaba en un recipiente de cristal en la sala o en el comedor. El ama de casa cuidaba el hongo y lo enseñaba a las visitas.

—Lo cura todo, niñas. Desde el catarro hasta el cáncer.

Los periódicos, igual que en la época del trigémimo, propalaban las noticias de curaciones milagrosas.

“Lima, Perú. El hongo salva la vida de un niño atacado de leucemia.”

La nueva terapéutica no exigía pinchazos en la nariz; era suficiente tomarse una taza del mucilaginoso líquido donde vegetaba el hongo.

Pasó el tiempo. Y nunca más se supo del toque de trigémimo. Ni del hongo.

¿Existen las panaceas para la humanidad doliente? Ya se han ensayado la sangre del drago, el agua aruquense de la Pollina, la acupuntura del nervio nasal, el hongo acuático... Quizá algún día se descubra una droga curalo-todo, pero ¿qué sería entonces de los médicos y boticarios? Las ciencias adelantan que es una barbaridad, pero no conviene pasarse, caballeros.



ESPADAS Y ESPADEROS

LA ciudad tiene una vida rica y compleja que se va realizando al compás del tiempo; la gente, como es natural, desarrolla sus actividades de acuerdo con su aptitud y profesión. Algunos oficios han caído en desuso, barridos por el cambio de las costumbres.

En otra época era común el llevar espada y se dictaron ordenanzas sobre los caballeros y oficiales que podían ir armados por la ciudad o al salir al campo. Y puesto que había espadas, existían los espaderos.

“Jorge Gómez, espadero, vecino de Gran Canaria, nombra por su procurador a Antonio Yáñez, mercader, estante en la isla de la Palma. ausente, para que cobre cuanto le deben en dicha isla de la Palma.”

Estos datos corresponden, resumidos, a un documento que se conserva en el Archivo Histórico Provincial, de fecha 19 de enero de 1535.

Los espaderos de nuestra ciudad tenían sus talleres en la calle de La Herrería. Para dar el temple —su punto de dureza o elasticidad— a los metales utilizaban el agua de lluvia que discurría todo el invierno por el cauce del Guiniguada. En verano traían el agua, a lomo de bestias,

desde los manantiales de Moya y Fontanales. Una bota de agua tomada en el mismo manantial llegaba a costar, a fines del siglo XVI, de treinta a cincuenta maravedises.

El rey Carlos I de España, al alimón con su madre doña Juana, dictó una orden en que por ser nuestra isla "frontera de moros" se permitía a sus vecinos usar espadas y otras armas "yendo e viniendo" a los ingenios de azúcar y sus haciendas. La real cédula tenía fecha del 12 de marzo de 1533.

El uso de armas siempre fue asunto polémico, que perduró a través de los siglos. Véase una constitución, ya en el XVIII, de las **Synodales del obispado de las Canarias**, de Dávila y Cárdenas, como cierre de esta crónica de espadas y espaderos.

"Ningún clérigo de Orden Sacro trayga armas, ni de día ni de noche, ofensivas ni defensivas, pero permitimos pueda llevar una espada de camino; no trayga arcabuz, escopeta, pistola debaxo de ningún color y tenerlas perdidas, y aplicadas a nuestros alguaciles y fiscales, con más de dos días de cárcel irremisibles; y cogiendo de día o de noche al clérigo con hábitos indecentes y armas prohibidas, le llevarán a presencia del Prelado para que determine lo que se ha de hacer."



LAS COMADRES

EN todas partes, y aquí no podían faltar, existen comadres y cuentos de brujas; la comadre isleña conoce al dedillo la vida de la gente y está al tanto de los noviazgos y las fugas a París. La comadre, sobre todo la de Vegueta, lleva un registro —al por menor, casi notarial— de las aventuras ajenas, en especial de las escaramuzas sentimentales. En vano se intentaría escapar al ojo escudriñador de estas Sherlock Holmes femeninas: descubren las noticias pecaminosas en el aire de una falda revoloteante o en la sombra de unas ojeras violetas.

—¿No sabes? Chanita, la mujer de Servando, se entiende con Pepe, el de Soledad.

—No me digas. Ya decía yo...

En las tertulias de prima noche, junto a la palmera del patio, las comadres de Vegueta, cambian entre sí informaciones y planes de campaña.

—Sí, niña, por San Antonio Abad. En la casa de tapadillo. Déjate caer por allí, hacia las siete de la mañana, y verás salir a Chanita con el velo y el libro de misa. ¡Descarada!

Doña Candelaria, la informante, y doña Juana, doña

Lola y doña Pepita, las informadas, asumen la inveterada costumbre de tomar en la cama el chocolate con bizcochos, al filo del mediodía. ¿Cómo pueden conocer o confirmar la aventura de la bella Chanita, la de Servando, con el cojitranco Pepe el de Soledad?

Las comadres de Vegueta tienen un sentido especial para descubrir los güiros, incluso los más ocultos e insospechados. Nada escapa a su taladrante curiosidad.

—La niña de Consuelo estuvo cuatro meses en Monte Coello, y vino más delgada y sin novio. Cinco y cuatro son nueve.

—Don Aureliano, el brigadier, va destinado a Sevilla. Claro, allí vive doña Lupe, la generala.

—El canónigo Rosales compró siete quesos de flor en la tienda de Frasquita. Por algo será.

La tarde se desvanece en los patios de Vegueta; llegan los ecos de la campana mayor de la catedral; hay olor a helechos y madreSelva; un niño llora en la lejanía. Y las comadres siguen hablando en medio de las sombras.

—Niñas, la gente es muy malintencionada. Mira que decir que don José tiene una amiga en el Risco... Un infundio. Su querida es Margarita, de las mejores familias de Arucas, y con una finca de plataneras de veinte fanegadas.



MEDICINA Y “POMO”

LA profesión médica es tan antigua como la propia humanidad y en nuestra ciudad hubo físicos y curanderos desde la época de su fundación. Hay que desecher la afirmación del cronista Domingo J. Navarro en sus **Recuerdos de un Noventón** al referirse a los cirujanos: “... no fueron conocidos en el país hasta el año 1811 en que el doctor Roy fijó en él su residencia.”

Tres siglos antes, en 1518, por citar algún ejemplo, el bachiller Alvaro de Mata cobraba 30 arrobas de azúcar al año por ejercer de médico en nuestra ciudad, con cargo a sus contratantes del Cabildo eclesiástico. Si existían hospitales, ¿cómo habrían de faltar los médicos? Ahora bien, abundaban más los curanderos y sus pintorescos sistemas de tratar las enfermedades.

El médico y alcalde de Las Palmas don Federico León García publicó en el año 1888 (Barcelona, Correo Viejo n° 5) un libro con el título siguiente: **Datos para la estadística médica de la Vega de San Mateo, Canarias**. La prosa de don Federico tenía el encanto de la época.

“Las siete islas, montuosas e inaccesibles para el curioso navegante a quien sólo presentan pesadas moles

y azules cresterías, guardan para el venturoso que las visita sorpresas y encantos inesperados: porque junto al prado lozano, a los verdes sembrados, a los feraces campos enteramente ocultos tras los ángulos y recodos de una garganta, donde pasta el ganado, amarillean las mieses y el labrador trabaja, se alzan sin transición alguna enormes montañas acantiladas, columnas basálticas, atrevidos monolitos y rápidas vertientes de lava ennegrecida.”

Más que los primores literarios de don Federico nos interesan, no obstante, sus noticias sobre las misteriosas enfermedades que sufrían y sufren las gentes del país. ¿Qué significa tener el pomo descompuesto?

“Es el pomo —nos dice don Federico— un órgano inventado por los curanderos, situado en la parte media del vientre, encima del ombligo. Este órgano, fijo en su sitio, puede cambiar de lugar muy fácilmente, sobre todo si hay conmoción moral, y estas diversas dislocaciones son otras tantas enfermedades.” Señala don Federico León que las gastritis, dispepsias, inapetencias y cólicos son achacadas a las desviaciones del pomo, que el curandero corrige con masajes, ungüentos y “varias palabras de reconocida virtud”.

Otras afecciones de índole parecida andan todavía en boca del elemento popular en nuestros barrios. Y para cada una de ellas existe el remedio adecuado. El caldo de chuchangos sirve para los tabardillos; las ajiteras se curan con zumo de apio; nada mejor para la espinita caída que las ventosas secas; y si usted, señora, tiene la madre fuera de sitio, con una fricción de orégano y afrecho quedará como nueva.

Todo es cuestión de fe.



“GUANCHINERFE”

— ¡E H Manuel! Que no pase ese hombre, el del paraguas. La escena ocurre en el **Guanchinerfe**, un velero de panzuda estampa que hace la ruta de las islas orientales.

No obstante entran los portadores de guitarras, de garrafones de vino, de sandías, de un lechón con el rabo en espiral. Ha llovido en Fuerteventura y los nativos no quieren perderse el espectáculo de la pelusa verde sobre las lomas quemadas por un sol de siglos.

¿Por qué se impide embarcar al hombre del paraguas?

El patrón señor José, lleva en las venas la sal de muchas singladuras, por las islas y la Costa, y jamás ha visto limpiar la campana de abordó, ni un marino con chaqueta, ni un paraguas en manos de un pasajero. Además, ¿cuándo volverá a llover en Fuerteventura?

—Mira, Manuel; dile al hombre que deje el paraguas en tierra y que el asunto no va con él sino con los chismes de mala suerte. Por mí puede traer un saco de algarrobas o un carnero de cinco patas. Qué falta de ignorancia, usted. ¡Un paraguas en el **Guanchinerfe**!

Los correíllos interinsulares acabaron con los veleros y sus viajes de cabotaje —algo así como la lucha de los

coches de hora contra los piratas—, pero el espíritu del lobo de mar a la antigua ha llegado hasta los tiempos del radar y la brújula electrónica.

El capitán de la marina mercante don José Nordelo, que acaba de regresar del Canadá y las islas de Saint Pierre y Miquelón, nos dice que en los trasatlánticos continúan con plena validez los viejos tabús: ni paraguas, ni chaquetas (aparte el uniforme), ni campanas brillantes. Un código, además, que se respeta en todo el mundo por la marinería y la oficialidad de los buques, sean balleneros, petroleros o de pasaje.

El nombre de **Guanchinerfe** evoca todo un mundo que ya no existe... Aquel puerto de La Luz —entre la vela y el carbón—, con los barcos que se resistían a abandonar la ruta de los vientos; la época del **Sensat**, del **Diana**, de la **Frasquita**; el penacho de humo del remolcador de Wilson; las lapas de la ensenada del Sanapú; el barquillo, con manteles y pájaros canarios, de los cambulloneros a la caza del viajero aficionado a lo exótico.

¿Hombres de cachorra negra, mujeres de ojos encandilados?

¿Guitarras? ¿Botellas de ron?

El **Guanchinerfe** sale para Fuerteventura.



1816: UN VIAJE EN BURRO

¿QUE valía un viaje en burro de Las Palmas a Telde a principios del siglo XIX? El lector hallará cumplida respuesta a esta pregunta si tiene paciencia para seguir adelante en la lectura de nuestra crónica. Se trata en ella de pintura y maestros pintores.

Existen las cuentas de gastos del pintor don Francisco de Goya cuando realizaba los frescos de la ermita de San Antonio de la Florida en las afueras de Madrid. El artista utilizó “bermellón de la China”, “carmín superfino de Londres” y otros colores de calidad, aparte brochas, esponjas, cántaros y demás utensilios apropiados a su trabajo. Todos los gastos se pormenorizan con cuidado y al final figura el costo diario, ida y vuelta, del coche que llevaba a don Francisco desde su casa a la ermita: 52 reales de vellón. Las cuentas están fechadas en Madrid el 20 de diciembre de 1798.

Volvamos ahora a la isla, en la misma época o poco después. El ambiente artístico estaba centrado en torno a Luján Pérez y sus colaboradores. Nuestro gran escultor había montado su taller en la calle Santa Bárbara, donde luego vivió la pintora Lola Massieu. Por enton-

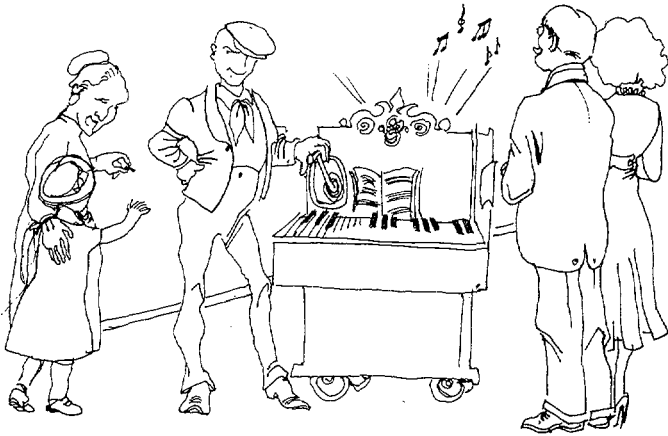
ces dominaba la teoría de que las obras de arquitectura interior y decoración —columnas y sillares, altares y muebles de ricas maderas— necesitaban un acabado de pintura al aceite, con jaspeados y perfiles lineales o motivos floreados. Según la importancia de la tarea, intervenían artistas de fuste o simples pintores de brocha gorda. Véase un documento de la primera parroquia de Telde: “Recibí de don Rafael Ramos, mayordomo de esta fábrica parroquial, la cantidad de treinta pesos y seis reales plata en que fue contratada la pintura de las columnas de la iglesia de San Juan Bautista desta ciudad. Y para que conste”, etc. Así quedaba oculta la cantería y en otras ocasiones se velaban primorosas tallas en tea, caoba o cedro.

Don José Ossavarry, un artista de mérito, pintó y doró muchas de las imágenes de Luján Pérez. También colaboró con el artista guinense en el acabado final de los elementos arquitectónicos diseñados por éste para varios templos de la isla.

Y aquí viene el asunto del viaje en burro.

Don José Ossavarry hubo de trasladarse en 1816 a Telde con objeto de dar el último toque a las gradas del presbiterio, proyectadas por Luján poco antes de su muerte. Véase el correspondiente asiento en las cuentas de fábrica.

“Por 8 reales a un arriero por un burro que condujo al pintor Dn. José Ossabarry para jaspear las gradas del altar mayor.”



LOS ORGANILLOS

¿A dónde fue a parar esa saltarina y vocinglera alegría que los organillos, en época no muy lejana, repar-tían por todos los rincones de la ciudad?

Un barrio cualquiera... Los transeúntes aflojaban el paso; las muchachas se asomaban al balcón; los chicos hacían un corro en torno a la fuente musical, salpicante de mazurcas y pasodobles toreros. Y el organillero, un peninsular de boina y aire soñador, giraba el manubrio —dale que dale— mientras pensaba en sus asuntos o se entretenía en ver pasar las nubes.

Nuestra ciudad era muy pequeña: la música del organillo se metía por las casas y corría por las calles como los voladores del Pino. La gente atendía a su mensaje de bullanguera animación. Y se dejaba llevar por el aire festivo y cordial.

Han pasado los años. Ni por las calles ni en las verbenas —con la excepción de algún fés-tejo del Club Náutico— suena ya el organillo o la pianola, su hermana mayor.

Y si ahora vuelven las tartanas y los cuplés de antaño, y los barquilleros con su gran tambor a cuestras, y las

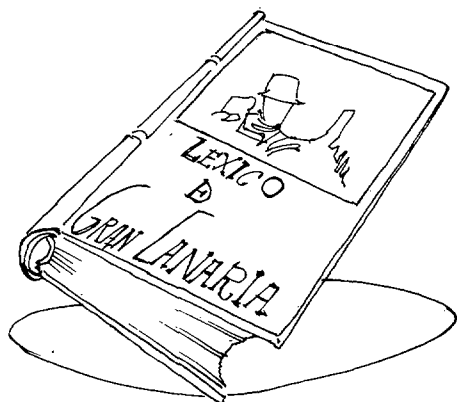
muchachas de pamea y falda corta, ¿qué pasó con los organillos y su saltarín trajinar por los barrios? ¿En qué limbo resonará el eco de “Marcial, eres el más grande” o la habanera con temblor de brisa tropical?

El arte, como la historia, se repite en grandes ciclos; algo parecido ocurre con la rutina social, fluctuante alrededor de unas novedades con raíces en el pasado. Los *hippies* son más viejos que el mundo. Y las drogas. Y el amor a salto de mata.

Cualquier día alguien descubrirá la gracia de *brinca-deira* maderense que puede brotar de un organillo a fuerza de manubrio y paciencia. Y la alegría de vivir que refleja el picoteo de su música en el aire primaveral.

Muchas usanzas han desaparecido de la circulación por trasnochadas o inoperantes; otras, simplemente, porque sí, barridas por ese viento renovador de la historia, la grande y la menuda, con pretensiones de remolino vindicador. La historia, no obstante, sólo ofrece estampas repetidas, y cualquier día surgirá por ahí un peninsular con boina y un organillo restallante de habaneras, mazurcas y pasodobles.

Y al giro del manubrio —dale que dale— aparecerán las muchachas en su balcón.



MANERAS DE HABLAR

EN el habla popular de la isla existe una marcada predilección por unos vocablos en detrimento de otros, sus semejantes o auténticos sinónimos. La figura del tartanero, por ejemplo, aparece siempre unida al rebenque y no al látigo, pese al casticismo de la segunda palabra. El rebenque procede del holandés, *raband*, con raíces germánicas *ra*, *verga*, y *band*, lazo, y se usaba para castigar a los galeotes. ¿Acaso tomaron nuestros tartaneros el rebenque de manos de los corsarios de Van der Does? Las tartanas son cosa de ayer, y venían del Mediterráneo. Y ya no quedan galeotes, ni siquiera convertidos en caballo de tartana.

Allá por los Riscos suena una guitarra bajo la luna.

“Aunque tu padre te dé
el rebenque y la tartana,
yo no me caso contigo
porque no me da la gana.”

En otros casos el habla isleña cambia el sentido de una palabra, la función por el objeto, como ocurre al llamar besos a los labios. Veámos unas cuantas expresiones

citadas en el **Léxico de Gran Canaria** por los hermanos Luis y Agustín Millares Cubas.

“—Tiene unos besos como lebrillos.”

Una muestra de la expresividad isleña. “Dar por los besos.” Suscitar la envidia o el resquemor de otra persona por la posesión de un objeto de valía. Añaden los autores: “En los tiempos áureos de la cochinilla, si un cosechero compraba un reloj de diez onzas, el vecino mandaba a buscar un piano de cola para darle por los besos.”

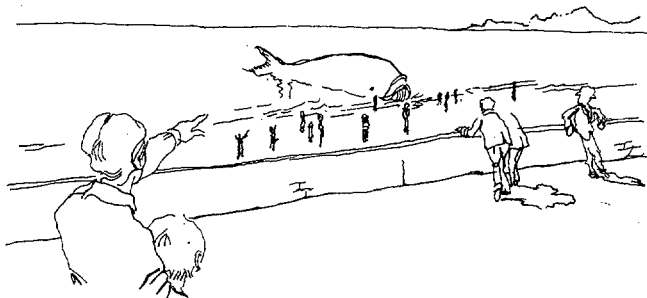
“Tener cogido por el beso.” Igual que el boyero trinca a la res, o el pescador a su presa, se indica así que una persona tiene a otra supeditada a su voluntad.

Esta original denominación de una parte del rostro surge a cada paso en los sainetes de Víctor Doreste y Pancho Guerra. También la usaron Santiago Tejera, el autor de *La hija del Mestre*, y otros escritores de su época.

Y como es natural figura por derecho propio en el folklore de la tierra.

“Para ser un buen canario
hay que comer cherne y gofio
hasta escaldarse los besos
con la pimienta del mojo.”

Sólo se trata de una manera de hablar, amigos. Muchos buenos canarios, por imperativos de la edad, se han visto obligados a retirarse del trabajo... y del sancocho.



LITORAL Y BALLENAS

AL ser la frontera natural de la isla, nada tiene de extraño que la movediza presencia del mar atraiga la mirada de los canarios.

El destino es insoslayable, con un azar de cara y cruz: el aislamiento o el posible escape por las rutas atlánticas.

Nuestra ciudad se mira en el mar y su ribera. Dentro del término municipal, en zona ya urbanizada, existe un barranco de la Ballena. El nombre suena a algo lejano en tiempo y espacio, como el mítico recuerdo de San Borondón. Pero las ballenas estaban allí, frente a la costa, y lanzaban al cielo un surtidor de plata y espuma.

El médico e historiador don Gregorio Chil Naranjo, con motivo del centenario de la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1877, leyó un informe que se refería a las actividades de la entidad a raíz de su fundación.

“Noticiosos de que por las costas del sur de esta isla se veía cruzar gran número de ballenas durante los meses de abril, mayo y junio, y de que además había un sujeto que entendía perfectamente esta clase de pesca, acordó se fijasen carteles ofreciendo un premio al primero que usando del arpón sacase a tierra uno de aque-

llos cetáceos, dejando en su beneficio todo el producto que de él pudiera extraerse. Al efecto costearon los socios dos escogidos arpones; pero aún cuando salió la expedición el 22 de abril de 1778, no tuvo éxito alguno, por la falta de resistencia de las cuerdas, que se rompieron en la pesca.”

Este fracasó no amilanó a la Sociedad Económica ni al “sujeto” cazador de ballenas.

“...Al siguiente año partió de nuevo la expedición provista de buenos aparejos y de todo el material necesario. El éxito fue tan favorable que el marinero Juan Flores, arponeador único, fue nombrado por unanimidad *socio de mérito libre de contribución*, acordándose al mismo tiempo dar parte al Rey por mediación del Excmo. Sr. Conde de Floridablanca del nuevo ramo de riqueza que se presentaba en las Canarias, que bien explotado sería una fuente abundantísima para la prosperidad de las islas.”

Se ha hablado de instalar un parque zoológico y un aquarium en el barranco de la Ballena; la iniciativa, como tantas otras, quedará sin duda en el limbo de las buenas intenciones. Pero caso de realizarse no estaría de más colocar en su recinto una placa dedicada a Juan Flores, nuestro audaz ballenero del siglo XVIII.

(“¿Socio de mérito?”, se diría Juan Flores al conocer el premio a su hazaña. “Ahora voy y me meriendo la ballena”.)



POMPAS DE JABON

AUN relegando la teoría de la relatividad a una modesta posición de provisionalidad, mientras se descubre un cuerpo de doctrina que abarque todas las leyes del universo, algo hemos avanzado en el conocimiento del ámbito espacial y temporal que cobija nuestros sueños. Los resultados, no obstante, son paradójicos y un filósofo como sir James Jeans afirma que nos movemos en una especie de burbuja de jabón. Y añade: “El universo no es el interior de la burbuja sino su superficie, y debemos recordar que mientras la superficie de la burbuja de jabón tiene sólo dos dimensiones, el universo-burbuja tiene cuatro —tres dimensiones para el espacio y una para el tiempo—. Y la sustancia en la que es soplada esta burbuja, la película de jabón, es espacio vacío, unido homogéneamente con tiempo vacío.”

Ante estas conclusiones el profano se siente inclinado a pensar que los filósofos y los físicos siguen padeciendo esa *docta ignorantia* de la concepción grecolatina de la ciencia. ¿Qué significan espacio o tiempo vacíos? Y el niño que sopla burbujas de jabón en el parque de San Telmo ¿es un dios que crea nuevos mundos?

La teoría de la relatividad ha resuelto muchos problemas de orden matemático. Y la tecnología se ha beneficiado de estos éxitos montados al aire. La verdad, como ocurre con los números complejos, tiene un residuo irracional que escapa a nuestro pensamiento.

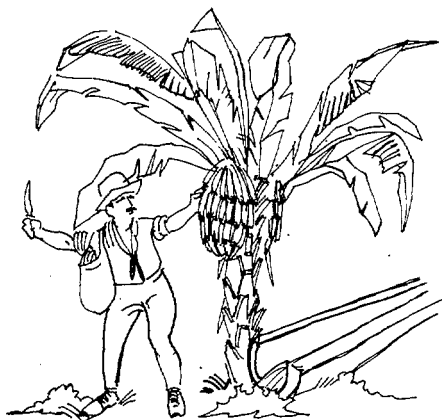
—Pepito, me estás poniendo perdido el traje con tus pompas de jabón.

El padre charla con los amigos, sentados en los bancos de piedra que antaño fueron de verdes tirillas. De la iglesia de San Telmo llega un rumor de campanas. Y las burbujas, coloreadas por el sol, se elevan hacia el cielo.

El mundo vive un sueño matemático y hasta las gallinas —recuérdese el huevo— conocen la geometría. Y ¿quién traza mejores espirales que el caracol? La paloma es profesora en aeronáutica; la araña, en redes. Únicamente la razón humana crea monstruos y a veces, cuando se siente inspirada, ruedas de churros.

Pepito lanza irisadas burbujas en el parque de San Telmo, y su padre habla con los amigos. También las palabras, las ideas, se elevan hacia el vacío del espacio y del tiempo.

Son sólo eso: pompas de jabón.



UNA ALFOMBRA VERDE

LA flor del plátano tiene una hermana menor, la *strelitzia*, que procede de Africa del Sur y parece un ave del paraíso.

Estas plantas, así como el “árbol del viajero”, de Madagascar, pertenecen a la familia de las musáceas, que tomaron el nombre de un médico del emperador César Augusto llamado Antonio Musa.

Los plátanos se conocen desde la antigüedad; su origen se señala en el sudeste asiático, varios milenios antes de la era cristiana. Los mercaderes árabes los trajeron a Occidente, y a nuestras islas llegaron, quizá por medio de los viajeros portugueses, a principios del siglo XV, es decir en época anterior a la conquista de Gran Canaria.

El cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo, que visitó nuestra ciudad en 1520, vio por primera vez en su vida unas plataneras en el huerto del convento de San Francisco. De allí salieron también las plantas que fray Tomás de Berlanga, luego obispo de Castilla del Oro, llevó a la isla de Santo Domingo y que andando el tiempo se habrían de difundir por toda América.

Entonces no se sospechaba la importancia que alcan-

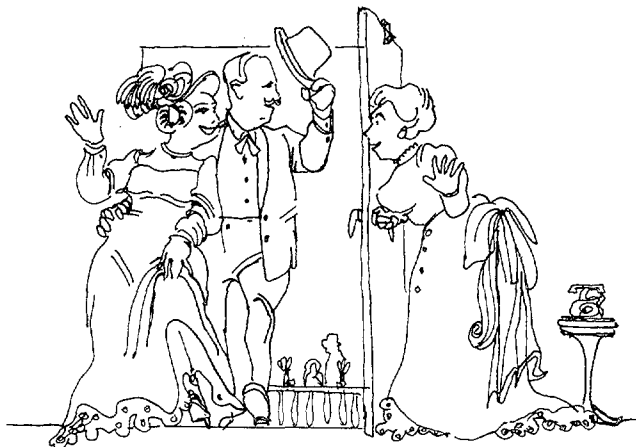
zarían los plátanos en la historia económica del mundo. Respecto a las islas fue la crisis de la cochinilla el incentivo para forjar un nuevo planteamiento de las fuentes de riqueza.

Ya a principios del XIX los franceses e ingleses importaron desde Indochina ejemplares de una variedad llamada Cavendish, muy resistentes a las plagas y cambios de clima. Los miembros de la expedición Philibert (1820) dejaron varias plataneras durante la escala en puertos isleños. Otra partida llegó desde Inglaterra, a raíz del viaje de Charles Telfair (1829) a Extremo Oriente. El cultivo del plátano con fines comerciales, permaneció no obstante estacionario hasta las últimas décadas del siglo.

¿El origen?

Un importador de té radicado en Londres, el señor Thomas Fyffes, durante un viaje turístico a nuestras islas, tuvo la idea de enviar a su país unos cuantos racimos de plátanos. Se vendieron en Londres como rosquillas...

Eso ocurría en 1882. Al poco tiempo las plataneras invadían las costas y valles como una alfombra de terciopelo verde.



LA SALA

UN viejo refrán del país, *visita hecha, visita paga*, parece aludir a la diligencia con que deben cumplirse los ritos sociales aunque su contenido conceptual resulta difuminado por el paso del tiempo. Lo cierto es que las visitas eran en nuestra ciudad un hábito insoslayable entre la gente acomodada, con una regulación establecida como norma de conducta al amparo de la costumbre.

Don José y doña María decidieron visitar a los señores de Estupiñán; han tocado la campanilla y esperan tras la cancela a que vengan a franquearles la entrada.

Doña Pino, la señora de Estupiñán, llama a la sirvienta y le da las pertinentes instrucciones.

—Tráeme la llave y dentro de un rato baja al patio y abre la puerta.

Hay unos momentos de revuelo —a la chita callando, con pasos que en vano tratan de evitar el chirrido de las maderas de la galería—, y al fin aparece la llave. Mientras la chica baja a recibir a don José y doña María, la señora de Estupiñán se dirige a su esposo.

—Vete quitando el tul de la lámpara, deprisita, que yo saco los forros de los sillones y del sofá.

La sala, en unos momentos, sufre una honda transformación; las luces de la araña de cristal cortado se reflejan en los espejos, y la alfombra que estaba enrollada en un rincón queda colocada bajo el velador, y en éste la correspondiente cubierta de encaje de bolillos, y en el florero de porcelana la rama de almendro que antes adornaba la alcoba.

Doña María y don José entran a la sala cuando los señores de Estupiñán acaban de dar el último toque a los bonzos de marfil de la consola e incluso han puesto en marcha el reloj victoriano protegido por un fanal en forma de campana.

—Perdonen —se excusa doña Pino— que no hayamos bajado a darles la bienvenida, como ustedes se merecen; pero ya saben que a mi marido le gusta leer el periódico aquí, en la sala. Y cuando hay noticias de la División, que dicen que está a punto de venir, no hay quien lo mueva de su butaca.

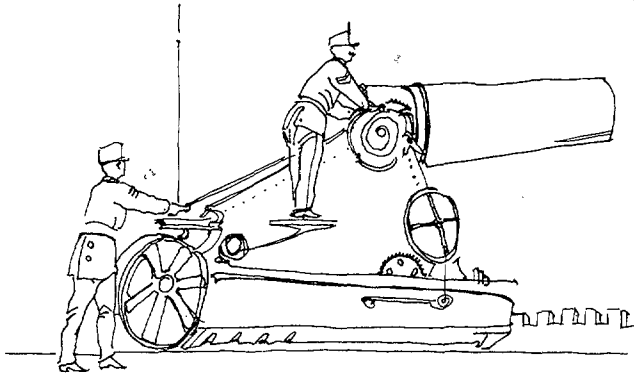
—Ay, niña —exclama doña María—; mi Pepe tiene la misma costumbre. Y yo no me quejo porque, la verdad, las salas son para disfrutarlas.

—Eso digo yo. Y ya ves cómo predicamos con el ejemplo.

Cuando los señores de Estupiñán le devuelven la visita —*visita hecha, visita paga*— a doña María y don José, se repite en la casa de éstos la historia del tul, de la lámpara y los forros de los muebles.

Y entonces doña Pino tendrá un arranque de originalidad.

—Sí, niña, las salas son para disfrutarlas.



EL CAÑÓN DE LAS DOCE

LA gente se detenía en las calles; algunos miraban hacia el cielo; otros consultaban el reloj. Pasaban unos instantes, y de pronto —como si estallara un trueno— llegaba desde la batería del Risco el sonoro retumbar del cañón de las doce.

He aquí una añeja costumbre, nada menos que del siglo XVI, que se borró caprichosamente del panorama ciudadano. ¿Por qué? El cañón de las doce era toda una institución para forasteros y nativos; servía de regulador de la vida cotidiana, además de romper en cierto modo la monotonía del tiempo.

La gente se guiaba por el sonoro aviso para hacer un alto en sus ocupaciones e irse a Triana a pasear o tomar un aperitivo. Las tiendas se vaciaban; los chicos suspendían sus juegos en el parque de San Telmo; las cocineras empezaban a preparar los huevos fritos y croquetas; las niñas de las Dominicas salían del colegio como bandadas de palomas.

No pasaba nada. Simplemente, eran las doce del mediodía.

En aquel tiempo oímos contar un cuento a propósito del cañón de las doce.

El oficial de guardia en la batería del Risco, de acuerdo con las órdenes de sus superiores, llamaba todos los días por teléfono a la Capitanía para saber la hora exacta antes de disparar el cañonazo de las doce.

—Aquí, la batería. ¿Qué hora es?

Al cabo de unos instantes se oyó la respuesta.

—Las once y cuarenta y seis minutos y doce segundos.

—Observo —dijo el oficial, nuevo en el servicio de la batería— que ahí tienen un reloj de precisión y me gustaría saber si hacen observaciones astronómicas para tenerlo a punto.

—Nada de eso, mi capitán.

—Entonces no lo entiendo. ¿De dónde toman la hora?

—Muy sencillo, mi capitán. Del cañón de las doce.

Aunque la ciudad contara con otros medios —por ejemplo el reloj de la catedral— para cronometrar el tiempo, nadie depositaba su confianza en tales artilugios, pues se decía que el viento influía en las manecillas desprovistas de cristal protector. Y además, estaba una costumbre de siglos.

Oigamos la opinión del profesor Robaina, de Tamareite.

—El cañón de las doce era una alegría, usted. Y si nos cogía desprevenidos, pronto olvidábamos el sobresalto al ver que no había pasado nada. No era como los goles de Tacoronte en el Estadio, que a más de uno le costó un *sulfato* de miocardio que lo mandó para las plataneras.



EL BLASON DE LAS PALMAS

MUCHOS autores y en diversas épocas han estudiado el blasón y lemas concedidos a la ciudad. Citemos entre ellos a Luis Maffiotte, Diego de Quintana, Pedro Laine Sánchez, Domingo Déniz, Bartolomé Martínez de Escobar. Las opiniones difieren en algunos puntos —ya que se perdió en el incendio del Ayuntamiento un **Libro de Privilegios** en cierto modo complementario del **Libro Rojo**—, pero todos coinciden en la veracidad de las afirmaciones de Abreu y Galindo, el primer historiador que sacó a relucir el tema.

He aquí las palabras del fraile franciscano.

“Incorporóse esta isla de Gran Canaria en la corona real de Castilla, con títulos de reino, por los Reyes Católicos con toda solemnidad, estando en la ciudad de Salamanca, en veinte días del mes de febrero, año de 1487, haciéndola franca de todos pechos y alcabalas; y lo mismo tornó a conceder, año de 1507, siendo gobernador de los reinos de Castilla el Católico Rey don Fernando, por su hija la serenísima reina doña Juana. Y dióle por armas un castillo de oro en campo de plata y un león rojo, que son las armas reales, y después la isla añadió

dos canes altos con una palma en medio, y diez espadas cruzadas de dos en dos por orla. La data de estas armas fue año de 1506, como se ven hoy pintadas en los lugares públicos de esta isla.”

Precisamente en la época en que escribía Abreu y Galindo hubo unos acontecimientos, los ataques de Van der Does y Drake, que darían lugar a la modificación del blasón mediante un nuevo castillo en la parte inferior con dos palmeras y sendos perros a los lados. En la orla o bordura aparecieron otras dos parejas de espadas en cruz. Se ignora por otra parte la razón del lema “Segura tiene la palma” que distinguía el escudo del fuerte de Santa Ana, en la caleta de San Telmo, pero quizá algún día desvele el secreto el archivo de Simancas u otra fuente documental.

He aquí un tema de aparente nimiedad y que sin embargo recoge de forma simbólica vicisitudes y méritos de nuestros antepasados.

No se trata de perder el tiempo. Tras el escudo está la historia de la ciudad.



EL CAMBULLONERO

EL cambullonero fue una figura clásica de nuestro puerto, nacido del peculiar sentido del comercio —por lo libre, claro— que reinaba en otros tiempos entre la tripulación de los barcos y la gente de tierra. El nombre de *ship-chandler* o proveedor de buques cubría una amplia gama de actividades, donde la viveza y la astucia sacaban partido de la ingenuidad de los marinos. Una botella de coñac, por ejemplo, podía convertirse en una vajilla de plata. El cambullonero, hombre sencillo y cordial, con afán de servicio, contaba con la aceptación general, tanto de los canarios como de los forasteros establecidos en la isla.

En el ámbito judicial existía una jurisprudencia acorde con las características propias del negocio cambullonero, una especie de toma y daca sancionado por el uso y que en nada podía perjudicar a las otras formas del comercio. Por otro lado surgía la proverbial simpatía del cambullonero; allí estaba él para buscar, según las peticiones, una máquina fotográfica, un saco de café de cacacolillo, un sextante, una lata de pintura para el chalet de Tafira. Nada se resistía a su taumatúrgica capacidad

de descubrir los tesoros ocultos a bordo de un navío.

Al hablar del tema aparece entre las brumas del recuerdo la pintoresca estampa de Chanito Lapa, un cambullonero de la época de nuestra niñez. Era pequeño de estatura, rubio y con ojos azules; avisgado a más no poder, pero incapaz de hacer una maldad; su único vicio —cuando no lo veía su mujer—, el ron con longorones fritos de los bochinches del puerto.

En aquel tiempo la profesión era libre; sin necesidad de papeles o permisos especiales, cualquiera podía dedicarse al cambullón, en bote o a pie firme sobre el muelle para tratar con los marineros y los turistas asomados a la borda de los barcos. Los cambulloneros ofrecían —en *pitchingli*— labores de encaje, coñac y pájaros canarios. A cambio recibían dinero o las más variadas mercancías.

Chanito Lapa, cambullonero de tropa, es decir desde el muelle, tuvo al fin ocasión de agenciarse un bote para ampliar el negocio. En la Comandancia de Marina un funcionario le puso varias pegas cuando trataba de matricular la embarcación. Por último, después de un largo forcejeo, entregó al cambullonero el documento acreditativo.

Chanito le dio las gracias y se marchó.

No había transcurrido media hora cuando apareció nuestro hombre en la Comandancia de Marina. Su rostro resplandecía de agradecimiento. Traía una caja, que depositó sobre la mesa del sorprendido funcionario.

El funcionario levantó la tapa.

—¿Cohecho?

Chanito no conocía la expresión. Se limitó a decir.

—No, coñac.



APELLIDOS

“Estándose bañando con sus damas
de Guanarteme el Bueno la sobrina,
tan bella que en el mar enciende llamas,
tan blanca que a la nieve más se empina,
salieron españoles de entre ramas
y desnuda fue presa en la marina.
Y aunque pudo librarse cual Diana
del que la vio bañar en la fontana,
partir se vio la nave a Lanzarote,
donde con el santísimo rocío
la bañó en nueva fuente el sacerdote,
de do salió con tal belleza y brío
que con ella casó monsieur Maciote;
que el noble Bethencourt era su tío.
Y de estos, como del jardín las flores,
proceden los ilustres Betancores.”

LA vida del primer conquistador de las islas, el caballero normando Juan de Bethencourt, se desarrolló bajo el signo de la leyenda. Y la leyenda, como la poesía, casi siempre tiene un fondo de verdad.

Desiré Lebeuf, en su obra *La ville d'Eu*, cuenta la vieja historia del viaje de Juan de Bethencourt en busca de un refugio trasmarino para él y su enamorada, la doncella de Caltot. Los investigadores rechazan la leyenda, que parece calcada de la aventura de Anna d'Arfet y Roberto Mac Kean, hacia 1344, en la isla de la Madera.

Y si dejamos los tiempos medievales y sus fantasías o realidades genealógicas, aquí tenemos dos apellidos canarizados —el segundo por vía lusitana— a fuerza de años y costumbre:

Bethencourt — Betancor

Mac Kean — Machín

Ya en épocas más recientes el trueque o matización de los apellidos se hace ley común, a veces por facilitar la pronunciación o por simple capricho del encargado de un registro parroquial u oficial. Así vemos que los Prudhomme se han convertido en Perdomo, los Gautier en Gutiérrez, los Lawrence en Lorenzo. Tampoco faltan las traducciones como Blanco por White, y etc.

Nuestra isla se llamó Gran Canaria desde la más remota antigüedad y así lo reafirmó Juan de Bethencourt, deslumbrado por la naturaleza y el poderío de los aborígenes. Maciot de Bethencourt, el sobrino, también se sintió maravillado ante la belleza de una princesa insular.

Lo demás lo hizo la poesía.



ROQUE MORERA, POETA

UNOS dicen que los versos son de fray Estampido, otros que de Roque Morera; ambos famosos poetas de la isla. La víctima fue un canónigo de Santa Ana, cuya corpulenta figura presidía la tertulia de la botica de Vernetta, en la calle de los Remedios. La causa: un comentario irónico al paso del poeta.

Y allá van los versos, improvisados en la memorable ocasión.

“La panza del señor cura
en tal estado se halla,
que a la menor picadura
saltará como metralla.

Los pedazos bailarán
a la puerta de Vernetta
y con dolor doblarán
las campanas de Vegueta.”

En otro tiempo abundaron los poetas callejeros, a medias entre la bohemia y el puro abandono, pero la imagen de Roque Morera desborda esta clasificación simplista y sus poemas —recogidos en el libro *Los delirios de un errante*— bien pueden figurar sin desdoro en

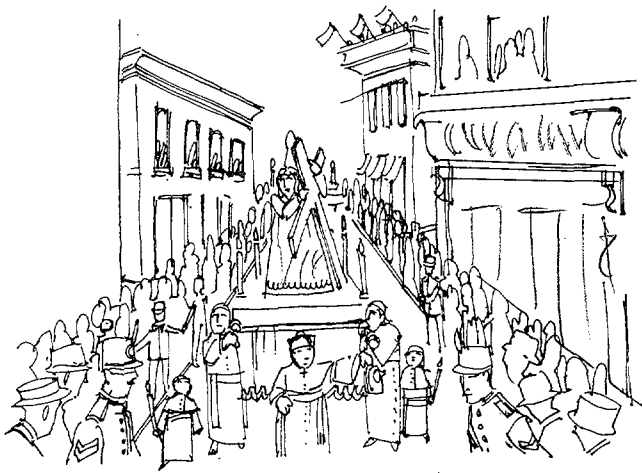
una antología del romanticismo canario. Roque Morera, antiguo marino, fue una víctima de la ginebra y el ron, pero también padecieron una sed insaciable sus colegas Verlaine, Baudelaire y Rubén Darío.

Nuestro hombre era alto y flaco, con perfil aguileño y larga cabellera. En sus versos confiesa el amor por las tabernas y los bailes de candil, donde lucía su “ciencia de alborotar”. Al morir el guitarrista Agustín Perera, su gran amigo de aventuras, le dedica una sentida elegía.

“Mil veces te oí decir
de la noche en el misterio,
despreciando el porvenir:
¡goceamos! que de dormir
tiempo hay en el cementerio.

No sé qué siento al correr
de noche en la oscuridad
ansioso tras el placer,
cuando recuerdo el ayer
que te hundió en la eternidad.”

Los poemas de Morera saltaban del recuerdo infantil o los amores de juventud al humor negro y la burla sarcástica. A veces se recreaba describiendo sus viajes por el trópico; en otras, su larga estancia en Cuba, en plena guerra de los mambises por lograr la independencia. Murió precisamente en 1898, el año que perdimos Cuba, a los cincuenta y cinco de su nacimiento... El último naufragio del poeta.



LA PROCESION VA POR DENTRO

—¿QUE tal, don Antonio?
—Regularcillo nada más, mejorando lo presente, usted. La procesión va por dentro.

El genio de una lengua se descubre por esas frases que reflejan gráficamente las vivencias del ciudadano en trance confidencial.

La procesión va por dentro... Y si malo es llevar en sí, en el interior, toda una procesión ¿qué ocurrirá al que la lleva sobre sí, es decir, en las propias espaldas?

Ahí tenemos al maestro Juan Zacarías, carpintero de ribera y constructor de la *Rosario*, una goleta que no tenía rival en la pesca del salado por la banda de Río de Oro. También maestro Juan Zacarías fue un puntal de la lucha canaria, en su juventud, con pardeleras y revolias de su propia marca, y el primer isleño que cruzó a nado la Mar Fea, desde la Laja hasta más allá de la actual potabilizadora. Su fama como carpintero de ribera llegó a Londres, y un tal místico Pennington le escribió a *San Telmo Ship-yard* (astillero) pidiéndole consejo para mejorar la traza de un yate destinado a travesías oceánicas.

En los últimos años, vencido por el ron y la navegación a vapor, maestro Juan Zacarías se convirtió en un palanquín o mandadero, con arrimo en el muro del palacio episcopal. La gente de Vegueta y los canónigos le distinguían con sus encargos: un ropero de caoba para doña Candelaria, un pesado garrafón de miel de caña para el señor obispo.

Juanito Zacarías —ya se le llamaba con el diminutivo de respeto en el país— tenía buen talante cuando no soplabla demasiado el ventarrón del ron con carajacas. En ese caso se volvía puntilloso y faltón.

En cierta oportunidad el venerable don Pedro Díaz, cura párroco de Santo Domingo, quiso contratar a Juan Zacarías para llevar un trono durante una procesión de la Semana Santa.

—Tú, Juanito, estás fuerte todavía —le dijo el sacerdote— y puede cargar con la Magdalena. Te daré medio duro.

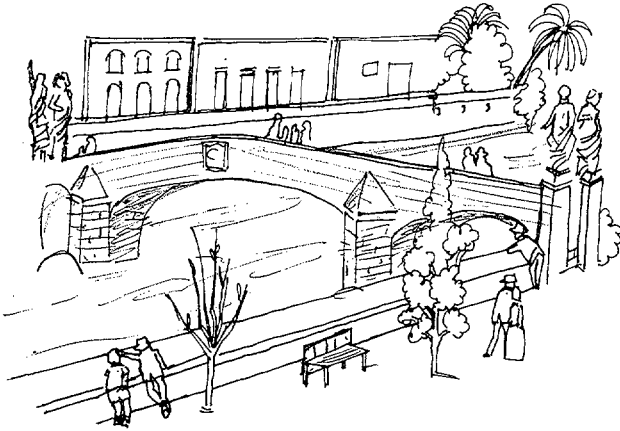
—Bueno, pero el pago ¿antes o después?

—Después, hijo mío, para evitarte las tentaciones. No quiero que la Magdalena se tambalee contigo si llevas una botella de ron bajo las andas.

Maestro Juan Zacarías se quedó pensativo. Al fin habló:

—Mire, don Pedro, ¿quién le contó que los barcos cogen el carbón después de la travesía? Al modo, ya le veo a usted cargando con la Magdalena por esas calles... Y cuidado con los adoquines, usted.

Dijo, y tomó el barlovento.



LAS CUATRO ESTACIONES

LA ciudad está de enhorabuena pues han regresado a su lugar tradicional las estatuas de mármol que decoraban el antiguo puente de Verdugo. Un motivo de júbilo ante la renovada presencia de las cuatro estaciones: el Invierno, con barba fluvial y un cántaro en la mano; la Primavera y su ramillete de flores, olvidada ya del camión que la lanzó al lecho del barranco; el Verano, con el haz de espigas recién cortadas, y por último el Otoño, simbolizado por una doncella que vuelve de la vendimia.

El puente de Verdugo —después de las pasarelas de madera y los pétreos artilugios del gobernador Martín de Benavides y el corregidor Coello de Portugal— marcó toda una época, y aún lo recuerdan los ciudadanos que dejaron atrás su juventud. Tenía una ligera corcova en la parte alta; lo había diseñado Luján Pérez por encargo del obispo y su coste fue de doscientos veinticinco mil reales de vellón. En los laterales figuraba un escudo y la siguiente inscripción en lápida de mármol: “Reinando el señor don Fernando VII se fabricó este puente a expensas del Illmo. don Manuel Verdugo, obispo de estas islas. Año de 1815”.

Al final de la década de los veinte desapareció el puente de Piedra para dejar el puesto a otro de hormigón armado. Un poeta de entonces, Isidro Brito, presagió la muerte del Guinguada.

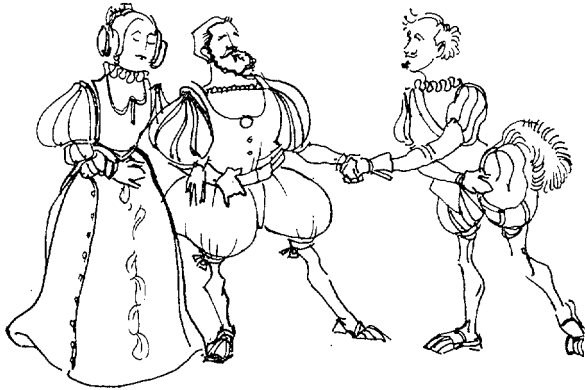
“¿A dónde fue tu corriente
bulliciosa y plateada,
en cuya linfa esplendente
el sol contempló su frente
y sus tintes la alborada?”

Las estatuas de las estaciones superaron las pruebas —viento y riadas— en contra de su pervivencia. Ya en el nuevo emplazamiento, el puente de un ojo construido durante la alcaldía de don Salvador Manrique de Lara, siguieron disfrutando del paso de las aguas cuando llovía en las cumbres de Gran Canaria.

¿Era el Guinguada inmortal?

Seis mil reales de vellón costaron en su tiempo las estatuas de las cuatro estaciones. Más que el mérito artístico vale en ellas su poder evocador.

Una vez verificada la demolición del puente, por las obras de acceso a la carretera del Centro, las estatuas iniciaron un largo exilio que acabó felizmente con el regreso a un entrañable rincón de la ciudad.



UNA DONCELLA Y SU DOTE

EN la plaza del Pilar Nuevo, junto a la fachada posterior de la catedral, una puerta con jambas y dintel de cantería azul conduce a un rico venero de noticias del pasado ciudadano: los protocolos de las antiguas escribanías, compilados en gruesos legajos para goce y martirio de los investigadores. Y hablamos de martirio porque el tiempo —en forma de polillas y desgaste natural— ha convertido algunos documentos en un encaje sutil donde la escritura se transmuta en jeroglíficos enigmas.

¿Qué dote podía llevar una doncella rica al matrimonio?

Veamos al efecto un contrato, con las arras correspondientes, realizado el día 25 de enero de 1535 ante el escribano Cristóbal de San Clemente, en Las Palmas. Encontramos el documento en el libro o legajo 742, folios 29 r. a 31 r. del archivo del Pilar Nuevo.

La transcripción sigue al texto, con exclusión de algunas valoraciones en beneficio de la brevedad.

Luis de Herrera, hijo de Alonso de Herrera y Ana Relgifa de Avila, su mujer, vecinos de la villa de Gáldar de Gran Canaria, reconoce haber recibido como bienes

dotales de su mujer María de la Mota, hija de Rodrigo Gallego, vecino de la isla, doscientos cincuenta mil maravedises de moneda insular en las siguientes partidas.

Treinta y un mil ochocientos sesenta maravedises en “dineros contados”.

Cuatro yuntas de bueyes.

Una esclava negra, llamada Magdalena, de 17 años.

Dos esclavos negros, Antón y Pedro.

Otro esclavo negro, Andrés.

Un cahiz de cebada y veinte fanegas de trigo.

Ocho vacas; una “vacía” y siete paridas con sus becerros.

Cuatro yeguas, con dos potrancos.

Y da en arras cien doblas de oro castellano, que impone con los doscientos cincuenta mil maravedises dotales sobre sus bienes.

En la escritura figuran como testigos Lope Viera; Juan González, pescador, y Bernardino de Vesga, todos ellos vecinos y estantes en Gran Canaria.

El documento refleja la posición desahogada de los interesados, así como la crueldad de un pacto social que convertía en pura mercancía a unos seres humanos: los esclavos Antón, Pedro, Andrés y Magdalena.

La fecha —1535— no justifica nada. Al fondo, hoy como ayer, estaba la humanidad.



BALDOMERO

RESULTA arriesgado contar una historia cuando los interlocutores la conocen mejor que el propio narrador. Y ¿quién ignora las aventuras y desventuras de Baldomero, el más genuino representante de la bohemia callejera de nuestra ciudad? Baldomero anduvo siempre por el limbo del ron y la pirueta, defendiéndose con ingenio de las acechanzas de la vida.

En sus años mozos había sido un artesano de rara habilidad, con ribetes de esa filosofía marginada de la cátedra que florece a la sombra de la gubia, el cerote o la fragua. El apego a las tabernas y unos amores desgraciados se conjuntaron luego para lanzarlo, como un Quijote sin lanza ni ideal, por los caminos de Vegueta.

— ¡De acuerdo!

Nunca faltaron a Baldomero, en sus más turbulentas rachas de bebedor de ron, el respeto y la cortesía por las damas que encontraba a su paso, cediéndoles el interior de la acera fueran o no acompañadas por algún caballero. A la vacilante reverencia seguía el saludo —el codo derecho levantado y un giro de la pierna izquierda con el pie en el aire—, mientras añadía la frase sacramental.

— ¡De acuerdo!

En alguna ocasión Baldomero perdió el equilibrio al realizar su versallesco saludo y hubo de coger el barlovento en la acera de enfrente para continuar el rumbo hacia la próxima taberna.

Sus más sonadas anécdotas fueron coprotagonizadas por los obispos insulares. Yendo de paseo el prelado de Las Palmas le dio la bendición al encontrarlo en la calle de la Carnicería, y Baldomero repitió el ademán episcopal con un inspirado estrambote: “—De acuerdo; ni me debes ni te debo”. Durante un viaje a nuestra ciudad del obispo de Tenerife, fray Albino González Menéndez-Reigada, éste hubo de recibir de Baldomero una curiosa amonestación en la plaza de Santa Ana, “—Tú *al vino* y yo *al ron*”, seguida de la clásica coletilla: — ¡De acuerdo!

Las calles de Vegueta, el Mercado, el puente de Palo, las gradas del Teatro Nuevo, fueron escenario de la peripécia vital de Baldomero, aparte de las tascas y bochinches donde se despachaba ron de “barba y bigote”. (Las exigencias de la educación, dejar un fondajo en el vaso, permitían al tendero recoger las sobras de ron y venderlas a bajo precio.)

La recia figura de Baldomero, al final algo encorvada por el peso de los años, tenía la prestancia de un caballero antiguo. En su perfil de medalla —ojos claros, bigote lacio, nariz corva— latía el reflejo de lo que pudo ser y no fue: un digno artesano y padre de familia.

Pero, ¿quién entiende la vida? Ni Baldomero ni nadie.



MIRIÑAQUES

HACIA la mitad del siglo XIX paseaban por la Alameda las damas con miriñaque y los caballeros de levita y sombrero de copa. La moda, ese granito de locura humana según Leonardo da Vinci, era más gentil con las muchachas: trajes vaporosos, capas ligeras, flores en el tocado. Privilegio de la juventud.

Y ¿quién hubiera dicho que la moda femenina podía influir en las cuestiones de urbanismo?

Veamos un suelto de *El Omnibus*, con fecha del 12 de marzo de 1864, sobre los estadales de unas calles en reforma. “Con la moda de los miriñaques nos vemos continuamente obligados a bajar y subir de los embaldosados. Cuando más alto son, mayor es la incomodidad. Pero sobre todo ¿no hay personas ancianas, débiles y de pocas fuerzas?, y si estas personas caen ¿no sería tanto más peligrosa la caída cuando mayor la elevación del embaldosado?”

Entonces era de obligado cumplimiento el saludo con sombrero al paso de una dama, y si ésta usaba el holgado miriñaque, al saludar el caballero se veía en la necesidad de ejecutar una complicada maniobra, con bajada

de la acera y posterior regreso al nivel de las baldosas. Las estrechas aceras de Vegueta y Triana no daban para más.

El tema parecía preocupar a los periodistas de la época. Unos años después y con motivo de la Exposición de París se anunciaba la inminente desaparición del miriñaque, que igualaba a las mujeres e impedía su “andar natural y ondulado”, convirtiendo los “lindos pies en el badajo de una campana”.

Este clamor contra la moda femenina no se circunscribía a nuestro ambiente; del exterior llegaban las condenas, adobadas con el *vanitas vanitatum* de San Jerónimo, en lo referente al aspecto religioso, o la referencia a la ética de Immanuel Kant sobre los usos en el vestir como función social.

¿A dónde acudir ante la obstinación femenina?

La *Esperanza*, en 1867, abogaba por una solución de fuerza. “Ya que nada basta para hacer que desaparezcan los miriñaques y los vestidos de cola; ya que son en vano las excitaciones interesantes de la prensa periódica a los maridos, a los padres de familia y a las mismas señoras que usan tan ridícula moda, es preciso que el alcalde-corregidor se encargue de desterrarla, comprendiéndola en los bandos de policía urbana...”

Nada ocurrió. El señor alcalde se acordó a tiempo del motín de Esquilache.



CIENT MILLONES DE PESOS

Y ¿a quién se le ocurriría calcular lo que valen materialmente nuestras islas? La imaginación ayuda a vivir. En esta tierra de sol y brisotes, la fantasía corre como una moneda de uso común.

Un autor anónimo compuso a principios del siglo XVIII una **Relación histórica de las Yslas de Canarias** que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. En un tiempo estuvo atribuida a Francisco López de Ulloa, pero Miguel Santiago —descubridor del manuscrito— deshizo esta creencia con datos fehacientes. Lo que no hay duda es que el autor, canario o forastero, vivió en las islas la mayor parte de la época que va de 1700 a 1722. Se advierte un conocimiento directo del ambiente insular.

Veamos el fragmento que nos interesa.

“El temperamento de estas Yslas es muy bueno y generalmente se goza de salud... Muchos son de parecer que si se valuaran todas las Yslas, assí las tierras como casas, balen más de 100 millones de pezos, y que más de la mitad pertenesce a las Yglesias, las que están con gran

decenzia, y son reputados estos bienes por espirituales, además de los diezmos que de todo se paga, habiendo rara persona que muera que no deje parte de sus bienes a la Yglesia además de sus funerales. Las demás aziendas pertenecen a particulares, cargadas de cenzos y tributos, por lo que se orijinan entre los vecinos mil pleitos.”

Resulta curiosa esta evaluación global del archipiélago, muy a la baja aun teniendo en cuenta la situación económica, tras la caída del mercado vinícola y las dificultades para exportar los demás productos isleños: orchilla, cueros, frutas, queso, etc. No es menos curiosa la consideración en torno a los bienes eclesiásticos, por su absorbente crecimiento a través de los años y por ser reputados como bienes espirituales una vez que han sido segregados del patrimonio común o particular.

Volvamos al manuscrito: así era nuestra ciudad en aquellos tiempos.

“La Ciudad principal se llama de Las Palmas; en ella asiste la Audiencia, que se compone de quatro oydores y los tribunales de Ynquisición y Cruzada; el Obispo y su Yglesia Catedral, que es compuesta de ocho dignidades, dieciseis canónigos, ocho capellanes. Tiene tres Comventos de religiosos: San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, y otros Monasterios de Monjas. Está fundada esta Ciudad con buenas fábricas de casas y calles, alegres salidas y mucho recreo.”

Una ciudad pequeña y tranquila, anclada en un rincón del Atlántico.



EXCURSION

A PARTE la carretela del obispo, la calesa de los Estupiñán y algunos cabriolés, tálburis, carrozas y birlochos de las familias más ilustres de la ciudad —comprendido el quitrín de Lorencito Alvarado—, la circulación rodada se circunstribía a un igualitario y popular vehículo al alcance de todas las fortunas: la tartana. Y ¡qué emocionante resultaba el viaje! Las grandes ruedas amarillas de la tartana arrojaban su sombra violeta, como las diligencias de Tarascón pintadas por Vincent Van Gogh, sobre el empedrado de las calles de Vegueta o Triana. Y sus ocupantes iban alegres, con el corazón al ritmo del trote del caballo. Se sentía el frenesí de la velocidad. En un momento —en unas horas— estaban junto al correílo de Fuerteventura, o al borde de un caldo de pescado en el Confital, o de regreso de Jinámar con naranjas y cañas dulces.

La gente de hoy no puede comprender las delicias de una excursión en tartana para gozar de una mariscada mañanera en los veriles de la caleta de Santa Catalina. Y no obstante siempre había grupos familiares, especialmente los domingos, en las cercanías de una gran caseta

de madera pintada de azul que fue sucesivamente colegio de monjas, sede del Instituto Oceanográfico de Canarias y refugio de chicas de alegre vivir. (Al pasar del tiempo se instaló allí el club de natación Lido Metropole.) Las tartanas esperaban junto a la carretera del Puerto, un camino hacia la aventura. Luego llegaría la época del tranvía y las guaguas, y el enorme descampado de la ribera quedaría absorbido por el crecimiento de la ciudad.

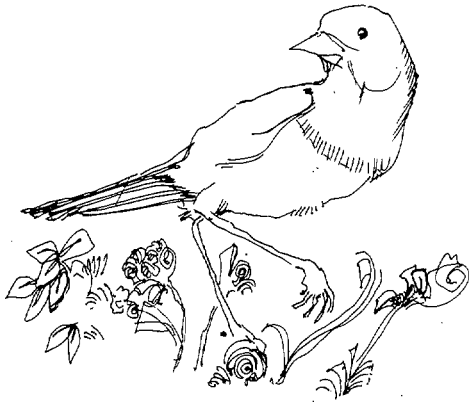
Un día de playa y brisa marina... Los mayores y los niños se extendían por los veriles y arrecifes, mariscando mientras las madres empezaban a disponer los avíos para el pescado y las papas arrugadas. A la hora del baño surgían los ropones azules con ribetes blancos de las señoras y los maillots a rayas, con manga corta y pantalón hasta la rodilla, de los caballeros: rayas amarillas y negras, azules y blancas, verdes y rojas. Los maipoles y las pamelas se sujetaban con piedras para evitar los posibles efectos del viento. Y don Manuel repetía su acostumbrada gracia.

—De treinta y ocho años para arriba no te mojes la barriga.

Y se quedaba al sol, a la espera del aperitivo, a base de clacas y ron de islas.

Al anoecer regresaban las tartanas con los caballeros y damas tostados como cangrejos y los niños cantando alegremente. Las grandes ruedas saltaban sobre el empedrado de las calles. Y doña Teresa levantaba la voz sobre el viento.

—Digan lo que digan, nada hay más divertido que un viaje en tartana.



EL CANARIO DEL MONTE

EL isleño siente simpatía hacia un pájaro silvestre que le sirve de agente de relaciones públicas en las visitas de los extranjeros: el canario del monte. En otros tiempos era un rito casi obligado el viaje de amanecida hacia el interior de la isla para una *pajariada* con red y reclamo, mientras los chicos se entretenían colocando sus jiñeras entre las ramas de los árboles.

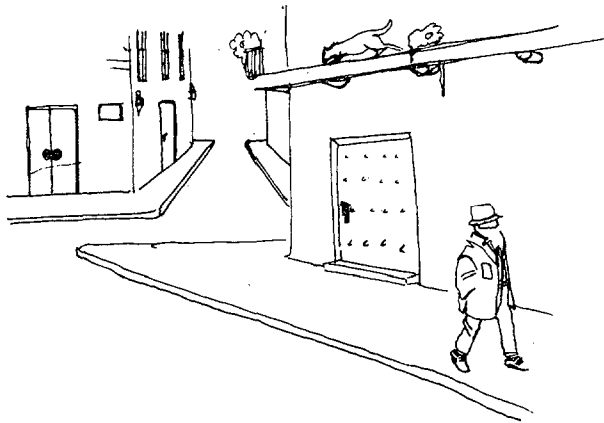
“Canario, *passer canarius chloris*: pájaro famoso —dice Viera en su *Historia Natural*— que siendo peculiar de nuestras islas fue transportado a Europa donde sólo se cría en pajareras y logra por su bello canto la primera estimación de las naciones.”

Antes de que el pájaro canario se vistiera de amarillo para viajar por el mundo, vivía en nuestras selvas —y sigue viviendo, por fortuna— con un atuendo más modesto, pardo verdoso en lo alto y toque alimonado en el pecho y la garganta. Este es nuestro auténtico canario del monte, progenitor de esas maravillosas flores vivientes —blancas, amarillas, naranjas— que decoran las jaulas europeas. No es necesario recalcar su canora maestría, que va del sonsonete rústico a los más delicados arpeggios del violín.

El fiscal del Tribunal Supremo don Juan Maluquer Viladot —en *Recuerdos de un viaje a Canarias*, Barcelona 1906— describe la jiñera, un artilugio que nos servía en la época infantil para atrapar a los canarios del monte en plena naturaleza.

“Es muy fácil apoderarse de los canarios: los jóvenes, sobre todo, quedan cogidos en todos los lazos, siempre que uno de sus semejantes sirva de reclamo, otra prueba de su extremada sociabilidad. En las Canarias se suele emplear una jaula de dos compartimentos; el exterior provisto de una trampa y el interior destinado a poner el reclamo. Colócase este aparato en los bosques, cerca del agua, y por la mañana es cuando se cogen más individuos. Oculto el pajarero en un jaral, puede observar cómodamente las interesantes costumbres de los canarios y cazarlos con facilidad.”

En los patios de las casas isleñas se ven los canarios del monte en amigable compañía con otros pájaros. Los aficionados obtienen cruces con el pinto y el cardenalillo de Venezuela. Los mixtos y remixtos —de la pulpa del kaki al rojo fuego— alegran con su polícromo reburujón los hogares. Y cantan, que cantar es el oficio del canario del monte y de sus descendientes repartidos por el mundo.



PAISAJE CON GATO

EN nuestro cotidiano paseo por Vegueta, cuando los tiempos permitían tan honesto menester, veíamos a la puerta de una casa, en el balcón o al resguardo de una esquina la mirada —transparente, vidriosa— de un gato.

¿Dónde fueron a parar los gatos de Vegueta?

Las nubes, las horas, se remansan sobre la catedral y las casas dormidas en piedra; la luz violeta del atardecer avanza por los rincones con el toque de ánimas; un canónigo, una vieja, el eco de la tartana de Ingloft.

Los gatos de Vegueta han desaparecido como aquellas fofas y redondas criadas, atacuñadas de algodón hidrófilo, que recogió para la historia un daguerrotipo de Alonso Quesada.

Eran unos gatos lustrosos y ronroneantes, crecidos al amor de la sopa de leche y la caricia de las damas: gatos aristocráticos cuya genealogía se esfumaba en la niebla de los años y de las viejas dinastías de Persia y Extremo Oriente.

(El gato es más independiente que el perro; acepta el bienestar pero no lo regatea. Y anda repartido por todo

el mundo: el siamés, con su careta parda; el *tabby* europeo, el atigrado de la isla de Man; el *chartreux* anaranjado, el abisinio, similar al sagrado de Egipto; el birmano, el *tortie* tricolor, el ruso, el gris-azul de Malta, el australiano, el *yaguarondi* americano, etc.)

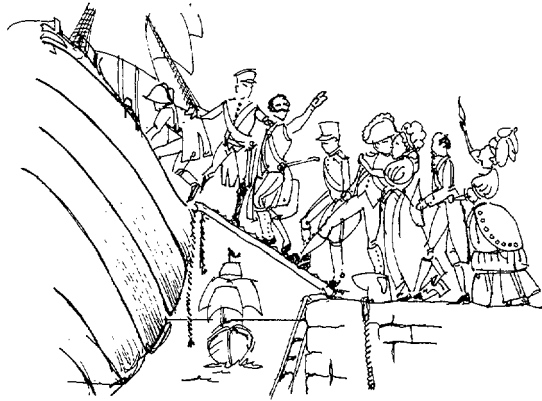
Los gatos de Vegueta, como hemos indicado, pertenecían a la importación en concepto de objetos de lujo. Quizá sus descendientes no se atrevan a salir a la calle ni a asomarse a los balcones por los peligros de la vida actual, con una circulación cada vez más densa y el ambiente contaminado por emanaciones de gasolina y versos de los poetas de vanguardia.

Y ¿qué le vamos a hacer?

Los gatos, como los seres humanos, aguardan un futuro mejor en su andadura sobre la tierra; en vano se buscarían siete vidas para resistir las acechanzas del mundo.

Vegueta, y un gato sobre el paisaje de nubes, de campanas. Los ojos brillan en la noche como cuentas de diáfano cristal.

Llora un niño. ¿O un gato? La brisa llega del mar. Y la esperanza.



LA GRANADERA CANARIA

EN otros tiempos una finca de picón y viña, del monte Lentiscal, podía servir de pago por unos salarios atrasados: así ocurrió en tiempos de Fernando VII con los ascendientes de Pérez Galdós, metidos en la aventura de decir misas o matar franceses durante la guerra de la Independencia.

El 5 de abril de 1809 salía de nuestra ciudad una batería de granaderos canarios con destino a los campos de batalla. El velero en que iba el capellán y cronista de la expedición don Domingo Pérez Macías, natural de Valsequillo y tío futuro de don Benito, tardó nada menos que dieciocho días en llegar a la habia de Cádiz. (“A bordo nos llebaron pan fresco, bino, naranjas, castañas y demás cosas...”) Don Domingo quedó maravillado de la magnificencia de las mansiones gaditanas. También de la solemnidad de las funciones religiosas.

Los granaderos canarios habían de incorporarse al ejército de Extremadura, al mando del general Alburquerque, y don Domingo relata punto por punto las peripecias del viaje. No pierde ocasión de ver lo más notable de cada pueblo, y describe las calles, iglesias y cos-

tumbres. (“... Yo me fui a los toros, ese juego tan bárbaro que aún causa tanta diversión en España.”) Como la marcha es bastante lenta la expedición llega a Sevilla en pleno mes de septiembre. (“La Catedral es muy grande, por el mismo estilo de la de Canaria; tiene altares muy presiosos... El Alcázar es una cosa digna de memoria: ¡qué jardines, qué lavirinto!”)

Ya en Extremadura, después de haber visto algunos campos sembrados de muertos, don Domingo cuenta una historia divertida. En un pueblo se encuentra con un “santo cura” —como le llama con ironía— que le da alojamiento y le vende a precios abusivos fruta y carne de cerdo. Al partir el capellán-soldado se toma la venganza: “Con mi consentimiento le robó mi asistente unos ramos de uvas que sené la noche siguiente en Truxillo.”

Al fin no hubo más remedio que enfrentarse con los franceses, y nuestros paisanos se comportaron con singular valentía. Después de una heroica acción a la voz de ¡Viva la Virgen del Pino! una real orden dispuso que la unidad isleña se llamara “Batería de Granaderos de Canaria” en honor a sus méritos.

Los granaderos regresaron a nuestra ciudad el año 1812, al mando del coronel don Juan María de León Romero, abuelo de don Fernando de León y Castillo.

Hubo una función y *Te Deum* en la catedral de Santa Ana. El público cantaba por las calles el himno, con letra de Viera y música del maestro Palomino, compuesto tres años antes de partir los granaderos.

Así terminó una página de nuestra historia.



REUNIONES Y ALMUERZOS DE TRABAJO

EN un momento dado necesitamos hablar con don Francisco. Hacemos uso del teléfono; nos atiende la secretaria.

—¿Está don Francisco?

—Sí, pero no puedo molestarlo. Se encuentra en una reunión.

Entonces pensamos que don Antonio nos resolvería el caso. Volvemos al teléfono y acude otra secretaria.

—Oiga, señorita, póngame con don Antonio.

—Lo siento, caballero. Don Antonio tiene una reunión.

Y lo mismo ocurre con don Juan, don Eduardo, don José y don Serafín. Cada ciudadano está reunido con otros ciudadanos. ¿Tratarán de arreglar el mundo?

La gente afirma que la vida se ha puesto muy difícil y no hay tiempo para nada. Una manera de resolver los asuntos, sin malgastar las horas de oficina, consiste en el último invento de la sociedad actual: los almuerzos de trabajo.

Hace unos días recibimos la convocatoria para un almuerzo de trabajo en un restaurante de la zona turís-

tica de Las Canteras. Acudirían varias personas interesadas en promover la publicación de unos libros destinados a la formación cultural en las empresas.

Mientras llegaban los participantes a la reunión de trabajo se sirvió un profuso aperitivo en el bar del establecimiento. La mayoría prefirió el whisky, aunque no faltaron partidarios del gin-tonic y la cerveza. Luego se inició un debate en torno a la minuta, que quedó por último fijada en cóctel de mariscos, huevos pochés y chateaubriand con setas del Tamadaba.

Ya instalados en el comedor, en tanto se hacía honor a las viandas y vinos de mesa, los comensales se liaron en una conversación general sobre las posibilidades de la Unión Deportiva en el campeonato de Liga. También se habló, de pasada, de una sensacional bailarina que actuaba en una sala de fiestas.

Hubo postres y champaña; café, puro y licores. Empezaron las despedidas.

Alguien lanzó una insinuación.

—Y de los libros, ¿qué?

—Bueno —contestó una voz autorizada— de eso trataremos en otro almuerzo de trabajo.



VIAJE EN FALUA

DURANTE muchos años estuvo vigente en el mundo infantil la estampa del marinero a escala reducida: una blusa azul con amplio cuello ribeteado de blanco, pantalones bombachos y una gorra que llevaba en letras de oro el nombre del **Neptuno** o cualquier otro navío. El atuendo se completaba con un silbato pendiente de un cordón de seda.

El niño, al verse atrapado dentro de este uniforme, sentía el impulso de las gestas gloriosas.

—Papá, llévame a dar un paseo en falúa —decía después de ensayar con el silbato un concierto en pi mayor.

El puerto de la Luz vivía una época de esplendor, unos años antes de estallar la primera guerra mundial. Los muelles no daban abasto al tráfico de mercancías; las grúas y los carriles elevados del carbón trabajaban a pleno rendimiento; vapores de todas las banderas, atracados o fondeados, se apretujaban entre sí mientras las chatas y candrays conducidos por remolcadores surcaban la bahía de las Isletas.

Don José y doña María, con las niñas y el chico vestido de marinero, aguardaban en el muelle de Santa Ca-

talina para dar un paseo en falúa. En la misma marquesina de embarque había un cartelón con las tarifas.

“Conducción de la tierra a bordo o viceversa, con derecho del patrón a llevar otros pasajeros, una peseta.

Por alquiler exclusivo para ir y volver una persona o familia, cuatro pesetas.

Por cada hora o fracción de ella que aguarde al costado del buque, una peseta.

Paseo de una familia por el puerto y bahía, la primera hora, cuatro pesetas.

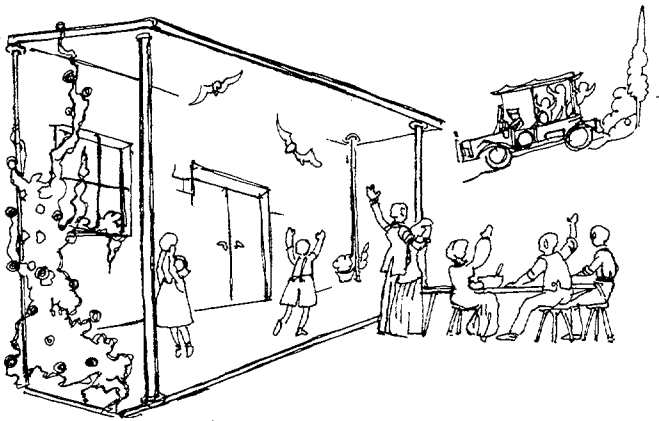
Por cada hora más o fracción de ella, una peseta con cincuenta céntimos.”

Un dispendio de cuatro pesetas —una comida en el Hotel Metropol, una docena de pañuelos de lino— era como tirar la casa por la ventana, pero don José se sentía arrastrado por el entusiasmo del tierno vástago vestido de marinero. La falúa arrancaba dejando atrás un remolino de espuma, mientras don José se sentaba a popa, sujetándose el maipol para impedir que se lo llevara la ventolera.

—Miren, niños; estamos a más de ochenta metros de tierra. Aquello que se divisa a lo lejos y que parece el fin del mundo, ¿lo ven?, es la catedral.

Doña María rodeaba a las niñas con sus brazos, asustada ante las olas que lamían los costados de la falúa. Iban apiñadas sobre el paño de terciopelo azul que cubría los asientos. Pepito, orgulloso de su traje de marinero, se dirigía al patrón de la falúa con firmeza.

—Oiga, no se preocupe si aparece una ballena. Ya le avisaré con el pito.



UNA HUELLA EN EL CIELO

“¡Oh costumbres campestres envidiables!
Días de la Edad de Oro, antigua Era
en que estaban los hombres sin afanes,
y sin dueños maléficos las bestias;
en que huestes ningunas todavía
se juntaban al son de la trompeta,
ni sobre el duro yunque se forjaba
la destructora espada de la guerra.”

NADA mejor que este fragmento de las *Geórgicas* de Virgilio, traducido por nuestro singular polígrafo José de Viera y Clavijo, para evocar las excursiones al campo de la época de la niñez: domingos luminosos, ondulantes carreteras, automóviles con las capotas abiertas a la brisa y la alegría del paisaje.

Y había paz en la tierra, en los corazones.

Salíamos de la ciudad muy temprano, casi de amanecida, por miedo a que los reventones del camino retrasaran la hora de llegada. El *chauffeur* —uniforme azul y gafas de color caramelo —cambiaba con celeridad las ruedas, una, dos, tres, a veces cuatro, y nuestro fotingo

de bigote seguía la marcha envuelto en una dorada nube de polvo.

¿Y qué importaban los baches? Los chicos cantábamos a coro; saludábamos con el pañuelo al pasar a otro coche. Ante todo, nos sentíamos felices de participar en una aventura. Atrás habían quedado los eucaliptos de Pico Viento, la doble fila de las casas de Tafira, las vides del Lentiscal, la plaza de doña Luisa. Y ahora, como en un sueño, aparecía frente a nosotros el mágico esplendor de la Vega de Enmedio y al fondo la pincelada violeta de las montañas centrales de la isla.

—¿Qué tal el viaje?

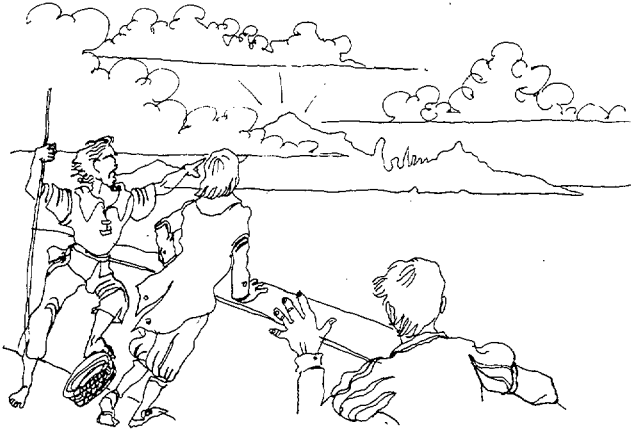
—Estupendo, sólo se nos picó una rueda.

—A nosotros, dos. Vaya por otras veces que han sido las cuatro. Y el tiempo está magnífico.

Ya se encontraba toda la familia en *Palma-romero*, la finca de nuestra abuela materna. Los mayores hablaban de un paseo hasta el Gamonal, después de comer en la casa, pero los primos queríamos que el almuerzo se hiciera al aire libre, bajo los castañeros, y que inmediatamente iniciáramos una excursión a la montaña de las Tres Piedras para ver los pájaros pintos de cerca... En fin, la discusión de todos los domingos. A veces ganaban los padres, en otras, los pequeños, gracias a la colaboración de nuestra tía María, la mejor aliada de la gente menuda.

—¡Viva! ¡A la montaña!

Allá arriba pasaban los bandos de pájaros pintos dejando una estela multicolor en el azul del cielo.



SAN BORONDON

LAS islas tienen por su misma condición de tierra solitaria y acotada por el mar una dimensión mágica. En los mapas antiguos se suponía como mundo conocido el continente donde vivía el geógrafo —Europa, con su dintorno accesible—, y todo lo demás se perdía en mitos y vagas figuraciones. Los personajes, los árboles, las alimañas disimulaban algún perfil costero de dudosa precisión. Los mismos arabescos de la caligrafía, así como la rosa de los vientos y la retícula de meridianos y paralelos, llenaban los espacios no explorados o al menos ignotos para el informador de los navegantes. Y a veces surgía al vuelo de la plumilla una isla misteriosa.

—He aquí la ballena de San Borondón.

Ninguna tierra con mayor solera de fantasía que nuestra octava isla, cantada y dibujada en historias y planisferios: la *Non Trubada* o isla de San Balandrán.

La áurea leyenda acogida por Plinio, Ptolomeo, D’Avezac, el *Livro das Ilhas*, habría de empujar a los navíos en su demanda de lejanos y extraños países.

De nuestra ciudad partió una armada en 1526 bajo el mando de Fernando Alvarez y Fernando de Troya.

Unos años después el regidor Villalobos repitió la aventura. Todos volvían con las manos vacías, aunque algunos marinos extranjeros aseguraban haber desembarcado en la isla misteriosa.

En 1792 hubo otra expedición, a bordo de la balandra *Nuestra Señora de Regla*, el *Buen Viaje* y *San Telmo*, y tampoco apareció la ballena de San Borondón. Y así se ha perpetuado la incansable búsqueda, que cada poco tiempo se renueva e incluso ha llegado a la fama popular de las islas.

“Trimenda mentira
nos metió el patrón
quien siendo muchacho
mucho navegó,
en la barca *Elvira*
la que se perdió.

Tan brava y bonita
y se trabucó,
buscando la isla
que un fraile miró
frente a la Gomera
con todo claror.

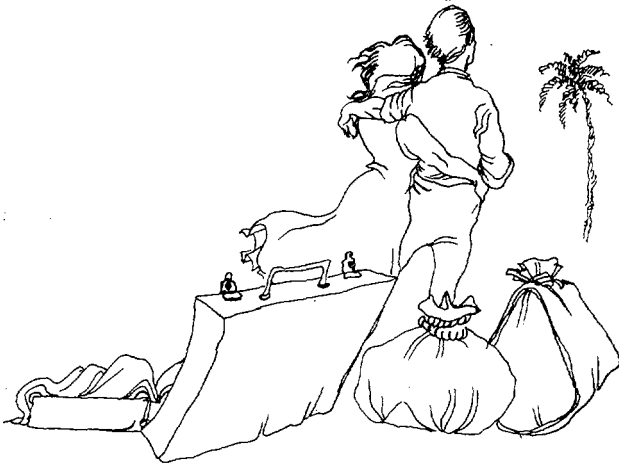
El patrón contaba
cosas que inventó,
porque aquella isla
jamás la encontró,
ni viola en su vida
ni a ella arribó.

Era la Encantada
que desapareció,
la negra ballena
del diablo mayor,
con los siete obispos
y el santo santón.

Boguen compañeros
que el viento rondó,
boguen compañeros
que el viento salió
y la mar nos tumba
sobre el caletón.

Boguemos ligeros
con fuerza y ardor,
que allá por los mares
la *Elvira* se hundió
sin dar con la isla
de San Borondón.”

A lo mejor, cualquier día, nos llega la noticia de que algún navegante ha arponeado a nuestra isla-ballena.



VUELTA A LA VIDA

HAY gran alegría en San Nicolás; ha vuelto Antonio, el hijo de Micaelita; la gente acude a la casa, un escalón más del Risco, mientras los voladores estallan en el cielo.

El señor Juan, el padre, dispone las botellas de ron y refrescos, los chochos salados, el amplio caldero de las carajacas. Su cara refleja satisfacción bajo la fila de bombillos que señala el tenderete. No todos los días se recupera un hijo que se ha marchado a Europa para trabajar. “¡Ojos que te vieron dir!”

Todo el barrio, como una gran familia, se reúne en torno al viajero. La ausencia ha sido larga.

Antonio saluda a los amigos.

—Ya, tú eres Felipe. ¿Te acuerdas de la serenata que le dimos a Pinito? ¿Qué se hizo de ella?

—Mala suerte. Se fugó con un peninsular.

—Y tú, Miguel, ¿te casaste con Petra?

—Claro, y tenemos cuatro galletones, más malos que la quina. Hacen las mismas mataperrerías que nosotros, pero a lo bruto y caiga quien caiga.

—¿Y qué has hecho tú, Perico?

—Sigo soltero y dedicado a la pesca en Africa como mi padre y tu tío Agustín. Las cosas han cambiado; ahora sí que hay moros en la Costa.

Después de los saludos vinieron los brindis y la alegría se hizo general. Los voladores trazaban rayas de fuego en la noche. El señor Juan, en su papel de anfitrión, se creyó obligado a lanzar la clásica arenga.

—¡Ron para los hombres y refrescos y galletas para las niñas!

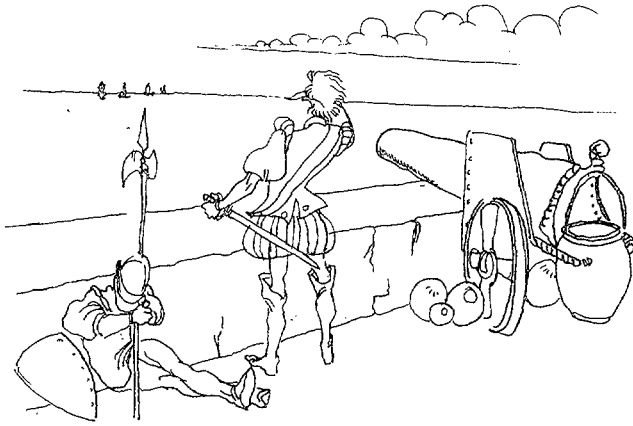
Saltó Pepita Juana, la de maestro Chano, como si la hubiera picado con un alfiler.

—Eso era endenantes, usted. Nosotras también queremos ron con chochos y carajacas. ¡Pues no faltaba más!

La fiesta, sin decaer el entusiasmo, continuó hasta el amanecer. Antonio se sentía feliz.

Cuando todos se habían marchado, nuestro hombre se sentó en el muro y contempló la ciudad que se despertaba allá abajo, junto al mar. ¿Podría adaptarse a un ambiente tan diferente del que había conocido en los últimos años?

La brisa flotaba en la noche. Aquí estaba su mundo, su gente.



LA ARMADA ENEMIGA

“Las banderas inglesas embarcadas
por no perder mejores ocasiones,
en busca de las Islas Afortunadas
guían los bien armados galeones;
pero no las hallaron descuidadas,
antès con necesarias municiones...”

HE aquí una estampa marinera, en pleno Siglo de Oro, del ilustre poeta Juan de Castellanos; un dato más a añadir a los documentos gráficos y literarios que ilustran los asaltos navales a nuestras islas.

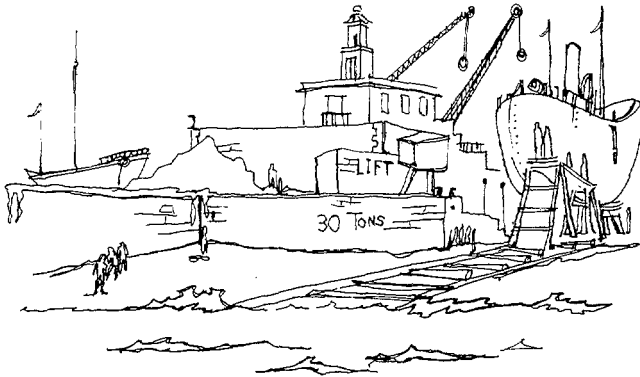
El poeta se refiere a sir Francis Drake y sus naves corsarias, cuya derrota en Santa Cruz de la Palma tuvo un sonado refrendo en el rechazo desde el litoral de nuestra ciudad. No ocurrió así, por desgracia, con la armada de los Países Bajos en 1599, que logró forzar las defensas y apoderarse de Las Palmas aunque luego los *marines* holandeses fueron derrotados en el Monte Lentiscal.

Y ¿cómo eran los barcos de la época? A través de los grabados holandeses, así como el mapa de Abraham Or-

telius, en el *Teatro Orbis Terrarum*, 1570, podemos observar los matices diferenciales de los navíos de guerra que atacaron nuestra ciudad respecto a los ingleses y españoles del mismo tiempo. Los galeones holandeses tenían galería, una cubierta en el castillo de proa, alcázar y toldilla. En un grabado de W. Barentsoen, fechado en 1594, se observa una doble galería además de los clásicos tres palos —trinquete, mayor y mesana— y otro palo de contramesana a popa, sobre el alcázar. Los aparejos son bastante complicados, con innumerables perigallos en los estays, perchas y relingas.

La flota que realizó el asalto a Las Palmas constaba de más de ochenta buques, contando algunas embarcaciones menores, de dos y un palo, incluso con velas tarquinas, y en ella viajaban cuatro mil tripulantes y ocho mil soldados de infantería de Marina. En realidad la flota comprendía tres escuadras, con distintivos azules, blancos y naranjas, y el mando superior estaba confiado a Pieter van der Does, desde el buque insignia **Orangieboom**, que en idioma neerlandés significa *naranja* o como diríamos los isleños *naranjero*.

Fin del siglo XVI. Sobre el horizonte se perfilaban los navíos de la armada enemiga. Van de retirada. Sólo ha dejado un recuerdo, el humo que corona algunos monumentos e iglesias de la ciudad.



FIN DE SIGLO

LA vida de un pueblo, jalonada por acontecimientos de diversa entidad, se desenvuelve a través de las generaciones sucesivas, de padres a hijos. Unos hacen la siembra y otros recogen la cosecha.

El año 1883 se considera un año crucial para la economía isleña: el puerto de La Luz, iniciado unos años antes, iba a obtener la categoría soñada mediante la construcción de las nuevas instalaciones. Un triunfo personal de don Fernando León y Castillo. El 26 de febrero se celebró el acto inaugural de las obras en la explanada del futuro Muelle Grande con asistencia de autoridades y público.

Veamos otros hechos de fin del siglo pasado, con repercusión en nuestro ambiente.

1884

Sale a subasta el tranvía entre el Puerto y Las Palmas. Restablecimiento de la estafeta de Correos y servicio permanente de Telégrafos.

1885

Naufraga en los arrecifes de Gando el trasatlántico Alfonso XII. Llevaba a bordo 500.000 duros con destino a Cuba.

1888

Se establece un servicio de vapores correos entre las islas, a cargo del **Viera y Clavijo** y el **León y Castillo**.

1889

Se terminan las obras del hotel Santa Catalina, en la ciudad, y el faro —62 metros de altura— de Maspalomas, al sur de Gran Canaria.

1890

Inauguración del tranvía de vapor. Fundación del Ateneo Canario, que tuvo una vida efímera. Durante el año visitaron el puerto 2.308 buques, con notable diferencia a favor de los vapores sobre los veleros.

1894

Embarcan tropas canarias destinadas a la guerra de Cuba. Visita su ciudad natal don Benito Pérez Galdós, tras veinte años de ausencia en Madrid.

1898

La Administración dispone un presupuesto para fortificar las islas ante el temor de un ataque por parte de EE.UU. Se proyecta colocar cañones en lugares estratégicos, incluso en las torres de la catedral e iglesia de San Agustín.

1899

Al terminar la primavera se instalan farolas de luz eléctrica en la plaza de Santa Ana y calles colindantes. Durante el invierno una tormenta produce diversas inundaciones y la lluvia destroza los muros de protección del Guiniguada.

La vida sigue.



ENRALO

— ¡JESUS, querida, vaya niña enralada!
El enralo equivale en el país a un entusiasmo ligero y burbujeante, nacido de cualquier circunstancia que excita el ánimo. Se enralan las muchachas, los niños e incluso los caballeros.

— ¿Te has fijado en don José? Está enralado con la nueva secretaria.

De todas formas la gente joven es más propicia al enralo que la mayor, por aquello de la poca firmeza y la impresionabilidad. Al nene no se le pueden reír demasiado las gracias sin peligro de que se propase. En plan de enralo lo mismo hará pis en la alfombra que en los pantalones de don Anselmo, el notario. Y ¿qué pasará con las niñitas de segundo de bachillerato si se suelta el hilo de la cometa? Lo dice doña María: andarán por ahí enraladas con un pitillo rubio o un galán de quince años.

No conviene, sin embargo, confundir el enralo con el relajo a la cubana. Nuestro enralo es más modesto y sobre todo menos pecaminoso. El enralo es cosa pasajera, de andar por casa.

¿Recuerdan ustedes el caso de Chonita, la hija de maestro Francisco el velero de los Arenales? Decía doña Soledad, la madre, que si su hija se echaba un novio antes de los dieciocho años, y estaba por cumplir dos menos, la iba a moler a pirganazos y tenerla a agua y gofio hasta que se le pasara el capricho. Doña Soledad, en realidad, tiraba más a mula que a persona, y todo el mundo decía que Chonita se quedaría soltera porque no habría nadie capaz de cargar con una suegra así, con tendencia al pesebre y la coz a destajo.

“¿Qué va a pasar?”, se preguntaba la gente cuando un muchacho de Tenerife se puso a cortejar a Chonita. “Se carga a los dos, usted”, comentaba el tendero de la esquina, “doña Soledad es más bruta que un arado de punta”.

Así transcurrieron unos días, y al fin doña Soledad se enteró del asunto. No hizo comentarios; cogió a los tórtolos y los llevó al cura de la parroquia.

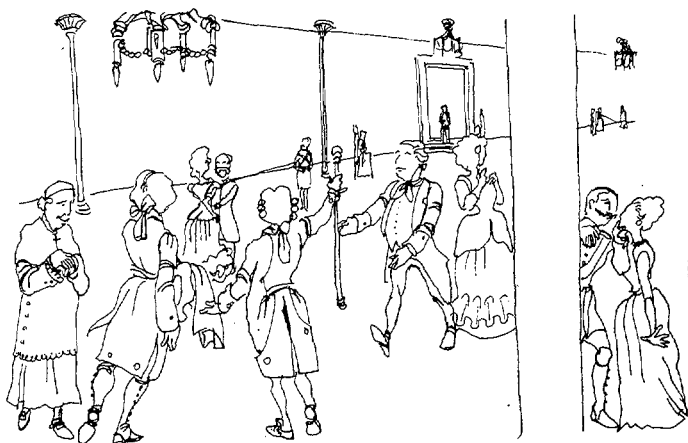
—Cáselos —dijo. —Ya le traeré los papeles.

Don Bartolo, el cura, tuvo que acatar la orden.

¿Quién se atrevía a contrariar a doña Soledad?

Y ella tenía sus razones.

—Mire, padre; prefiero un yerno chicharrero a dos años de enralo.



PRIMEROS TIEMPOS

EL cruel destino de los documentos del archivo municipal —su desaparición por saqueos piráticos e incendios— tuvo dos excepciones de calidad, el **Libro de Provisiones y Reales Cédulas**, que ahora se custodia en el Museo Canario, y las **Ordenanzas** del primer Cabildo o Concejo de Gran Canaria, recopiladas por Melgarejo, que se conservan en el archivo de Acialcázar. Así se hace presencia, de mano de tales testimonios, la naciente ciudad de Las Palmas: títulos y fueros, formación corporativa, vida cotidiana. Comenzaba el siglo XVI y la comunidad isleña se enfrentaba a la realidad del mundo.

Por un mandato de Isabel la Católica en 1503 sobre rentas y bienes comunes nos enteramos que en Las Palmas, a los veinticinco años de su fundación, existían un bodegón, dos tiendas y una casa de mujeres públicas. La vida es así.

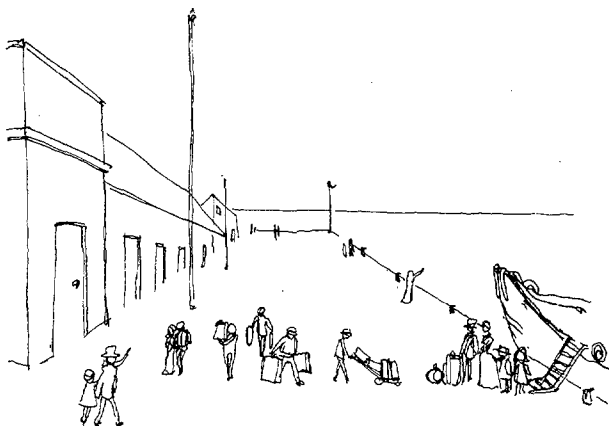
Unos años después, en 1515, la reina doña Juana ordenaba que en la isla hubiera un preceptor de gramática “por que fuessen industriados los vezinos della”. La reina olvidaba sus locuras de amor para poner la primera piedra de la futura Universidad de Las Palmas.

Casi a raíz de esta real cédula, el 18 de diciembre de 1517, en nombre de su hijo don Carlos, disponía que se marcara un salario a un médico que fuese: “buena persona y tal que convenga para la salud de los vezinos dessa dicha ysla”, a cargo de los propios y rentas del común de Gran Canaria. Una fecha crucial para la historia de la medicina local, aunque conviene insistir en que el fuero concedido por los Reyes Católicos en 1494 preveía la erección de un hospital, a cuyo deseo se había adelantado la iniciativa privada (San Martín) sin esperar a la pacificación de la isla.

De forma paralela a las decisiones de una corte lejana, invisible, el Concejo municipal encauzaba la vida del pueblo. Quedaba fijado el sistema de limpiar las calles; las atribuciones de los guardas de heredades; los títulos y deberes de sastres, confiteros, hortelanos, plateros, albañiles o molineros; la prevención contra el fuego; el comportamiento de los navíos al llegar al puerto de las Isletas.

Corría el primer tercio del siglo XVI, y la comunidad adquiría importancia social y económica. Había que proteger a los ciudadanos.

“Que ningún zapatero sea osado de vender ningún zapato de badana por de cordobán y si lo hiciere caiga en pena de dos reales y los zapatos perdidos.”



LOS MALETEROS

EN la estructura social todos son importantes, desde el obrero no cualificado hasta el señor presidente. ¿Cómo viviríamos sin panaderos? Y ahí está Pepe Cañadulce, con su atronadora bocina que anuncia la alegría circense. Necesitamos al boticario y al chapista, a maestro Juan el albeador y al notario. Y ¿qué haríamos sin los guagueros? Don Alfredo, el doctor, nos salva de muchos apuros. Y acudimos al carpintero. También el monaguillo cumple su misión. Y el señor ingeniero. Y Andrésillo el de Tomasa, que va para defensa central de primera división.

La gente vive un poco al aire del momento, sin preocuparse de los muchos servidores que forman el dintorno social. Y la vida es trabajo y servicio. Hasta don José, ¿cómo no?, figura a nuestra órdenes.

Y si miramos hacia el pasado, hacia la historia, siempre ha ocurrido igual. Recuerden, por ejemplo, a los maleteros del Muelle Grande.

Una mirada retrospectiva podría arrancar de las brumas del tiempo ido a aquella gloriosa escuadra de los maleteros, arracimada en torno a los viajeros del trasa-

tlántico de turno (o del correílo con aire de tartana anfibia). Allí estaban los hermanos Monagas, y Pepito el Mudo, y el gigantón Juan Chicharra, y el compadre Moreno, y Silvestre, y Momito el Calentón, y la interminable caterva de los Calcines, etc. Aparecer un señor con maleta y caerle encima aquella especie de marabunta con bigotes y gorras de visera, era todo uno. Y pobre del que se resistiera al afán traslaticio de los palanquines portuarios: la marabunta, o uno de sus elementos, llevaba al señor aferrado a su maleta hasta las entrañas del buque a punto de zarpar. No era cuestión de propina sino de dignidad profesional. Ellos estaban para cumplir un servicio, y lo hacían contra viento y marea.

Con esto del progreso y la finolería actual, quizá haya desaparecido el rudo maletero de antaño, capaz de llevar de una vez catorce maletas y un piano de cola. Nosotros, sin embargo, no podemos olvidar la estampa de Silvestre o Momito cuando se acercaban al viajero y pretendían adoptar un aire de esmerada corrección.

—¿Va también el bultito, caballero?

Y se dirigían hacia el barco con el *bultito* —un ropero de tres cuerpos— encaramado a la montaña de maletas que llevaban a la espalda.



ENTRE POETAS ANDA EL JUEGO

AL comenzar el verano de 1563 nació en nuestra ciudad Silvestre de Balboa Troya y Quesada, considerado después como el primer poeta de la literatura cubana. Su madre, Ursula de Troya, era también canaria y se había casado con Rodrigo de Balboa, andaluz y vecino de la isla.

En el poema **Espejo de Paciencia** —un título al que Lezama Lima confiere una fascinación mágica— Balboa antepone un soneto del alférez Cristóbal de la Coba Machicao, regidor de Puerto Príncipe.

SONETO

“Tan alto vuelas, pájaro canario,
que se pierde de vista ya tu vuelo,
cual águila caudal que sube al cielo
a buscar su remedio en su contrario.

Tú, que con nuevo estilo extraordinario
tu fama extiendes por el ancho suelo,
cantando la prisión y desconsuelo
del divino Pastor, santo vicario;
baja del alto alcázar de Helicon,

donde tu claro ingenio te ha subido,
a esta fragilidad nuestra ordinaria:

Y ceñirán tus sienes la corona
del lauro bello sin sazón cogido,
que te ofrece tu madre Gran Canaria.”

Vayamos ahora a *La Galatea*, cuya primera parte se publicó en 1585, unos veinte años antes de que Balboa publicara su *Espejo de Paciencia*, y a los memorables versos que Miguel de Cervantes dedicó a nuestro poeta de los esdrújulos, Bartolomé Cairasco de Figueroa.

CANTO DE CALIOPE

“Tú, que con nueva musa extraordinaria,
Cairasco, cantas del amor el ánimo
y aquella condición del vulgo varia
donde se opone al fuerte el pusilánimo;
si a este sitio de la Gran Canaria
vinieres, con ardor vivo y magnánimo
mis pastores ofrecen a tus méritos
mil lauros, mil loores beneméritos.”

El primer verso de la estrofa es casi idéntico a otro del soneto de Machicao, con la única diferencia de “estilo” por “musa” y la inevitable sinalefa. En aquel tiempo los poetas se robaban, al menor descuido, palabras y música.

Ya *La Galatea* había llegado a las Indias, pese a la prohibición de embarcar elementos contaminantes del sueño americano, y Cervantes lanzaba al aire sus lamentos ante las esquivas musas.

“Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.”



LA CHARANGA

EN un lugar de Vegueta de cuyo nombre sí queremos acordarnos, la calle de los Reyes, al filo de la catedral, surgió una agrupación lírica quizá sin precedentes —ni poscedentes— en la historia del país.

La idea nació del caletre de maestro Antonino, una especie de latonero con ribetes de albeador que había vuelto de Cuba con menos dinero que a la marcha (5 pesos contra 80 duros y un gallo inglés). Maestro Antonino tenía una vocación secreta, la música, y para ejercerla se le ocurrió fundar una orquesta o rondalla que habría de presentarse al público en los próximos carnavales.

Al correr la noticia por las barberías, carpinterías y demás centros musicales de la ciudad comenzaron a presentarse en el taller de la calle de los Reyes los aspirantes a figurar en *La Napolitana*, nombre que se había adjudicado a la agrupación como remedo de *La Siciliána*, una rondalla de pulso y púa de gloriosa memoria. Y los aspirantes eran legión, atraídos por el tufillo a ron que señalaba el camino de la latonería de maestro Antonino.

Ya se sabe que las latonerías suelen ser pequeñas y sombrías, como una sucursal en miniatura del túnel de

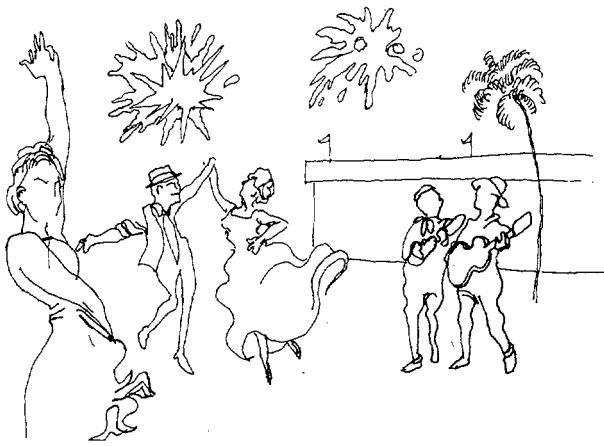
Tenoya; pero en este caso la ley quedaba desbordada por la amplitud del local, que en otro tiempo fuera cochera de una familia isleña. Allí cabían holgadamente los sesenta u ochenta músicos y sus variados instrumentos, del trombón al laúd, del pandero a la armónica, de las maracas al bombardino, del timble al rallador, pues la cuestión era hacer ruido al socaire del ron y el mal oído de maestro Antonino.

Los ensayos comenzaban al caer la tarde bajo la batuta —un trozo de pírgano— del director, unas veces blanco y afantasmado por mor del albeo y otras de riguroso luto a causa del trabajo junto a la fragua.

El ruido que salía de las antiguas cocheras era ensordecedor y hacía retemblar las casas y las torres de la catedral. Se contaba que el obispo monseñor Marquina había hecho reconocer los cimientos, por sí acaso.

Los días, las semanas y los meses fueron pasando y al fin llegó la fecha, un memorable sábado de Carnaval, en que *La Napolitana* ofreció sus primicias musicales al público de Las Palmas. He aquí la reseña del acto según versión de un diario local.

“Anoche se celebró con gran asistencia de público el esperado concierto-serenata de *La Napolitana* en el parque de San Telmo. Por una repentina indisposición de nuestro crítico nada podemos decir sobre las condiciones musicales de dicha charanga, formada por setenta y tres profesores de carpintería, latonería, barbería y similares. Parece que el éxito no fue muy completo y el señor director maestro Antonino Perera y demás profesores afectados se encuentran en plena recuperación del remojón sufrido en el cercano muelle del Castillo. Les deseamos un pronto restablecimiento y que se reintegren a sus trabajos habituales para bien suyo y del país.”



FIESTA

EL verano es una época propicia a los festejos populares, y los molinillos de feria, las cajas azules de las turroneiras, las tómbolas y los tíovivos recorren los barrios con un trasfondo de alegría parrandera.

La gente va de un lado a otro, al rumbo. La plaza y las calles se inundan con los vivos reflejos de las banderolas y los trajes de las muchachas en flor.

El paseo se anima junto a las barracas del tiro al blanco, los botellines de cerveza capturables con una argolla, las barajas que prometen un duro por peseta. Una banda de pueblo atrae a la juventud con ansias de baile y jolgorio; los mayores contemplan el espectáculo y sienten que el corazón les brinca en el pecho al conjuro de los recuerdos.

Al llegar la noche los voladores estallan en el cielo como capullos de luz; luego descienden en cascadas de color y lágrimas.

—Aaaah...

Un gigantesco suspiro se escapa de miles de gargantas al caer las lágrimas de magnesio —lentas, suaves, tranquilas— en la oscuridad de la noche.

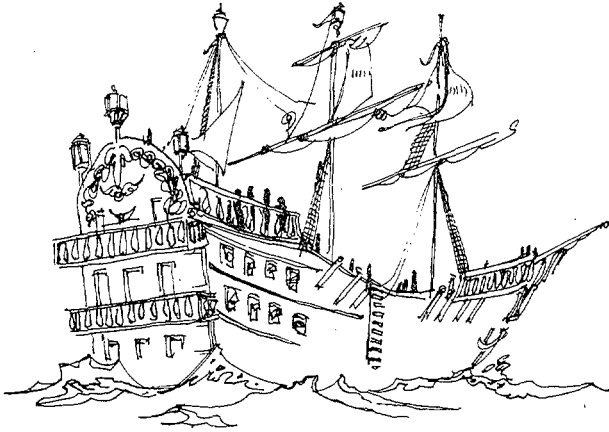
Y con ligeras variantes lo que sucede en la ciudad se repite en el campo mientras los feriantes de los molinillos y el turrón de gofio siguen el periplo festejero de la isla. Y no sólo en verano pues cualquier tiempo es bueno para honrar a los patronos. Y para divertirse.

Podría trazarse un mapa —una imagen vale más que un guineo— de la isla en fiestas: la pesca del Charco, en la Aldea; la romería terorense del Pino; las ferias de ganado en San Mateo y Santa Brígida; la Rama de Agae-te; las carreras de cochinos, en Agüimes; los almendros en flor de Tejeda; los bardinos y perros de presa en Artenara; las naranjas y caña dulce de Jinámar... ¿Qué pueblo no tiene su fiesta característica? Aunque sólo ocurra una vez al año la gente necesita evadirse del mundo cotidiano, de la monotonía.

Aquí, en la ciudad, el aire de fiesta culebrea por todos los barrios.

Un día cualquiera, cuando nos disponemos a dormir, oímos a lo lejos el alegre repiqueteo de los voladores. Y al asomarnos al balcón divisamos en la noche las cascadas de luz, las lágrimas de magnesio.

—Aaaah...



AQUI Y ALLA, AVENTURA

AL isleño le gusta correr aventuras, incluso salvando los inconvenientes de la poca edad o nula preparación para hacerse un porvenir al otro lado del Atlántico.

A principios del siglo XVI, concretamente el 25 de julio de 1625, era despachado para Nueva España el navío *Nuestra Señora de la Antigua* bajo el mando del regidor de Gran Canaria Matías García de Aguilar. Entre la tripulación, catalogada como “gente de mar”, había grumetes y pajes en plena infancia o rozando la primera juventud, según propia declaración. Muchos de ellos se quedaron para siempre en las Indias.

Repasemos el rol de los pajes.

Antonio Lorenzo, natural de Las Palmas, de edad de 15 años poco más o menos, con un lunar en la parte izquierda del rostro.

Francisco García de Aguilar, de edad de 11 años, moreno de cara y ojos grandes.

Antonio de Torres, edad 10 años aproximadamente. Natural de Las Palmas.

Juan García, también canario, de 11 a 12 años, bajito de cuerpo.

Antonio. “natural que dijo ser de Canaria y de 12 años”.

Juan, con parecida declaración, de 14 ó 15 años.

Baltasar de Orihuela, natural de Las Palmas, de 11 años poco más o menos.

Otros muchachos algo mayores, de 16 a 18 años, estaban enrolados como grumetes. Veamos la ficha de uno de ellos.

“Andrés Rodríguez, natural de Canaria, chico de cuerpo, menudito de rostro y desbarbadillo, de edad de 17 años poco más o menos.”

Aunque algunos de los grumetes y pajes eran familiares de otros tripulantes de mayor categoría, no estaban exentos de las duras faenas del mar: maniobras con el velamen, servicio en la cocina, arreglos del aparejo. La vida a bordo del barco permanecía sujeta a la más rigurosa disciplina y la llegada a los puertos de América se consideraba como una liberación... cuando lograban escabullirse y quedarse en tierra.

Fue mucha la gente que emprendió una nueva vida en los países americanos. En aquella época, el primer tercio del siglo XVII, un regidor de la isla decía que la emigración iba a despoblar los campos, sin que quedara nadie para labrar la tierra y recoger las cosechas.

No ocurrió así. De todas formas, también la vida isleña era una aventura.



EL FANTASMA DEL GENERAL

—¿**Q**UE si existen fantasmas? Niéguenmelo a mí —decía el historiador y heraldista don Diego de Quintana y González-Corvo—, y les dejaré pasar una noche en mi casa... Ya oirán el sable del general arrastrándose por el entarimado del pasillo.

Las historias de aparecidos y almas en pena tienen a veces notables visos de realidad.

En el cementerio de Las Palmas, entrando a mano izquierda, está el mausoleo del general Noguera, a quien se atribuyó el fusilamiento de la madre de Cabrera durante la guerra carlista. Los azares de la vida política lo trajeron a nuestra tierra. El general refugiado en la isla a finales del XIX, murió de un colapso en su casa de la calle Triana, donde está instalada la joyería El Rubí y antes hubo una carpintería y una bodega. El trágico fin se atribuyó a la noticia de la llegada de un posible vengador, desembarcado aquella misma mañana del correo de la Península.

La historia del aparecido empieza cuando los nuevos inquilinos, don Diego de Quintana y su esposa doña Dolores Melián Wood, oyeron una y otra vez, por las no-

ches, los pasos del general y el arrastre del sable —tras, tras, tras— al subir y bajar las escaleras de la casa.

Don Diego era un hombre ilustrado, docto genealogista e historiador, y su personalidad se respetaba en todo el ámbito ciudadano. No había por qué dudar de su palabra.

—El general —afirmaba don Diego— no sólo se pasea por los corredores sino que al acostarnos zarandea la cama, nos echa el aliento en el rostro y tira de las mantas con irresistible fuerza.

El fantasma no se dejaba ver, pero sí hacía notar su calidad de testigo de la vida cotidiana.

Mucho tiempo después la viuda de don Diego, doña Lolita Melián, que a la sazón contaba 101 años de edad y vivía junto a nuestra casa de la calle de los Balcones, nos contó la última historia del fantasma del general Noguera.

Después de una temporada de silencio, los ruidos comenzaron a arreciar por la parte de atrás de la casa, hacia la Marina. Todas las noches, dominando el fragor de las olas, se oía una pesada cadena y el matrimonio se refugiaba en las habitaciones que daban a Triana. La criadita, una muchacha del campo, decía que apenas podía dormir.

— ¡Ay qué susto, señora! Y todas las noches...

En efecto, la chica apenas podía dormir. Unos vecinos vieron las cadenas y cómo subía por ellas un costero, novio de la muchacha.

El fantasma, al menos en esa ocasión, era inocente.



LA FILARMONICA, AYER

NOTORIA es en la ciudad la larga y fructífera labor de la Sociedad Filarmónica a través de los años. En la etapa de don Diego Mesa de León, hace ya más de un siglo, la entidad pasó por momentos prósperos y otros difíciles, pero siempre se superaron las situaciones conflictivas. Había un solo norte: la música.

La historia de la Sociedad Filarmónica —su intrahistoria— puede seguirse a través de los libros de actas. Veamos algunas anotaciones que de paso reflejan el espíritu de la época. Ya estaba lejana su primera fundación, cuando nació el Gabinete Literario y los patricios de entonces dieron un nuevo impulso a la vida cultural de la ciudad.

14 dic. 1866. “Se acuerda gratificar al aficionado don Vicente Galván con la cantidad de 200 reales por cantar con la orquesta el segundo día de Pascua.”

Un poco después, al principio del año siguiente, se designa a don Severino Lorenzo para hacerse cargo de la clase de música en el colegio de San Agustín.

14 marzo 1867. “Se acuerda adquirir un clarinete en LA.”

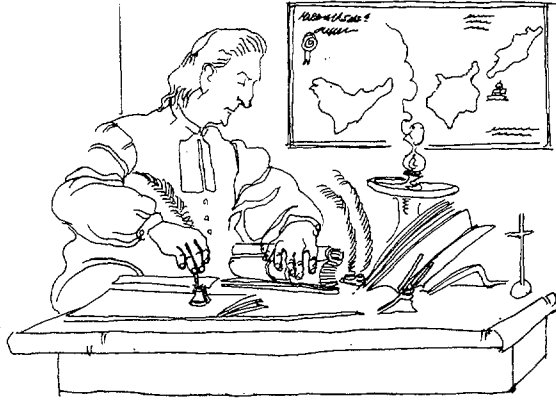
Figuran muchas anotaciones parecidas, así como la adquisición de partituras. El costo de *Traviata* fue de 160 reales.

24 abril 1867. “Se acuerda acceder a la petición de los Sres. Alcalde y Presidente del Gabinete Literario para que la Orquesta de la Sociedad toque una obertura y la primera tanda de rigodones en el baile de etiqueta que tendrá lugar en la noche del 30 de este mes, en el Salón del Teatro, con objeto de solemnizar el aniversario de la conquista de la Isla.”

Al año siguiente se autorizó a la orquesta para cobrar 60 escudos por amenizar las misas y actos religiosos en las iglesias. Por otra parte había contrato —8.000 reales— para las funciones catedralicias, que suscitó una controversia con el obispo y cabildo. Al fin hubo arreglo entre la Filarmónica y las autoridades eclesiásticas.

Ya en aquellos tiempos la gente se quejaba de la carestía de la vida. El cuento de nunca acabar.

20 abril 1870. “En virtud de que todos los años se acostumbra proporcionar a los Sres. Socios un día de paseo en carruajes al campo, se acordó darles este año una cena con serenata, en esta misma población, para evitar los subidos gastos de los carruajes.”



HISTORIA NATURAL

UNO de los libros más amenos y curiosos de nuestra literatura es el **Diccionario de Historia Natural** de José de Viera y Clavijo. En él aparecen noticias de variado calibre, pero siempre interesantes por su relación con el ambiente isleño. Una lectura que no defrauda al aficionado a estos temas.

Viera define a la chinche como un insecto “incómodo y execrable”, cuyo antídoto sólo se puede buscar en la limpieza. Añade que tales sabandijas constituyen el azote de la vanidad humana.

Al hablar del pino, indica que con un solo árbol se cubrió la iglesia de los Remedios, en La Laguna. Nuestra tea es “incorruptible, olorosa, algo bermeja, cargada de resina”.

La yerba ratonera (*Parietaria officinalis*, Lin.) abunda en las cercas, paredones y veredas, pudiéndose señalar su presencia en las antiguas murallas de la ciudad de Las Palmas.

Los lagartos verdes “son muy coléricos y muerden en la nariz a los perros que los acometen”. Ya Plinio hablaba de los lagartos canarios, de desmesurado tamaño,

y otros autores se referían a una especie de caimán en el roque Salmor, de la isla del Hierro, que torcía las “fisgas” de hierro de los pescadores.

En las islas se cría la caparrosa o piedra vitriólica, de la cual se obtiene una tinta de muy buena clase al disolverla de forma adecuada. Los escritos no se borran.

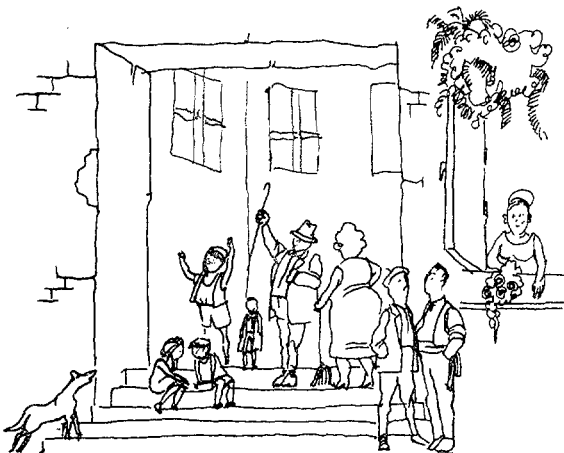
Los pájaros pintos se domestican fácilmente y pueden levantar con el pico los recipientes de grano y agua. Son más fuertes que el pintadillo y el jilguero francés.

La clacla es uno de los mariscos más sabrosos que se conocen, “preferible quizás a las ostras”, y se encuentra en los arrecifes de nuestras costas. Su pulpa, después de cocida al vapor, no tiene rival en materia de delicadeza.

En el fondo de la caldera de Bandama, en Tafira, hay un manantial de agua pura, así como cristalitos negruzcos y brillantes: se trata de “wolfango” o “tungstein”, igual al de Bohemia y otras regiones centroeuropeas.

Terminemos con una frase de Viera referida a la cañadulce (*Arundo saccharifera*, Lin.), que proclama su satisfacción patriótica: “Las primeras cañas dulces que se cultivaron en América se llevaron de nuestras islas, con la idea de los trapiches y el modo de fabricar el azúcar.”

Una aporte más a la colonización americana.



EL PORTON

LA vida se vuelve monótona y triste para las personas marcadas por la soledad, sin amigos ni familia con quien compartir la cotidiana aventura. Si ese es su caso, caballero, existe un remedio tan eficaz como barato: irse a vivir a un portón. No puede andarse por el mundo sin fantasía, sin sueños.

Nada existe más reconfortante para el espíritu que la convivencia a pleno chorro que se disfruta en los portones, metido uno entre los guisos de seña Nicolasa, las canciones frívolas de Pepita y los cuentos con vaho de ron de maestro Manuel, el latonero. Allí se goza, incluso, de la amistad de perros y palomas. Y se puede resolver cualquier bache económico pidiéndole prestado un huevo a una vecina y un poco de aceite para freirlo a otra.

En el portón nunca faltan distracciones —incluidas las pataletas de Mariquita al llegarle borracho el marido los sábados por la tarde—: quinielas, aparatos de radio y televisión, y el juego del escondite cuando aparecen los cobradores del agua y la luz.

El espíritu colectivo del portón vibra de entusiasmo

con los éxitos de Pinito —estreno de novio, “miss” del barrio, viaje a los carnavales de Tenerife— o los goles de Andresillo el de Tomasa en el Estadió Insular. En esas ocasiones hay fiesta y don Antonio, el esterero, se compra un puro de siete pesetas para lanzar los voladores desde el centro del patio común.

La gente del portón forma una gran familia y cuando el propietario desliza la fatídica frase, “Hay que reajustar los alquileres...”, el grupo de vecinos se convierte en una berroqueña unidad inatacable por las insinuaciones o las amenazas. Ellos están en “su” casa y no admiten ingerencias del exterior.

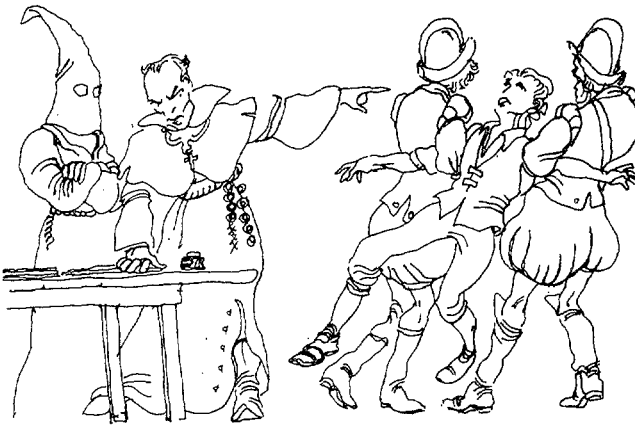
—Mire, don Miguel; espérese a que venga barco de La Habana.

Los portones conservan el pasado en el mundo actual. ¿Acaso no son los modernos bloques de viviendas una versión puesta al día de los portones tradicionales? El mundo va girando pero siempre vuelve a su origen: “*Roda el mon y torna al born.*”

La frase va en catalán, pues no siempre la verdad se expresa en latín o griego.

La ayuda mutua es una constante de la convivencia. Doña Isabel, la señora del piso 17, 2ºA, en el rascacielos con aire de portón, se dirige a una vecina con la mayor naturalidad del mundo.

—Hoy tengo invitados. Présteme, por favor, dos latas de cangrejo ruso y una botella de Napoleón.



PEQUEÑA CRONICA

EN una Relación histórica de las Yslas de Canarias compuesta a principios del siglo XVIII y que se conserva en la Biblioteca Nacional aparece la siguiente noticia sobre la fauna isleña.

“Los hurones y falcones son los de mayor corazón que se encuentran en la Europa, llevando de los últimos para el Rey de Ynglaterra quantos gasta en la altanería. Hai muchos pezes en sus riveras y muchos cavallos de admirable habilidad para marchar por las sierras, pues ban por donde apenas se puede hir a pie, con tal firmeza que es de asombrar: hai camellos y ningún animal ponsoñoso.”

TRAJES: La mala situación económica en el siglo XVII forzó al gobernador don Francisco Bernardo Varona a pedir que se cumpliera la pragmática real sobre “el Exceso de Trages, Lacayos y Coches” en nuestras islas.

“... Por estar todos los que tienen desde quince hasta cincuenta y cinco años alistados en compañías y tercios, excepto los eclesiásticos y relixiosos, sean comprehendidos en la Pragmática, permitiendo a los oficiales desde capitán arriva la excepción de poder traer banda guarne-

cida con rapazejos o encajes y botonadura de plata, y que se evite la superfluidad de imbiar tantos platos a los doloridos en los funerales, y que se minoren los gastos de fuegos de pólvora, que es grande y no se fabrica en las yslas.”

ISLA Y CIUDAD: En un manuscrito titulado **Floresta Española**, de la Biblioteca Nacional, se incluye un texto de 1602 con el título de “Figura de la Gran Canaria”. He aquí algunas referencias.

“Esta Isla de Canaria tendrá de contorno veinticinco leguas. El lugar principal se llama la Ciudad de Las Palmas; está fundada sobre el mar, y el Puerto está media legua desta Ciudad. Es pueblo de muy buenas casas y carnes y frutas. Los hombres son fuertes, y las mugeres algo morenas. La tierra es mui caliente. Ay en ella gran cantidad de unos pájaros que llaman canarios; son escojidos para enjaular por su mui dulce canto y armonía.”

Y LA INQUISICION: Entre los legajos de la Inquisición de Canarias que se custodiaban en el Archivo Histórico Nacional no es difícil espigar datos curiosos de la vida insular.

“Proceso contra Miguel Hernández, por haberse fugado de la cárcel llevándose una esclava del Magistral cuando estaba condenado cinco años a galeras. 1610.”

“Testimonios contra fray Alonso Trigueros, franciscano, por haberse escapado de noche sin hábito del convento. 1678.”

“Proceso contra Marcos Hernández, familiar del Santo Oficio y vecino de Canaria (Las Palmas), por haber sacado caballos de la isla. 1575.”



EL NACIMIENTO

EL nerviosismo de los chicos presagiaba la época de construir el nacimiento.

—¿Empezamos ya, papá?

Una y otra vez el padre habría de recomendar paciencia. Aún estaba lejos la Navidad.

—Todavía no; ya les avisaré.

Pasaban los días, las semanas.

—Papá, el nacimiento.

Después de un prolongado tira y afloja en el seno familiar, con la alianza de la madre y la oposición de Mariquita del Carmen, la costurera, el padre se veía obligado a capitular ante los chicos.

—Bueno, empiecen ya.

Como el cuarto de costura era el sitio destinado por tradición al nacimiento, Mariquita del Carmen cogía un berrinche.

—Conmigo no cuenten. Yo me voy a coser a la galería.

El zafarrancho comenzaba en el acto: fuera los cestones, la mecedora, la máquina de coser, la silla chiquita de Valleseco, la jaula del loro. Se traía la mesa de la

cocina y otra del despacho del padre; Rafaelito, el hermano mayor, armaba un tinglado de cañas sobre las mesas; Luis pintaba de canelo, con manchas verdes, las grandes tiras de papel de envolver; Isabel y Pepito iban sacando las figuras de barro de la caja donde permanecían desde el año anterior.

—Trae la platina. Y pídele a mamá un cachito de espejo para hacer el lago.

Poco a poco surgían las montañas y los valles; nacían los ríos de platina; los reyes magos quedaban situados sobre una pasarela; se colgaba de un hilo la estrella; el musgo tapizaba las hondonadas; los patos nadaban en el espejo; pastores y zagalas hacían corro ante el portal; en el alpiste pastaban las ovejas; aparecían palmeras, conejitos, labradoras y algún soldado de plomo.

—¿Ponemos la vaca?

El padre había traído una vaca de celuloide como aportación al nuevo belén, pero era demasiado grande.

—Claro. Y el león también.

Se trataba del juguete predilecto de Pepito, el pequeño. Hubiera sido una ofensa prescindir del león de peluche.

Al fin quedó terminado el nacimiento.

—No está mal —dijo la costurera.

—Mejor que el año pasado —dijo la madre.

—Muy bien —dijo el padre.

Mariquita del Carmen, la costurera, intervino otra vez.

—Pero ¿qué han hecho, niños? Mire, doña Virginia, han cortado en cachitos un pañuelo nuevo. Están en el portal, junto a la cuna.

—Claro —intervino el pequeño—; son los pañales, por si se hace “pis” el niño Jesús.



MUSICA, POESIA, SIESTA

“**L**OS nativos de las Islas Canarias tienen don para la poesía y componen versos de diversos metros a los que ponen música.”

He aquí una opinión de George Glas en el siglo XVIII, que añadía otras notas sobre la aptitud musical: los isleños tenían generalmente excelentes voces y casi todos sabían tocar la guitarra.

Durante las fiestas patronales se sembraba con hojarasca y flores la calle cercana a la iglesia del pueblo; además había numerosas candelas de cera y se gastaba gran cantidad de pólvora en fuegos artificiales. La feria empezaba la víspera, con cantos y bailes que duraban hasta el amanecer. El narrador describe unas danzas lentas, zarabanda y folías, y otras rápidas, canario, fandango y zapateado. El canario era la danza de los antiguos isleños.

Las diversiones entre la gente del pueblo, aparte el canto y el baile, consistían en las luchas, jugar al tejo y las cartas, y lanzar una pelota a través de un anillo colocado a gran distancia.

Véase otra observación de Glas: “La gente distingui-

da toma el aire montando a caballo, y las señoras cuando se ven obligadas a viajar, lo hacen a lomos de burro y usan en vez de silla de montar un tipo de asiento que resulta muy cómodo. Los principales caminos de las islas están pavimentados con guijarros parecidos a los que se usan en las calles de Londres.”

George Glas conoció a fondo las costumbres canarias y a veces las elogia o critica según el punto de vista —el canon, diríamos— de las costumbres inglesas. En otras ocasiones, sin posible referencia a usos similares, se aventura a una interpretación propia: el caso de la siesta.

Después de decir que los isleños se levantan muy pronto, casi de madrugada, y luego de asistir a misa se desayunan con chocolate, explica que la gente se retira al mediodía a sus casas para comer, quedando cerradas las puertas de las casas hasta las tres de la tarde. ¿Por qué?

“Cuando se levantan de la mesa, cada cual se va a su habitación para descabezar un sueño durante una hora aproximadamente; esto se llama la siesta y es cosa muy beneficiosa en un clima caluroso, pues cuando uno se despierta se encuentra completamente descansado y preparado para acudir a sus asuntos con ánimo.”

Incluso para los ingleses, la siesta era un regalo de los dioses.



AIRE Y FUEGO

DA gusto salir al campo en estos días soleados y todavía frescos del final del invierno mientras los capirotes preparan ya sus nidos en la copa de los árboles y las hortensias empiezan a cuajarse en grandes mopas de nata y fresa. La primavera se adelanta por el caliente empujón del sudeste, desleído por las tarozadas y los rocíos mañaneros, y la vida se esponja en el nítido azul de las montañas.

Ahí está la fuerza del hombre en contacto con la naturaleza, lejos del humo de las fábricas, de la gasolina, de la prisa.

Y hay que regresar, no obstante, a la ciudad: el trabajo es inaplazable, aunque se pierda el impulso lírico del manantial, la gracia de la rosa o el silbo del pájaro pinto.

“¡Difícil es la vida para el ciudadano!”

Así recita el coro de bomberos, con diáfanas palabras, en *Los Incendiaros* de Max Frisch, como un reflejo del clásico “el hombre es lobo para el hombre” que parece no tener fin.

La contaminación de la atmósfera ciudadana llega

hasta el fondo de los espíritus: el hombre vive con el corazón rebozado en hollín aunque se disfrace de seráfico cordero.

Y ¿cómo volver a la naturaleza, al campo?

Buscar aire puro dentro de una ciudad es una utopía digna de Moro, Campanella o Bacon, cuando no de sus sucesores Wells, Huxley u Orwell. El ambiente se hace pesado, asfixiante.

Un arbitrista de siglos pasados encontró la fórmula mágica: fabricar las ciudades en el campo.

Mucha gente ha resuelto el problema de manera efectiva mediante el simple expediente de vivir en el campo y trabajar en la ciudad. Así la jornada laboral se compensa con un escape al mundo del pájaro, la flor y la estrella. El sueño, sobre todo, es más tranquilo a unos cientos de metros sobre el nivel del mar, lejos del ruido y el ajeteo ciudadanos. Durante la noche sólo se oye el susurro de la brisa en los árboles. Y si canta el búho, nadie le escucha.

Allá está la ciudad. Biedermann, el hombre confiado, facilita a los propios incendiarios una caja de cerillas, mientras el coro de bomberos entona su vieja canción.

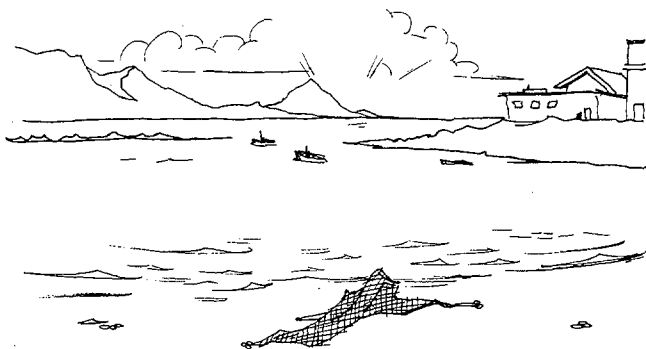
“¡Escuchad y ved!

Somos los guardianes
de nuestra ciudad.

Todo puede arder,
mas no por azar.

Siempre es el destino
quien prende la llama...”

Y ¿qué importa lo que ocurre en la ciudad? El hombre de campo se encoge de hombros y se dirige a la parada de los coches de hora.



FILTROS, CARENA, PLAYA

EL nombre de la playa de Las Canteras nació a fines del siglo XIX, pues hasta entonces —y hay constancia gráfica en mapas y planos— fue conocida por playa del Arrecife o simplemente el Arrecife.

En el periódico *La Afortunada*, con fecha 7 de junio de 1873, un anónimo cronista animaba al Ayuntamiento para que recabara del comandante de Marina la prohibición de extraer “piedras de filtro de la barra del Arrecife en el Puerto de la Luz”. Unos días antes, el 28 de mayo, había iniciado la campaña, refiriéndose entonces a “la barra natural o *cantera* que existe en la parte de poniente del Puerto de la Luz y que conocemos con el nombre de Arrecife”.

La utilización del material de la barra para hacer filtros, destinados al consumo local o la exportación a América, determinó que se hablara de una cantera y que por último el nombre pasara a la principal playa de la ciudad. Ya la barra, siglos antes, había provisto de bloques a los paramentos bajos de la catedral de Santa Ana, aunque la escasa consistencia de esta especie de arenisca hizo desechar la idea y sustituirla por la cantería de San Lorenzo.

Los filtros para las pilas canarias, o americanas, habían tenido un promotor: don Isidro Montenegro. El negocio se vino al suelo cuando el comandante de Marina, a instancias del alcalde de la ciudad, ordenó suspender la extracción de sillares o filtros, así como arena para construir edificios. Las razones para tal medida tenían además, otro fundamento: la carena de buques.

El Arrecife, parte integrante de la gran habia del Confital, estaba considerado como el abrigo de la zona dedicada a carenar los barcos de travesía y cabotaje. Los astilleros de San Telmo, reservados a su construcción, habían sufrido un notable deterioro, hasta casi desaparecer, por el continuo saqueo de piedras y arena. Se temía que ocurriera lo mismo en la playa del Arrecife, aparte la destrucción de la defensa contra el oleaje. Así se consiguió la protección oficial: se siguieron carenando los buques... y se salvó, por fortuna, la playa de Las Canteras.



UN PROVINCIANO UNIVERSAL

A través de los últimos estudios sobre la vida y la obra de don Benito Pérez Galdós se evidencia la canariedad del gran novelista: una canariedad sobria, íntima, casera que nunca sería desmentida por sus libros, pese al aparente despegue de los temas isleños. Don Benito se convirtió al madrileñismo sin dejar de ser canario, como si su profundo provincianismo, al llegar a la capital de la nación, pasara por el trance de transmutarse en quintaesencia de la personalidad.

Ambrosio Hurtado de Mendoza, sobrino nieto del novelista, dice que Galdós jamás olvidó su tierra natal y corrobora la afirmación con unos recuerdos directos de la infancia, cuando iba con su madre a visitar todas las tardes a don Benito en su casa de la calle Hilarión Esclava. Allí se vivía en contacto con Las Palmas y las cosas isleñas. El desfile de canarios era constante; tanto estudiantes como escritores y de otras profesiones: Rafael de Mesa, Tomás Morales, Luis Doreste, José Lara, Ángel Guerra. En la despensa de la casa de don Benito nunca faltaban las rapaduras, el gofio de millo, los bizcochos lustrados, las morcillas canarias, y como don Benito era

muy goloso, siempre tenía a mano bienmesabe, crocantes, truchas de calabaza, huevos moles y otras delicias de la cocina isleña. Por las tardes, —según sigue explicando Ambrosio Hurtado— era habitual la merienda a base de leche con gofio, y el peculiar geito en el manejo de la cuchara, una especialidad del novelista para no atragantarse. Y un manjar frecuente: el frangollo, preparado con rollón —millo triturado—, que don Benito tomaba con leche o miel de caña.

Otro visitante asiduo era don Eladio Moreno, nuestro antiguo profesor de dibujo —aquella figura corpulenta; aquel vozarrón “¡Eso no es un lápiz sino una cachiporra!” cuando olvidábamos afilarlo—, a quien don Benito preguntaba, a raíz de su primera visita a la isla, por las persianas de tea tallada de la casa de don Diego Perdomo o los veleros que colgaban de las vigas en la iglesia de San Telmo.

Así fue, un canario auténtico, don Benito Pérez Galdós. Los años no perdonan; la luz iba apagándose en los ojos, pero en la imaginación se perfilaban con nitidez las imágenes de su tierra.

Galdós, un provinciano universal.



DANZAS Y CANCIONES

DURANTE los últimos tiempos el folklore canario se ha visto enriquecido con canciones de raíz isleña. El alma del pueblo, hoy como ayer, refleja en la música la alegría de vivir.

“Levántate luego,
dulce amor, y vete,
que ya el gallo canta
y el día amanece.”

Al son de flautas y tambores, en el tradicional serinque palmero, las muchachas responden al compás de la danza pastoril.

“Si el gallo supiera
qué cosa es amor,
no cantara el gallo
sin salir el sol.”

Las harimaguadas bailaban en los roquedales de Tirma durante la ofrenda de miel y leche al dios Alcorac. Quizá surgió de allí, ya fundada nuestra ciudad, la danza que los conquistadores llamaron “canario” y que recorrió triunfalmente toda Europa y estuvo de moda en las

cortes francesa y de otros países. En su **Historia general de las Indias**, Francisco de Gomara asegura a sus lectores que “Dos cosas andan por el mundo que han ennoblecido a estas islas: los pájaros canarios, tan estimados por su canto, y el *canario*, baile gentil y de mucho artificio”.

Las canciones y los pájaros del país...

“No te fíes de los hombres,
niña, que llevan bigote,
que tienen más picardías
que un pájaro capirote.”

Shakespeare y Molière citan con elogio la danza del “canario”, tanto como los tintos y malvasías isleños, y otros innumerables autores —Lope de Vega en **La villana de Getafe**; Cervantes en el entremés **El rufián viudo**; Navarrete y Ribera en la **Escuela de danzar**; Moreto en **Los órganos y el reloj**— reflejan la popularidad de nuestra primera producción musical y danzante. Diego Pisador, a mediados del XVI, le da el nombre de “endechas de Canario”; fray Juan de la Puente, en el **Epistolario de don Juan II**, impreso en 1674, afirma que se ejecutaba con música de cuatro compases llevada por los pies con valentía al estilo del villano y el zapateado.

En los festejos populares, de la Cumbre a las medianías, las jóvenes campesinas entonaban el “Aire de la vuelta” con pícaro acento.

“Los aires canarios quiero,
mi bien, contigo bailar,
porque el aire de tu cuerpo,
me lleva el mío, ¡ay!, ¡ay!”



EL "FUCHI-FUCHI"

EL sábado era el día de zafarrancho en las casas de Vegueta; doña María, al frente del servicio, dirigía las maniobras contra el polvo de los muebles, alfombras y cortinas. Hasta el gato, patas arriba como los sillones, debía someterse a una concienzuda limpieza. De pronto doña María alzaba la voz.

—Soledad, coge el fuchi-fuchi y dale una buena rociada a la sala.

Había que prevenirse contra las moscas, esas rollizas y saludables moscas de Vegueta, que trazaban zigzags de fuego en los rayos de sol que se colaban por las ventanas y el balcón, mientras doña María preparaba los nuevos visillos.

¡El fuchi-fuchi! He aquí un artefacto de los viejos tiempos —un émbolo manual con un barrilito para el insecticida— que se bate en retirada ante el *spray* invasor. El fuchi-fuchi, no obstante, se sigue usando en el campo y en algunas casas de Vegueta, quizá por el amor a lo tradicional o por su aspecto de monstruo antediluviano sometido al servicio doméstico.

Había latoneros especializados en la fabricación de

fuchi-fuchis, así como otros dedicaban sus afanes de índole profesional a los destupidores de infiernillos.

El fuchi-fuchi era un triunfo de la estereotomía aplicada a la hojalata; la intersección de dos cilindros, de diferente diámetro y ejes perpendiculares, ponía a prueba el sentido geométrico y espacial de los artesanos, más complicado que el preciso para hacer una "o" con un canuto.

Los mejores fuchi-fuchis salían del taller de maestro Benigno, en la zona baja de la calle del Espíritu Santo. Hasta allí llegó un día doña María, que había declarado la guerra santa a las moscas de Vegueta.

—Mire, maestro Benigno, quiero que me haga un fuchi-fuchi que no haya que rellenarlo a cada momento.

—Está bien, doña María. Véngase por aquí a fin de semana.

Nuestro hombre se esmeró en el trabajo; hizo primero el cilindro mayor, luego otro más flaco y alargado, y por último colocó el pistón con su correspondiente agarra-dera. Un fuchi-fuchi capaz de exterminar de un soplo un regimiento de moscas.

A doña María, sin embargo, le pareció pequeño.

—¿Por qué no me lo dijo? —inquirió maestro Benigno. —Usted lo que quería era una combinación del cañón de las doce y el tanque de los ingleses...



LA PANCARTA

A pesar de las malas lenguas, que nunca faltan por estos mundos de Dios, lo cierto es que hubo una oportunidad —allá por 1927, con motivo de la División— en que maestro Juan el latonero se fue a la Marina y se dio un fregoteo de pies a cabeza con estropajo y jabón Swaston. Aquello, el baño, tuvo visos de singular acontecimiento, al menos en Vegueta. Y cuentan que mister Rayner, el inglés de la clavellina, lo vio e hizo un comentario, reflejo de su sorpresa.

—Oh, tú no ser negro; tú sólo ser cochino.

Y si mister Rayner había creído que el popular latonero del callejón de la Gloria procedía de alguna tribu africana, conviene aclarar en descargo del artesano que el ambiente de la fragua, los tupidos infiernillos y la soldadura de sartenes no era el más propicio para atender a la conservación de la blancura original. Además la historia de maestro Juan Lorenzo estuvo jalonada por otras visitas, con fines de adecentamiento corporal, a la Marina: la víspera de la boda, la llegada del cardenal Pacelli, el viaje del *Plus Ultra*, la proclamación de la República.

La disparidad de tales episodios, célebres en los fas-

tos insulares, garantizaban el eclecticismo sanitario y conceptual de nuestro hombre, que era capaz en cualquier caso de ponerse a la altura de las circunstancias. Ustedes recuerdan, ¿y cómo no?, el texto de la pancarta que llevaba el maestro Juan Lorenzo cuando en una soleada mañana de primavera el pueblo se había arracimado en la plaza de Santa Ana entre banderas tricolores.

“¡Abajo la raza latina!”

En un día de exaltación política y ciudadana, aquel mudo grito parecía una injuria al espíritu republicano y un concejal del recién constituido consistorio bajó del balcón del Ayuntamiento para enfrentarse con el heterodoxo latonero.

—Pero ¿está usted loco? Todos somos de la raza latina.

La verdad de cada uno sobresale por encima de las apariencias. Maestro Juan, sin arriar la pancarta, explicó su teoría.

—¡Qué va, hombre! Yo me refiero a los curas, que son los que hablan latín.

El sol mientras tanto se desparramaba sobre la plaza de Santa Ana.

Mister Rayner, en esta ocasión, no hizo ningún comentario; quizá porque era sajón o porque andaba con su clavellina por los caminos de la isla.



SAINT-AMANT Y EL OTOÑO CANARIO

UNO de los muchos viajeros que han pasado por las islas, el poeta francés Saint-Amant (1594-1661), dejó a la posteridad un soneto dedicado al otoño canario que inexplicablemente ha pasado inadvertido a los investigadores.

L'AUTOMNE DES CANARIES

“Voici les seuls coteaux, voici les seuls vallons
où Bacchus et Pomone ont établi leur gloire;
jamais le riche honneur de ce beau territoire
ne ressentit l'effort des rudes aquilons.

Les figues, les muscats, les pêches, les melons
y couronnent ce dieu qui se délecte à boire;
et les nobles palmiers, sacrés à la victoire,
s'y courbent sous des fruit qu'au miel nous égalons.

Les cannes au doux suc, non dans les marécages
mais sur des flancs de roche, y forment des cocages
dont l'or plein d'ambrosie éclate et monte aux cieus.

L'orange en même jour y mûrit et boutonne,
et durant tous les mois on peut voir en ces lieux
le printemps et l'été confondus en l'automne.”

La vida del ruanés Saint-Amant fue una continua aventura, como marino, poeta y diplomático. En su juventud, enrolado en los veleros que hacían las rutas del Atlántico, estuvo en las Azores, la costa del Senegal y toda América. Visitó Gran Canaria en 1626, y como puede observarse en el soneto quedó impresionado por la belleza del paisaje y la benignidad del clima.

El célebre poeta, que se llamaba a sí mismo “le bon gros Saint-Amant”, era un auténtico glotón y bebedor, y la alusión a Baco refleja sus sensaciones ante los frutos insulares: higos, uvas moscateles, duraznos, melones. Al ver las palmeras, las nobles palmeras consagradas a la victoria, piensa en unos dátiles o tamaras dulces como la miel. Lo mismo ocurre con las cañas de azúcar, aunque no olvide consignar que crecen junto a las rocas. Un paisaje epicúreo, digno de los dioses... y de Saint-Amant.

El poeta añoraba el ambiente isleño, tan diferente al que luego conoció en la corte de Cristina de Suecia, con el desolado paisaje invernal al fondo. Sus versos evocaban el exotismo y la plástica parnasiana, como un precursor de los futuros movimientos literarios, incluso el romanticismo. ¿Cómo olvidar los ensueños de juventud? La vida tiene múltiples facetas. El vino, el amor, la buena mesa, pero también el escondido susurro de lo inefable.

“J’ecoute, à demi transporté,
le bruit des ailes du silence
que vole dans l’obscurité.”

Así cantaba Saint-Amant, el poeta que había descubierto unas islas en que la primavera y el verano se confundían en el otoño.



TRIANA, SAN TELMO Y LA CATUMBA

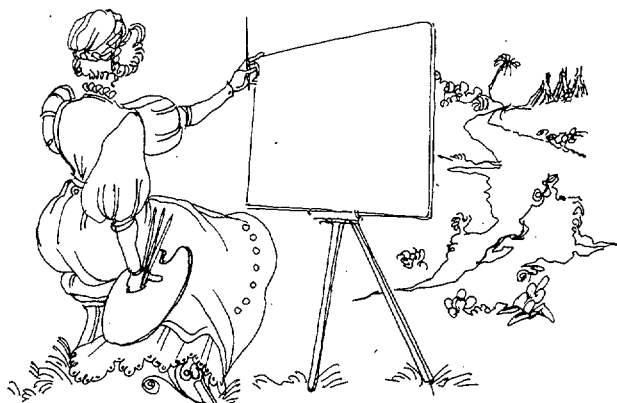
EN los planos antiguos de la ciudad, desde poco después de acabada la conquista hasta bien avanzado el siglo XIX, se observa que el caserío se detenía de forma abrupta al llegar a la actual calle de San Bernardo y su prolongación hasta el mar. Unas huertas con hortalizas y algunos frutales ocupaban la zona del norte, entre el caserío y la vieja muralla, aparte el hospital de San Lázaro y la marinera ermita de San Telmo.

En una nota del periódico *La Afortunada*, de fecha 28 de mayo de 1873, se alude a la fiesta de la Catumba y de paso a las peculiaridades topográficas del lugar. El texto es bien explícito: “La fiesta religiosa de San Telmo, conocida con el nombre de La Catumba, que el gremio de mareantes dedica anualmente a su patrono, se ha celebrado el domingo último con notable lucimiento. El sábado por la noche se hallaba adornado con ramas e iluminado con faroles de colores el paseo que se halla enfrente de la iglesia y que ocupa el trayecto de la carretera hasta la antigua portada de Triana, el cual estuvo bastante animado y concurrido, amenizándolo la banda de música del batallón. Hubo fiesta de fuegos artificia-

De la noticia se deduce que la calle Mayor de Triana terminaba a la altura de Constantino, y desde allí empezaba la carretera que conducía por el litoral hasta la Isleta. La concesión del Puerto de Refugio, con el consiguiente *boom* económico, determinó el crecimiento de la ciudad y su desbordamiento por la periferia. Antes de acabar el siglo ya la calle Triana ocupaba su extensión actual. Veamos la confirmación en otra noticia de interés local, publicada en el periódico *El Telégrafo* el día 16 de diciembre de 1893, es decir veinte años después del texto anterior: “Habiéndose hecho entrega del palacio militar al ramo de Guerra, edificio construido a la entrada de la calle Mayor de Triana, dentro de unos días serán trasladadas al mismo las oficinas del Gobierno militar de esta plaza.”

En fin Triana, nuestra calle-paseo, alcanzaba los límites de hoy, de Bravo Murillo al Guiniguada. Y seguía vigente una fiesta popular que nunca debió desaparecer del ámbito isleño: La Catumba. La gente de mar, entonces agrupada en torno a San Telmo, la ermita y el santo, daba una nota alegre y pintoresca a este rincón de la ciudad.

Eran los tiempos de las goletas y la confraternidad de Mareantes de San Telmo. Poco después, el ambiente marineró ponía rumbo al puerto de La Luz.



ANDREE BIZAGUT

NUESTRA dulce y querida Dedée Bizagut, la arcángelica pintora de las fiestas rurales, de los ríos de papel de plata, de las damas con amapolas en el sombrero, de las procesiones, de los bomberos, de los niños, del Catalina Park con bohemios y banda de música, se ha reintegrado a ese cielo de radiante azul y nubes de algodón que ella había recreado para nosotros.

Los cuadros de Dedée tenían el encanto de una ingenuidad incontaminada del barro del mundo.

El ajedrezado polícromo de las casas, con ventanas y visillos, y los árboles de hojas en guirnalda enmarcaban la vida de nuestra ciudad: los automóviles, las tartanas, los transeúntes. Decenas o centenares de figuras, pequeñas pero caracterizadas, animaban la composición con su atareado discurrir por las calles. Y en cualquier parte había pelotas, aros, cometas. Y, claro está, niños.

Así era la rosa —no tocarla más—, para Dedée Bizagut. Ni se sabe qué raro misterio mojaba sus pinceles en pétalos y aroma.

Dedée Bizagut había venido de Chile, vía París, vía Hamburgo, con su esposo el pintor Carl Knauer. Ambos

formaban una singular pareja de artistas, afinada en un rincón de la ciudad con fondo de veleros y barcos mercantes. Carlitos Knauer había sentido la llamada de lo abstracto: las superficies azules, malvas, verdes; los ritmos de cuajado equilibrio; las sinfonías con fondo de Euclides o Pitágoras; los sueños de la razón pasados por el trópico. Dedée, menos cerebral, más intuitiva, arrancaba de la realidad un mundo de querubes y guardias municipales sobre el paisaje de alisios o palmeras. El estudio estaba al final de la casa, de espaldas al mar. La pintora encendía allí las bengalas de sus colores.

—¿Qué tal, Lucho? ¿Te gusta?

Lucho es el diminutivo de Luis al otro lado de los Andes. Dedée venía con su último cuadro e interrumpía nuestras interminables partidas de ajedrez con Carl.

—Estupendo, Dedée —le decíamos. El cielo parece recién estrenado.

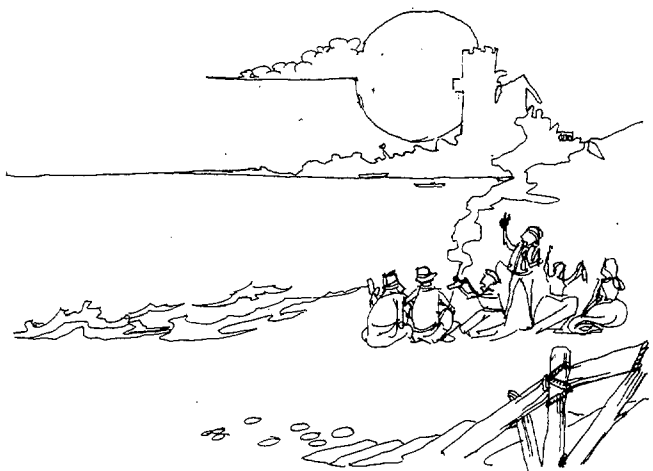
Y añadía Carl.

—El ángel está cantando. Todo es muy bonito.

Dedée volvía al estudio contenta, quizá para añadir otro ángel a la composición. Ella, un espíritu puro, se sentía a gusto entre los ángeles.

La pintura de Dedée Bizagut —había expuesto en la galería Wiot y últimamente en Madrid —recogió el palpito de la vida y de las cosas con apasionada sensibilidad. Sus cuadros son una ventana al aire, al cielo.

Nos resistimos a creer en su definitiva ausencia. Ahí está, quizá, entre las múltiples figuras de los lienzos: junto a la banda de música, con las chachas y soldados, tras el cortejo de la fiesta, mirando a un niño en bicicleta... o simplemente asomada tras la nube de algodón que flota sobre el azul del cielo.



LA LAJA, AYER

EL tenderete, en La Laja, estaba en pleno apogeo después del caldo de pescado. Las guitarras y el timple acallaban el rumor de las olas.

Cantó un viejo barquero; luego una muchacha.

“Ande, mastro Victo,
y rásquese otra;
jable despacito
y sin palabrotas.”

Nuestro hombre paró la música con un ademán.

—Oiga, niña, no me sea tan fina, que aquí estamos para divertirnos y no para echar sahumero como los monigotes del Pino. Y para que se empape, ahí va una folía que cantaba mi abuelo. ¡Música, caballeros!

“Aguila que vas volando
dame una pluma, por Dios,
para escribir a mi amante
con sangre del corazón.”

Sonaron los aplausos y mastro Victor, emocionado, se dirigió a los presentes.

—Eso para que digan que uno no sabe peninsular, concio. ¿En qué vapor?

Terció Andresito Macías, el timplista. El ron seguía corriendo, de los vasos a las gargantas, pero la voz se alzó sobre el rebumbio.

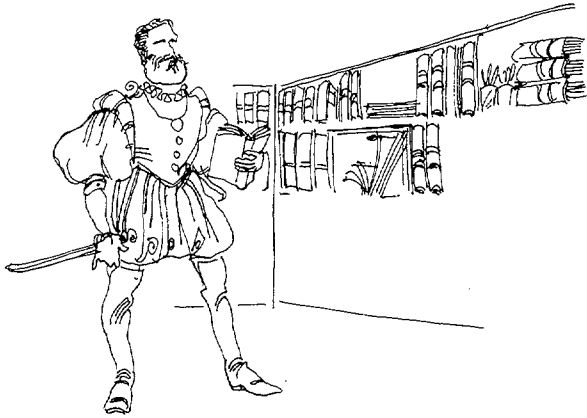
“Quítate María,
quítate José;
se ponen delante
y no dejan ver.”

La Laja vibraba al compás del timple; cuando surgió la polka canaria los versos perdían el ritmo y se encogían y alargaban como una tirijala.

“En las fiestas de los barrios,
mucho cuento y poco vino;
a uno le sacan los cuartos
y a los músicos el kilo.”

¿Tienen fin los tenderetes isleños? Allí, junto al mar, estaban los roncotes y los veraneantes en amigable francachela. Ya era casi de noche, y de pronto volvió a escucharse una voz femenina.

“Ande, mastro Victo,
y jínquese otra;
cante como guste
y con palabrotas.”



HOMBRES—ARCHIVO

EL tiempo pasa y con él desaparece buena parte de la memoria de las cosas. No son inmortales, por desgracia, esos hombres-archivo que nos ofrecen de viva voz el tesoro de sus conocimientos.

Uno de los isleños más ilustres del siglo XVIII y desde luego el más divertido y alocado por sus hazañas, el palmero don Cristóbal del Hoyo y Solórzano, vizconde de Buen Paso, mereció un epitafio que pormenorizaba sus múltiples cualidades. Vaya aquí un fragmento.

“Perdieron las Canarias con perderlo
su historia de dos siglos. Ya, paisano,
no sabrás el carácter ni los hechos
de quantos nuestras Yslas habitaron.
Ya no sabrás qué general, u obispo,
dixo tal cosa, o resolvió tal caso;
ya no sabrás qué damas fueron lindas,
ni sabrás quién fue tonto o quién fue sabio.”

Don Cristóbal, como se deduce de estos versos, conocía a fondo la vida isleña de su época y de los siglos

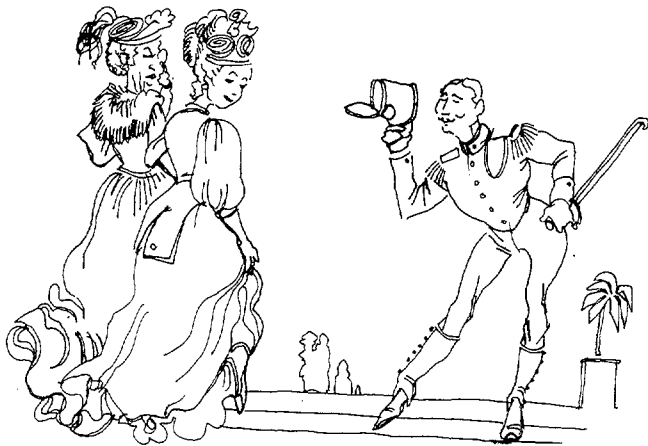
anteriores, pero su pluma desenfadada —en cartas y poemas— no pudo recoger ni la milésima parte de los hechos propios y ajenos que guardaba en su interior y a veces desgranaba en las tertulias.

Aquí, en nuestra ciudad, hemos disfrutado de la amistad de diversas personas enteradas de la vida y milagros de sus coetáneos. En su mayor parte —las palabras se las lleva el viento— hemos olvidado las confidencias, aunque tuvieran interés para ciertos aspectos de la historia insular.

Nos han contado la correlación de acontecimientos públicos y privados de algunos políticos de anteriores generaciones; los sinsabores de un poeta al ceder sus versos, por unos pocos duros, a otro compañero más afortunado en la vida; la causa auténtica de que fuera abucheada en el teatro Cairasco una célebre cantante de ópera.

Nos lo contaron, sí; pero se han esfumado perfiles y circunstancias. Y volvamos al epitafio del vizconde de Buen Paso.

“Porque al fin ya murió quien tantas veces
vio mudar personajes y theatros,
y con alma filósofa y risueña
aprendió en cada escena un desengaño.
En ochenta y cinco años ¡qué vería!,
pero como este tiempo es momentáneo
él murió confesando que su vida
un puro sueño fue de poco rato.
Encomiéndalo a Dios, tú pasajero,
que al sepulchro también vas caminando,
y sabes que vivir ocho u ochenta
lo mismo viene a ser, tarde o temprano.”



VIDA SOCIAL, 1809

EL ingenio peregrino de don José Agustín Álvarez Rixo —llegado de la Orotava para estudiar en el Seminario Conciliar de Las Palmas— nos deparó un sugerente **Cuadro Histórico** del estado social y económico de las islas durante los años 1808 a 1812.

Entre otros datos de interés podríamos señalar sus noticias sobre la visita del virrey de Buenos Aires y su Audiencia a nuestra ciudad, epidemias, intrigas políticas, establecimiento de los correos terrestres, bajadas de la Virgen del Pino, fuga de prisioneros franceses, producción agrícola y de ganado, las Cortes de Cádiz, naves construidas y “acrecentadas” en las islas después de la paz con Inglaterra, etc.

Al describir el estado social de Las Palmas en 1809 habla de las cuantiosas rentas del obispo, “y los canónigos y demás eclesiásticos a proporción”, y su preponderancia en el país. “No se entraba en casa alguna de visita donde no se encontrasen algunos eclesiásticos sentados a par de las damas, a las cuales entretenían con su chiste y alegre conversación. Porque hombres que tenían buenas rentas y poco en qué pensar, era preciso que es-

tuviesen más joviales que los individuos de otros estados. Tampoco faltaban entre aquellos señores algunos similares de *Tartuf*, delineado por el célebre Molière.”

Alvarez Rixo comenta las modas femeninas, como veremos a continuación, y alude a los versos satíricos de doña María de Viera y Clavijo *Vejamen a las presumidas*.

“Figura de Cupido
toman las damas,
desnudas y con flechas...”

Nuestras damas, no obstante, y pese al romance obsceno de la *La Juaquinita*, que se cantaba en las reuniones caseras, no eran tan descocadas como pretende la hermana de nuestro máximo historiador. Véase la descripción de Alvarez Rixo sobre el atuendo de hombres y mujeres, con la alusión a las mantillas coloradas.

“Con excepción de los militares, el vestuario ordinario de los seglares consistía en capa o capote de paño o bayetón de color oscuro, al cual se acostumbraban desde la edad de nueve a diez años. Pero en los días de fiesta, les ponían casaca o levita y los más ricos sombrero elástico, aún siendo tan niños. El traje de las damas principales era basquiña negra y mantilla de blondas, pero el más usual de toda clase de mujeres para ir a misa, visitas y paseos era manta y saya de alepín u otro género... La gente ordinaria gastaba mantillones encarnados o blancos, con guarnición de puntas de terciopelo negro.”

La vida insular, pese a los eternos pesimistas, ofrecía un panorama floreciente. Había gofio, flota propia y comercio con las Indias. Y humor para cantar coplas picarescas.



PRIMAVERA

NI se sabe por qué caminos de cielos y estrellas llega a la isla la primavera; pero ya está aquí con su sabor a magnolias y aire puro. En los campos, por valles y montañas, la primavera comienza a cuajar los frutos y dora el cristal de las fuentes. En el verde tierno de los prados surgen las pinceladas rojas y blancas de las amapolas y las margaritas.

—Pinito, prepárate para el baile.

En primavera florecen también los novios.

Algo sutil —quizá el temblor de una campana— anuncia la primavera en la ciudad. Las palomas de Santa Ana se sienten inquietas y trazan revoloteantes círculos sobre los enamorados. En el parque de San Telmo los macizos de flores llenan el hueco que dejara el bronce de un poeta. Las banderas de los barcos fondeados en la bahía lanzan al cielo sus gritos de color, mientras la aguja del pescador traza bordadas de sueño sobre las redes, a la sombra de los barquillos varados en la arena de la playa.

Aquí y allá, en todas partes, se hace presente la primavera.

Don Daniel, el profesor, perdona a Juanito los fallos de cálculo en el ejercicio de aritmética.

Doña Carmita saca al balcón las violetas para aprovechar el rescoldo del sol.

Don Francisco envía un giro —sin esperar a fin de mes— al hijo que estudia Filosofía y Letras fuera de la isla natal.

“Por una senda van los hortelanos,
que es la sagrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.”

La rueda del tiempo, en el poema de Miguel Hernández, nunca se detiene, y tampoco la primavera para nuestra isla.

Aproximación de primavera, y no eterna primavera, envuelve a nuestra tierra durante el año; ahora sí, en cualquier fecha, por encima de la razón y el Zodíaco, la brisa nos trae el buen tiempo hasta el corazón de la isla.

—Quiéreme, Lolita, porque es primavera.

En la Plazuela, en las palmeras del parque de Doramas, por los parterres del Muelle Grande, junto a la ermita de San Telmo, en los jardines de la ciudad, crece el amor y la primavera.

INDICE



Prólogo	5
Una ermita	9
Alcalde, sargento y vida cotidiana	11
Ambiente isleño	13
Don Lope de Sosa	15
Sorbete y amor	17
Las calles	19
Silencio en la noche	21
Don Antonio, en la Peregrina	23
La calle del Sol	25
Las aguavivas	27
Los piratas, y al fondo Argote de Molina	29
Ingenio y verdad	31
Endechas	33
Los perros de Santa Ana	35
Los feligreses	37
Fiestas por un príncipe	39
Aventura medieval	41
Prudente, conciso y giratorio	43
Calderín	45
Como una vieja estampa	47
Los cafetines	49
La carpintería	51
Las cuentas de la Conquista	53
Baratillos	55
El milagro	57

Azúcar = Arte	59
Potaje familiar	61
La calle de los Remedios	63
La caja de fósforos	65
Don Diego de Muros	67
La patineta	69
La ficha	71
Los baifos	73
Plaza de la Feria	75
Canaria, lejana	77
Diferente	79
Restricciones	81
Eclipse	83
Viajero y poeta, 1520	85
El guapido	87
Una casa en el campo	89
¡Otro a afeitarse!	91
Don Laureano	93
Correspondencia	95
Historia, Milicias	97
El cuarto chico	99
Santa Ana: de rincón a rincón	101
Enyesques	103
La Virgen del Pino	105
A mí lo que me jeringa son los abusos, usted	107
Tranquilidad y atambores	109
Andrés el Ratón, nuestro amigo	111
Carta de perdón	113
Agua y viento	115
Aquí, don Miguel	117
Déjense ir al golpito, caballeros	119
Semana Santa	121
Cavallería Rusticana	123
Víctor aprende la "A"	125
Panchita	127
Lucha Canaria	129
Cuentos de antaño	131

Y. después, la vida	133
Las velas desplegadas al viento	135
Saltapericos	137
Agua bendita	139
Guarín	141
La Infanta Isabel	143
Los plateros	145
Las croquetas	147
Tachay-Kousky	149
Tavira, obispo	151
“Se puso conmigo”	153
Las señoras gordas	155
Trigémimo, hongo	157
Espadas y espaderos	159
Las comadres	161
Medicina y “pomo”	163
El “Guanchinerfe”	165
1816: un viaje en burro	167
Los organillos	169
Maneras de hablar	171
Litoral y ballenas	173
Pompas de jabón	175
Una alfombra verde	177
La sala	179
El cañón de las doce	181
El blasón de Las Palmas	183
El cambullonero	185
Apellidos	187
Roque Morera, poeta	189
La procesión va por dentro	191
Las cuatro estaciones	193
Una doncella y su dote	195
Baldomero	197
Miriñaques	199
Cien millones de pesos	201
Excursión	203
El canario del monte	205

Paisaje con gato	207
La Granadera Canaria	209
Reuniones y almuerzos de trabajo	211
Viaje en falúa	213
Una huella en el cielo	215
San Borondón	217
Vuelta a la vida	219
La armada enemiga	221
Fin de siglo	223
Enralo	225
Primeros tiempos	227
Los maleteros	229
Entre poetas anda el juego	231
La charanga	233
Fiesta	235
Aquí y allá, aventura	237
El fantasma del general	239
La Filarmónica, ayer	241
Historia Natural	243
El Portón	245
Pequeña crónica	247
El Nacimiento	249
Música, poesía, siesta	251
Aire y fuego	253
Filtros, carena, playa	255
Un provinciano universal	257
Danzas y canciones	259
El fuchi-fuchi	261
La pancarta	263
Saint-Amant y el otoño canario	265
Triana, San Telmo y la Catumba	267
Andrée Bizagut	269
La Laja, ayer	271
Hombres-archivo	273
Vida social, 1809	275
Primavera	277

Este libro
de Luis García de Vegueta,
Cronista de la Ciudad,
se imprimió
en la Litografía Lezcano
la Navidad de 1988.

LAUS DEO

El autor de "Nuestra Ciudad" agradece la colaboración del alcalde José Vicente León Fernández y Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, el escritor y prologuista Pedro Lezcano y el dibujante Juan Fernando López Aguilar.



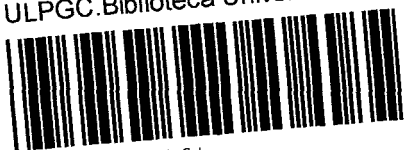
Agustín Millares Carlo: *Carta a un escritor.*

Difícil, difícilísimo se me representa el género que usted cultiva, y con el cual, mezclando atinadamente *utile dulci*, según el precepto horaciano, deleita e instruye a un tiempo mismo a sus lectores. Entre estos me encuentro, y de los más asiduos, cuando los azares de la vida me traen a mi tierra. De la habilidad y amenidad con que logra extraer de viejos testimonios el dato pintoresco o la anécdota aleccionadora, no hay para qué hablar; pero lo otro, el humorismo de la mejor ley, es lo que más me sorprende en sus artículos; a las veces, no son necesarias una frase entera ni un largo párrafo; bastan unas simples palabras, que en los puntos de su pluma como se revisten de un sentido nuevo, tan sugeridor y emocionante, es imposible leerlas con los ojos secos o sin que las subraye una sonrisa, arrancada por milagro a los temperamentos más adustos.

Antonio Rumeu de Armas: *Mil, número redondo.*

Luis García de Vegueta, en una sección que lleva por título *Nuestra Ciudad*, presidida por una evocadora viñeta trasplanteda de un códice gótico, ha ido desgranando día a día durante largos años la espiga donde se conserva, pervive y florece el espíritu de la ciudad del Real de Las Palmas. El ayer remoto, con regusto de cantar de gesta; el pasado próximo, con su garra romántica, y el presente, vivo y palpitante, se confunden en estos sugerentes comentarios, escritos a vuelta pluma en el duermevela de mil madrugadas. Como en los cajones de sastre —silvas de varia lección— del Siglo de Oro en estas glosas hay de todo, dentro del marco imperativo de la ciudad y sus confines: historia, leyenda, arte, arqueología, literatura, urbanismo, economía, etc. Y todo ello escrito con estilo pulcro, sólida información y la sal insustituible de la anécdota y el dicho.

ULPGC. Biblioteca Universitaria



707336
BIG 964.91 GAR nue

